

VIDA DE JESÚS



San Juan Pablo II

Selección de textos

PRESENTACIÓN

Se ofrece al lector en estas páginas una sencilla, profunda y amable *Vida de Jesús*, elaborada mediante textos escogidos de la predicación de san Juan Pablo II. No es la primera vez que se hace, porque Jesucristo fue el gran Amor de su vida. Por otra parte, no consta que escribiera una específica *Vida de Jesús*.

La gigantesca figura de este gran Papa del segundo milenio ha supuesto un vuelco histórico en la Iglesia y en el mundo entero, justamente por su apasionado amor al Señor. Conocer y dar a conocer a Jesucristo fue su gran preocupación.

Cuando alguien le preguntaba cuál era, de todos los problemas de la humanidad, el que más le preocupaba, solía responder: «Pensar en los hombres que aún no conocen a Cristo, que no han descubierto la gran verdad del amor de Dios. Ver una humanidad que se aleja del Señor, que quiere crecer al margen de Dios o incluso negando su existencia. Una humanidad sin Padre, y, por tanto, sin amor, huérfana y desorientada»[1].

Fue esta su gran *preocupación*, y también su gran *ocupación*. Meditaba constantemente la vida del Señor para no cesar de hablar *con Él* y fundamentar toda su labor magisterial en hablar *de Él*.

De esa manera lo entendieron sus colaboradores. Uno de ellos, el Cardenal Julián Herranz, lo explicaba así en 2005, poco antes del fallecimiento de Juan Pablo II: «Para mí es el hombre que más horas ha pasado metiéndose en las escenas del Evangelio, para tratar la humanidad de Cristo con esa intimidad con que lo hacían san Juan de la Cruz o santa Teresa. Lo estamos viendo con evidencia ahora, en que vienen a menos el vigor y la salud de su cuerpo: él es un místico, y tiene la fuerza y el coraje de los místicos».

Ahí radicaba la eficacia de su gigantesca labor y así lo expresaba el Cardenal a un grupo de periodistas: «Él ama apasionadamente a Cristo, y el amor es difusivo. Le sucede como a los enamorados, que no cesan de hablar a todos del amor que llena su inteligencia, su memoria, su corazón, su esperanza, su tiempo, su todo... Y él está enamorado de Cristo apasionadamente. También es el Papa que ha batido el récord de haber pasado más horas rezando delante del Sagrario. Si no hubiera sido como es, un hombre enamorado profundamente de Cristo, no hubiera podido hacer lo que ha hecho y lo que está haciendo».

Los textos elegidos responden *literalmente* a las palabras de san Juan Pablo II, y solo los ladillos son cosa nuestra. Por otra parte, con objeto de facilitar la lectura y dado que el estilo literario del Papa podría ser en ocasiones arduo, se han omitido las referencias evangélicas, manteniendo sus textos en cursiva. No obstante, siempre pueden localizarse las referencias acudiendo a las fuentes citadas. Con el mismo fin se han suprimido párrafos de contenido similar. Deseamos que la belleza de los textos que constituyen esta *Vida de Jesús* introduzca al lector en el gran amor de Juan Pablo II, y de todo cristiano: ¡Cristo!

Madrid, 27 de abril de 2015,

primer aniversario de la Canonización de Juan Pablo II.

PEDRO BETETA LÓPEZ

1 Discurso en la Jornada Mundial de la Juventud, 11-IV-1987.

Capítulo I

EL ETERNO HIJO DE DIOS ENTRA EN LA HISTORIA HUMANA

Dios viene a nosotros a través de una Mujer

¡Con el cristianismo Dios ha entrado en la historia!

¡El cristianismo es la religión que ha entrado en la historia! En efecto, es sobre el terreno de la historia donde Dios ha querido establecer con Israel una alianza y preparar así el nacimiento de su Hijo del seno de María, *en la plenitud de los tiempos*. Contemplado en su misterio divino y humano, Cristo es fundamento y centro de la historia, de la cual es el sentido y la meta última.

En efecto, es por medio del Verbo, imagen del Padre, que *todo se hizo*. Su Encarnación, culminada en el misterio pascual y en el don del Espíritu, es el eje del tiempo, la hora misteriosa en la cual el Reino de Dios se ha hecho cercano, más aún, ha puesto sus raíces, como una semilla destinada a convertirse en un gran árbol, en nuestra historia[2].

Jesucristo —conviene ponerlo cuanto antes de relieve— es el protagonista. Él es siempre el único y verdadero protagonista en toda la obra de la redención humana. Y lo es desde el primer momento, que es precisamente el de la Encarnación, puesto que *inmediatamente después* del anuncio que trajo el ángel a María Santísima y de la adhesión que ella dio a tal noticia, *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*. La Encarnación es primicia de la Redención: el Verbo encarnado ya está dispuesto para la obra.

Allá, en la tierra de Galilea, dentro de la humilde casa de Nazaret, junto al arcángel Gabriel que trae el anuncio y junto a María que recibe el anuncio está Él, a quien hay que entrever con los ojos atentos de la fe: Él es precisamente *el contenido* del anuncio. Se diría que lo mismo que el cielo y la tierra esperan la respuesta de María, así también el Verbo la espera oculta y trémulamente para realizar enseguida el eterno designio del Padre[3].

La contemplación del rostro de Cristo se centra sobre todo en lo que de Cristo dice la Sagrada Escritura, que, desde el principio hasta el final, está impregnada de este misterio, señalado oscuramente en el Antiguo Testamento y revelado plenamente en el Nuevo, hasta el punto de que san Jerónimo afirma con vigor: *Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo mismo*. Teniendo como fundamento la Escritura, nos abrimos a la acción del Espíritu, que es el origen de aquellos escritos, y, a la vez, al testimonio de los Apóstoles, que tuvieron la experiencia viva de Cristo, la Palabra de vida, que vieron con sus ojos, escucharon con sus oídos y tocaron con sus manos.

Lo que nos ha llegado por medio de ellos es una visión de fe, basada en un testimonio histórico preciso. Es un testimonio verdadero que los Evangelios, a pesar de su compleja redacción y con una intención primordialmente catequética, nos transmitieron de una manera plenamente comprensible[4].

En realidad los Evangelios no pretenden ser una biografía completa de Jesús según los cánones de la ciencia histórica moderna. Sin embargo, de ellos emerge el rostro del Nazareno con un fundamento histórico seguro, pues los evangelistas se preocuparon de presentarlo recogiendo testimonios fiables y trabajando sobre documentos sometidos al atento discernimiento eclesial. Sobre la base de estos testimonios iniciales, bajo la acción iluminada del Espíritu Santo, ellos descubrieron el dato humanamente desconcertante del nacimiento virginal de Jesús de María, esposa de José.

De quienes lo habían conocido durante los casi treinta años transcurridos por Él en Nazaret, recogieron los datos sobre su vida de *hijo del carpintero* y también como *carpintero*, en medio de sus parientes. Hablaron de su religiosidad, que lo movía a ir con los suyos en peregrinación anual al templo de Jerusalén y sobre todo porque acudía de forma habitual a la sinagoga de su ciudad.

Después los relatos serán más extensos, aún sin ser una narración orgánica y detallada, en el período del ministerio público, a partir del momento en que el joven galileo se hace bautizar por Juan Bautista en el Jordán y, apoyado por el testimonio de lo alto, con la conciencia de ser el *Hijo amado*, inicia su predicación de la venida del Reino de Dios, enseñando sus exigencias y su fuerza mediante palabras y signos de gracia y misericordia.

Los Evangelios nos lo presentan así en camino por ciudades y aldeas, acompañado por doce Apóstoles elegidos por Él, por un grupo de mujeres que los ayudan, por muchedumbres que lo buscan y lo siguen, por enfermos que imploran su poder de curación, por interlocutores que escuchan, con diferente eco, sus palabras[5].

El anuncio del ángel a María

La doncella de estirpe real responde al nombre de *Myriam*, de María de Nazaret, humildísima y oculta aldea de Galilea que fue profetizada ya por Isaías. La auténtica *novedad* cristiana que ha colocado a la mujer en una incomparable y altísima dignidad, inconcebible para la mentalidad judía del tiempo así como para la civilización grecorromana, comienza ya desde este anuncio que Gabriel dirige a María, en el nombre mismo del Señor[6].

El mensajero divino dice a la Virgen: *Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo*. El mensajero saluda, en efecto, a María como *llena de gracia*; la llama así como si fuera ese su verdadero nombre. No llama a su interlocutora con el nombre que le es propio en el registro civil: *Myriam* (María), sino con este nombre nuevo: *llena de gracia*. ¿Qué significa este nombre? ¿Por qué el arcángel llama así a la Virgen de Nazaret? ¿Qué significarían aquellas extraordinarias palabras y, en concreto, la expresión *llena de gracia*?[7].

Con estas primeras palabras dirigidas a María, el Padre revela su intención de comunicar a la humanidad la alegría verdadera y definitiva. La alegría propia del Padre, que consiste en tener a su lado al Hijo, es ofrecida a todos, pero ante todo es encomendada a María, para que desde ella se difunda a la comunidad humana. En María la invitación a la alegría está vinculada al don especial que había recibido del Padre: *Llena de gracia*.

La expresión griega *Kejaritomene*, con acierto, suele traducirse *llena de gracia*, pues se trata de una abundancia que alcanza su máximo grado. Podemos notar que la

expresión suena como si constituyera el nombre mismo de María, el *nombre* que le dio el Padre desde el origen de su existencia. En efecto, desde su concepción su alma está colmada de todas las bendiciones, que le permitirán un camino de eminente santidad a lo largo de toda su existencia terrena.

En el rostro de María se refleja el rostro misterioso del Padre. La ternura infinita de Dios-Amor se revela en los rasgos maternos de la Madre de Jesús. María es la única madre que puede decir, hablando de Jesús, *mi hijo*, como lo dice el Padre: *Tú eres mi Hijo*. Por su parte, Jesús dice al Padre: *Abbá, Papá*, mientras dice *mamá* a María, poniendo en este nombre todo su afecto filial[8].

Vas a concebir y a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Con estas palabras se dirige el ángel Gabriel a María en la Anunciación. No sabemos en qué lugar escuchó María estas palabras. San Lucas solo dice que Dios mandó al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret. Sin embargo, nada impide suponer que la Virgen escuchó este anuncio en su casa, en el ámbito de las paredes de su hogar. La Anunciación es un tema muy amado por los pintores de todos los tiempos, los cuales suelen presentar a María dentro de su casa de Nazaret.

Si sucedió así, las paredes de su casa escucharon las palabras del saludo angélico y el sucesivo anuncio del proyecto divino. Las paredes, naturalmente, no oyen, porque no tienen vida; sin embargo, son testigos de lo que sucedió en su interior. Así pues, fueron testigos del hecho de que María después de haber escuchado el saludo del ángel se turbó y se preguntaba qué podía significar. Asimismo oyeron cómo el ángel, tranquilizando a la Virgen de Nazaret, dijo: *No temas María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en tu seno un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande, será llamado Hijo del Altísimo*.

Después de oír todo eso, María dice: *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*. En ese momento termina la conversación y comienza el misterio de la Encarnación. El Hijo de Dios fue concebido en el seno de la Virgen por obra del Espíritu Santo y nació en la noche de Belén. La casa de Nazaret fue testigo de este misterio, el misterio más grande de la historia, que tendrá su coronación, su cumbre, en la muerte y resurrección de Cristo. Este misterio perdura en la historia, pues está destinado desde el comienzo a permanecer en medio de las vicisitudes del hombre hasta el fin del mundo. Misterio que perdura y transforma el mundo.

La casa de Nazaret fue testigo del inicio del envío del Hijo de Dios al mundo. *Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer (...), para que recibiéramos la filiación adoptiva*. Y en otro lugar se dice: *La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Pater!* Por tanto, la casita de Nazaret es el lugar privilegiado no solo del envío del Hijo sino también del Espíritu Santo. En este lugar comienza la obra divina de la salvación, allí encuentra casi su nueva dimensión. Toda esta novedad evangélica de vida y santidad, en cierto sentido, tiene su comienzo en la casita de Nazaret.

La casa de Nazaret fue también testigo de la maternidad divina que se realizaba en la Virgen. En efecto, es sobre todo ella quien está a la espera del nacimiento de Jesús. Todo lo demás, incluso un hombre tan cercano a ella como José, son solo testigos externos, en cierto sentido, a lo que se está realizando en ella. Se puede decir que María Santísima es la única que tiene experiencia inmediata de la maternidad que se realiza en ella.

Precisamente la casa de Nazaret fue testigo de esa espera y de esa preparación. La mujer que está encinta sabe muy bien lo que significa prepararse a la venida de un hijo al

mundo. Y únicamente María de Nazaret sabe lo que significó prepararse para dar a luz al Hijo de Dios[9].

María da su consentimiento al ángel

Las palabras de María en la Anunciación: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*, ponen de manifiesto una actitud característica de la religiosidad hebrea. Moisés, al comienzo de la antigua alianza, como respuesta a la llamada del Señor, se había declarado su siervo. Al llegar la nueva alianza, también María responde a Dios con un acto de libre sumisión y de consciente abandono a su voluntad, manifestando plena disponibilidad a ser *la esclava del Señor*.

María, la *llena de gracia*, al proclamarse *esclava del Señor*, desea comprometerse a realizar personalmente de modo perfecto el servicio que Dios espera de todo su pueblo. Las palabras: *He aquí la esclava del Señor* anuncian a Aquel que dirá de sí mismo: *El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos*. Así, el Espíritu Santo realiza entre la Madre y el Hijo una armonía de disposiciones íntimas, que permitirá a María asumir plenamente su función materna con respecto a Jesús, acompañándolo en su misión de Siervo.

También María, aun teniendo conciencia de la altísima dignidad que se le había concedido, ante el anuncio del ángel se declara de forma espontánea *esclava del Señor*. Las palabras *hágase en mí según tu palabra* manifiestan en María, que se declara esclava del Señor, una obediencia total a la voluntad de Dios.

Además, la docilidad de María anuncia y prefigura la que manifestará Jesús durante su vida pública hasta el calvario. Cristo dirá: *Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra*. En esta misma línea, María hace de la voluntad del Padre el principio inspirador de toda su vida, buscando en ella la fuerza necesaria para el cumplimiento de la misión que se le confió[10].

Su respuesta marcó un momento decisivo en la historia de la humanidad. El gozoso *fiat* de María testimonia su libertad interior, su confianza, su serenidad. No sabía cómo se realizarían en concreto los planes del Señor. Pero lejos de temer y angustiarse, aparece soberanamente libre y disponible. Su sí a la Anunciación significó tanto la aceptación de la maternidad que se le proponía, como el compromiso de María en el misterio de la Redención.

Esta fue obra de su Hijo. Pero la participación de María fue real y efectiva. No actúa María, aurora de nuestra Redención, a modo de instrumento inerte, pasivo. Al dar su consentimiento al ángel, María aceptó colaborar en toda la obra de reconciliación de la humanidad con Dios. Actúa conscientemente y sin poner condiciones[11]. El Amor significa la unidad de las voluntades. La voluntad del Padre y la voluntad del Hijo se unen. El fruto de esta unión es el Amor personal, el Espíritu Santo. El fruto del Amor personal es la Encarnación[12].

La concepción virginal, excluyendo una paternidad humana, afirma que el único padre de Jesús es el Padre celestial, y que en la generación temporal del Hijo se refleja la generación eterna: el Padre, que había engendrado al Hijo en la eternidad, lo engendra también en el tiempo como hombre. El relato de la Anunciación pone de relieve el estado

de Hijo de Dios, consecuente con la intervención divina en la concepción. *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios.*

Aquel que nace de María ya es, en virtud de la generación eterna, Hijo de Dios; su generación virginal, obrada por la intervención del Altísimo, manifiesta que, también en su humanidad, es el Hijo de Dios. San Lucas y san Mateo, al narrar la generación de Jesús, afirman también el papel del Espíritu Santo. Este no es el padre del niño: Jesús es hijo únicamente del Padre eterno que, por medio del Espíritu, actúa en el mundo y engendra al Verbo en la naturaleza humana.

El Espíritu Santo, en particular, es la persona que comunica las riquezas divinas a los hombres y los hace participar en la vida de Dios. Él, que en el misterio trinitario es la unidad del Padre y del Hijo, obrando la generación virginal de Jesús, une la humanidad a Dios.

El misterio de la Encarnación muestra también la incomparable grandeza de la maternidad virginal de María: la concepción de Jesús es fruto de su cooperación generosa en la acción del Espíritu de amor, fuente de toda fecundidad. La generación virginal permite la extensión de la paternidad divina: a los hombres se les hace hijos adoptivos de Dios en aquel que es Hijo de la Virgen y del Padre. Así pues, la contemplación del misterio de la generación virginal nos permite intuir que Dios ha elegido para su Hijo una Madre virgen, para dar más ampliamente a la humanidad su amor de Padre[13].

La Encarnación es obra de la Trinidad

Como se lee en el relato del evangelista san Lucas, la gloria de la Trinidad se hace presente en el tiempo y en el espacio, y encuentra su manifestación más elevada en Jesús, en su Encarnación y en su historia. San Lucas lee la concepción de Cristo precisamente a la luz de la Trinidad: lo atestiguan las palabras del ángel, dirigidas a María y pronunciadas dentro de la modesta casa de la aldea de Nazaret, en Galilea, que la arqueología ha sacado a la luz.

En el anuncio de Gabriel se manifiesta la trascendente presencia divina: el Señor Dios, a través de María y en la línea de la descendencia davídica, da al mundo a su Hijo: *Concebirás en el seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre.*

Aquí tiene valor doble el término *Hijo*, porque en Cristo se unen íntimamente la relación filial con el Padre celestial y la relación filial con la madre terrena. Pero en la Encarnación participa también el Espíritu Santo, y es precisamente su intervención la que hace que esa generación sea única e irrepetible: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios.* Las palabras que el ángel proclama son como un pequeño Credo, que ilumina la identidad de Cristo en relación con las demás Personas de la Trinidad.

Es la fe común de la Iglesia, que san Lucas pone ya en los inicios del tiempo de la plenitud salvífica: Cristo es el Hijo del Dios Altísimo, el Grande, el Santo, el Rey, el Eterno, cuya generación en la carne se realiza por obra del Espíritu Santo. Por eso, como

dirá san Juan en su primera carta: *Todo el que niega al Hijo, tampoco posee al Padre. Quien confiesa al Hijo, posee también al Padre.*

En el centro de nuestra fe está la Encarnación, en la que se revela la gloria de la Trinidad y su amor por nosotros: *Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria. Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene; en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él.*

Conocer a Dios y a su Hijo es acoger el misterio de la comunión de amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en la propia vida, que *ya desde ahora* se abre a la vida eterna por la *participación en la vida divina*. Por tanto, la vida eterna es la vida misma de Dios y a la vez la *vida de los hijos de Dios*. Un nuevo estupor y una gratitud sin límites se apoderan necesariamente del creyente ante esta inesperada e inefable verdad que nos viene de Dios en Cristo.

Con este estupor y con esta acogida vital debemos adorar el misterio de la Santísima Trinidad, que *es el misterio central de la fe y de la vida cristiana. Es el misterio de Dios en sí mismo. Es, pues, la fuente de todos los otros misterios de la fe; es la luz que los ilumina.* En la Encarnación contemplamos el amor trinitario que se manifiesta en Jesús; un amor que no queda encerrado en un círculo perfecto de luz y de gloria, sino que se irradia en la carne de los hombres, en su historia; penetra al hombre, regenerándolo y haciéndolo hijo en el Hijo[14].

María, embarazada de Dios, acude a servir a su pariente Isabel

El singular encuentro de dos madres

Cuando el ángel le informa de que Isabel espera el nacimiento de un hijo, María se pone en camino y de prisa acude a Galilea para ayudar a su prima en los preparativos del nacimiento del niño, con plena disponibilidad. Así brinda a los cristianos de todos los tiempos un modelo sublime de servicio[15].

Leemos que *en aquellos días se puso María en camino y con presteza fue a la montaña a una ciudad de Judá.* Se estima generalmente que se trata de la localidad de Ain-Karín, a 6 kilómetros al oeste de Jerusalén. María se traslada allí para estar junto a su pariente Isabel, más anciana que ella. Se desplaza allí después de la Anunciación, de la que la Visitación llega a ser casi un complemento.

María se pone en camino *con presteza* para visitar a Isabel, ciertamente por una necesidad del corazón, para prestarle un servicio afectuoso, como de hermana, en aquellos meses de gestación avanzada. En su espíritu sensible y delicado florece el sentimiento de la solidaridad femenina, característico de aquella circunstancia.

Sobre todo este fondo psicológico se enmarca probablemente la experiencia de una especial comunión que se ha establecido entre ella e Isabel con ocasión del anuncio del ángel. En efecto, el hijo esperado por Isabel será el precursor de Jesús y quien le bautizará en el Jordán.

Teniendo como base aquella comunión de espíritu se explica por qué el evangelista san Lucas se apresura a ilustrar la acción del Espíritu Santo en el encuentro entre las dos futuras madres. *María entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel y así que oyó Isabel el saludo de María, exultó de gozo el niño en su seno, e Isabel se llenó del Espíritu Santo.*

Esta acción del Espíritu Santo, experimentada por Isabel de forma particularmente profunda en el momento del encuentro con María, está en relación con el misterioso destino del hijo que lleva en su seno. Ya al padre del niño, Zacarías, al recibir el anuncio angélico del nacimiento de su hijo durante el servicio sacerdotal en el templo, le había sido dicho: *Estará lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre.*

En el momento de la Visitación, cuando María traspasa el umbral de la casa de Isabel, y con ella juntamente también Aquel que ya es fruto de su vientre, aquella presencia del Espíritu Santo se deja sentir de forma sensible por Isabel. Y así lo evidencia Isabel en el saludo que dirige a María, la joven madre: *¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí? Porque así que sonó la voz de tu salutación en mis oídos, exultó de gozo el niño en mi seno. Dichosa la que ha creído que se cumplirá lo que se le ha dicho de parte del Señor*[16].

Dichosa la que ha creído. Es el elogio que brota del corazón de Isabel en aquella alegre y presurosa visita que conserva un lugar indeleble en la historia de la humanidad. Es el encuentro de dos maternidades incipientes y marcadas cada una por un verdadero prodigio. Es el fluir a través de los siglos de una corriente espiritual imparable. La Virgen Madre ha creído en el misterioso designio que Dios iba a llevar a cabo en ella con su libre concurso. La fe de María es su principal título de grandeza[17].

María lleva la brisa fresca de la caridad

San Lucas refiere que *cuando oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno.* El saludo de María suscita en el hijo de Isabel un salto de gozo: la entrada de Jesús en la casa de Isabel, gracias a su Madre, transmite al profeta que nacerá la alegría que el Antiguo Testamento anuncia como signo de la presencia del Mesías.

Ante el saludo de María, también Isabel sintió la alegría mesiánica y *quedó llena de Espíritu Santo; y exclamando con gran voz, dijo: Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno.* La exclamación de Isabel *con gran voz* manifiesta un verdadero entusiasmo religioso, que la plegaria del Avemaría sigue haciendo resonar en los labios de los creyentes, como cántico de alabanza de la Iglesia por las maravillas que hizo el Poderoso en la Madre de su Hijo.

Isabel, proclamándola *bendita entre las mujeres*, indica la razón de la bienaventuranza de María en su fe: ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor! La grandeza y la alegría de María tienen origen en el hecho de que ella es la que cree. Ante la excelencia de María, Isabel comprende también qué honor constituye para ella su visita: *¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?* Con la expresión *mi Señor*, Isabel reconoce la dignidad real, más aún, mesiánica, del Hijo de María.

El ángel había dicho de Jesús: *El Señor Dios le dará el trono de David, su padre.* Isabel, *llena de Espíritu Santo*, tiene la misma intuición. Más tarde, la glorificación Pascual

de Cristo revelará en qué sentido hay que entender este título, es decir, en un sentido trascendente.

Isabel, con su exclamación llena de admiración, nos invita a apreciar todo lo que la presencia de la Virgen trae como don a la vida de cada creyente. En la Visitación, la Virgen lleva a la madre del Bautista el Cristo, que derrama el Espíritu Santo. Las mismas palabras de Isabel expresan bien este papel de mediadora: *Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno*. La intervención de María produce, junto con el don del Espíritu Santo, como un prelude de Pentecostés, confirmando una cooperación que, habiendo empezado con la Encarnación, está destinada a manifestarse en toda la obra de la salvación divina[18].

María es proclamada bendita juntamente con el fruto bendito de su vientre y proclamada dichosa por haber creído. Y ella responde, pero eso sí, cambiando de interlocutor, porque comenzó a hablar al Señor, elevándole en su humildad de esclava un admirable canto de alabanzas: el *Magnificat*. Reflexionemos: ¿qué significó en aquella casa de la montaña de Judá la presencia de María? ¿Se trató solo de un acto de cortesía, o de una delicadeza para con la pariente que había concebido en su vejez?

¿Fue una obra asistencial puramente humana? No: fue una presencia mucho más significativa y espiritualmente fecunda, porque María llevó a su pariente los dones incomparables de la gracia, de la alegría, de la luz, asociando en este don al futuro precursor con la madre. Efectivamente, he aquí que la anciana mujer *en cuanto oyó el saludo de María* no solo sintió saltar al hijo en el seno, sino que se llenó del Espíritu Santo y se sintió confortada y, hasta diría también entusiasta en corresponder al saludo. Y no solo esto: adquirió por iluminación del Espíritu que la había penetrado, la capacidad superior de reconocer en su joven pariente a la Madre misma de su Señor[19].

¿Cómo no hacer una reflexión de esta actitud de María? El sobresalto de alegría que sintió Isabel, subraya el don que puede encerrarse en un simple saludo, cuando sale de un corazón lleno de Dios. ¡Cuántas veces las tinieblas de la soledad, que oprimen a un alma, pueden ser desgarradas por el rayo luminoso de una sonrisa o de una palabra amable!

Una palabra amable se dice pronto; sin embargo, a veces se nos hace difícil pronunciarla. Nos detiene el cansancio, nos distraen las preocupaciones, nos frena un sentimiento de frialdad o de indiferencia egoísta. Así sucede que pasamos al lado de personas a las que, aún conociéndolas, apenas les miramos a la cara y no nos damos cuenta de lo que frecuentemente están sufriendo por esa sutil, agotadora pena, que proviene de sentirse ignoradas.

Bastaría una palabra cordial, un gesto afectuoso e inmediatamente algo se despertaría en ellas: una señal de atención y de cortesía puede ser una ráfaga de aire fresco en lo cerrado de una existencia, oprimida por la tristeza y por el desaliento. El saludo de María llenó de alegría el corazón de su anciana prima Isabel.

La fe permitió a María asomarse sin temor al abismo inexplorado del designio salvador de Dios: no resultaba fácil creer que Dios pudiera *hacerse carne* y venir a *habitar entre nosotros*, es decir, que quisiera ocultarse en la insignificancia de nuestra vida ordinaria, vistiéndose de nuestra fragilidad humana, sometida a tantos y tan humillantes condicionamientos. María se atrevió a creer en este proyecto *imposible*, y se convirtió en la principal cooperadora de esa admirable iniciativa divina, que ha abierto de nuevo nuestra historia a la esperanza[20].

María responde a las alabanzas de Isabel rezando

Las palabras usadas por María en el *Magnificat*, (...) constituyen una inspirada profesión de fe, que en respuesta a la palabra de la revelación, expresa la elevación espiritual y poética de todo su ser hacia Dios.

En estas sublimes palabras, que son al mismo tiempo muy sencillas y totalmente inspiradas en textos sagrados del pueblo de Israel, se vislumbra la experiencia personal de María: el éxtasis de su corazón. Resplandece en ellas un rayo del misterio de Dios, la gloria de su inefable santidad, el eterno amor que, como un don irrevocable, entra en la historia del hombre. Sus palabras reflejan el gozo del espíritu, difícil de expresar: *se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador*[21].

María, inspirándose en la tradición del Antiguo Testamento, celebra con el canto del *Magnificat* las maravillas que Dios realizó en ella. Ese cántico es la respuesta de la Virgen al misterio de la Anunciación: el ángel la había invitado a alegrarse; ahora María expresa el júbilo de su espíritu en Dios, su Salvador. Su alegría nace de haber experimentado personalmente la mirada benévola que Dios le dirigió a ella, criatura pobre y sin influjo en la historia.

Con la expresión *Magnificat*, versión latina de una palabra griega que tenía el mismo significado, se celebra la grandeza de Dios, que con el anuncio del ángel revela su omnipotencia, superando las expectativas y las esperanzas del pueblo de la alianza e incluso los más nobles deseos del alma humana.

Frente al Señor, potente y misericordioso, María manifiesta el sentimiento de su pequeñez: *Proclama mi alma la grandeza del Señor; se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava*. Probablemente, el término *humillación* en griego está tomado del cántico de Ana, la madre de Samuel. Con él se señalan la *humillación* y la *miseria* de una mujer estéril, que encomienda su pena al Señor. Con una expresión semejante, María presenta su situación de pobreza y la conciencia de su pequeñez ante Dios que, con decisión gratuita, puso su mirada en ella, joven humilde de Nazaret, llamándola a convertirse en la madre del Mesías.

Las palabras *desde ahora me felicitarán todas las generaciones* toman como punto de partida la felicitación de Isabel, que fue la primera en proclamar a María *dichosa*. El cántico, con cierta audacia, predice que esa proclamación se irá extendiendo y ampliando con un dinamismo incontenible. Al mismo tiempo, testimonia la veneración especial que la comunidad cristiana ha sentido hacia la Madre de Jesús desde el siglo I. El *Magnificat* constituye la primicia de las diversas expresiones de culto, transmitidas de generación en generación, con las que la Iglesia manifiesta su amor a la Virgen de Nazaret.

El Poderoso ha hecho obras grandes por mí; su nombre es santo y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. ¿Qué son esas *obras grandes* realizadas en María por el Poderoso? La expresión aparece en el Antiguo Testamento para indicar la liberación del pueblo de Israel de Egipto o de Babilonia. En el *Magnificat* se refiere al acontecimiento misterioso de la concepción virginal de Jesús, acaecido en Nazaret después del anuncio del ángel.

En el *Magnificat*, cántico verdaderamente teológico porque revela la experiencia del rostro de Dios hecha por María, Dios no solo es el Poderoso, para el que nada es imposible, como había declarado Gabriel, sino también el Misericordioso, capaz de ternura y fidelidad

para con todo ser humano. *Él hace proezas con su brazo; dispersa a los soberbios de corazón; derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes; a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos.*

Con su lectura sapiencial de la historia, María nos lleva a descubrir los criterios de la misteriosa acción de Dios. El Señor, trastocando los juicios del mundo, viene en auxilio de los pobres y los pequeños, en perjuicio de los ricos y los poderosos, y, de modo sorprendente, colma de bienes a los humildes, que le encomiendan su existencia. Estas palabras del cántico, a la vez que nos muestran en María un modelo concreto y sublime, nos ayudan a comprender que lo que atrae la benevolencia de Dios es sobre todo la humildad de corazón.

Por último, el cántico exalta el cumplimiento de las promesas y la fidelidad de Dios hacia el pueblo elegido: *Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia, como lo había prometido a nuestros padres, en favor de Abraham y su descendencia por siempre.* María, colmada de dones divinos, no se detiene a contemplar solamente su caso personal, sino que comprende que esos dones son una manifestación de la misericordia de Dios hacia todo su pueblo. En ella Dios cumple sus promesas con una fidelidad y generosidad sobreabundantes[22].

El canto del *Magnificat* continúa siendo durante los siglos la expresión más pura de la alegría que brota en cada una de las almas fieles. Es la alegría que surge del estupor ante la fuerza omnipotente de Dios, que puede permitirse *realizar cosas grandes*, a pesar de la desproporción de los instrumentos humanos. Finalmente es la alegría por la misericordia de Dios que, fiel a las promesas, acoge bajo las alas del amor a los hijos de Abraham, *de generación en generación*, socorriéndolos en cada una de sus necesidades.

Este es el canto de María. Y debe convertirse en el canto de cada día de nuestra vida: efectivamente, no hay situación humana que no pueda encontrar en él una interpretación adecuada. La Virgen lo pronuncia mientras en su espíritu se acumulan los interrogantes sobre las reacciones de su esposo, que todavía desconoce la intervención divina, y sobre todos los interrogantes acerca del futuro de este Hijo sobre el que gravitan inquietantes palabras proféticas[23].

El Nacimiento del Niño Jesús

El decreto de César Augusto

El acontecimiento es narrado por el evangelista Lucas. La descripción es más bien amplia en detalles. En primer lugar responde a la pregunta sobre las circunstancias históricas en que tuvo lugar el acontecimiento. Así, pues, venimos a saber que, como consecuencia del decreto de César Augusto, se mandó hacer el censo siendo Cirino gobernador de Siria. Bajo esta perspectiva se pasa a la descripción del acontecimiento en cuanto tal.

En efecto —para dar cumplimiento al deber derivado de lo dispuesto por la autoridad—, he aquí que José *subió desde la ciudad de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de*

David, que se llama Belén, para inscribirse con su esposa María. José se comporta así porque era de la casa y familia de David. Es sabido que la casa y la familia estaban unidas a la ciudad de Belén.

Evidentemente, la obligación del censo debía cumplirse en el lugar de origen de la familia. María estaba entonces encinta. Esperaba al Niño[24].

Al informarnos acerca de las circunstancias en que se realizan el viaje y el parto, el evangelista nos presenta una situación de austeridad y de pobreza, que permite vislumbrar algunas características fundamentales del reino mesiánico: un reino sin honores ni poderes terrenos, que pertenece a Aquel que, en su vida pública, dirá de sí mismo: *El Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza.*

La descripción del acontecimiento del parto, narrado de forma sencilla, presenta a María participando intensamente en lo que se realiza en ella: *Dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre.* La acción de la Virgen es el resultado de la plena disponibilidad a cooperar en el plan de Dios, manifestada ya en la Anunciación con su *hágase en mí según tu voluntad.*

María vive la experiencia del parto en una situación de suma pobreza: no puede dar al Hijo de Dios ni siquiera lo que suelen ofrecer las madres a un recién nacido; por el contrario, debe acostarlo *en un pesebre*, una cuna improvisada que contrasta con la dignidad del *Hijo del Altísimo.*

El Evangelio explica que *no había sitio para ellos en el alojamiento.* Se trata de una afirmación que, recordando el texto del prólogo de san Juan: *Los suyos no lo recibieron,* casi anticipa los numerosos rechazos que Jesús sufrirá en su vida terrena. La expresión *para ellos* indica un rechazo tanto para el Hijo como para su Madre y muestra que María ya estaba asociada al destino de sufrimiento de su Hijo y era partícipe de su misión redentora[25].

María es un gran ejemplo para nosotros en la espera de la venida de Cristo que invade todo este período. Desde el momento mismo de la Encarnación del Verbo, esta espera asume en ella una forma concreta: la de la maternidad. Debajo de su corazón virginal late ya una nueva vida, la vida del Hijo de Dios que se hizo Hombre en su seno[26].

Nace el niño. Nace el Hijo. Nace de la Madre. Durante nueve meses, como todo neonato estuvo unido a su seno. Nace de la Madre en el tiempo y según las leyes del tiempo humano para todo nacimiento. La venida del Hijo de María al mundo no tuvo lugar en una casa, habitación de hombres, sino en un ambiente destinado para animales...; María envolvió en pañales a su hijo primogénito *y lo acostó en un pesebre.* El mundo ha sido hecho por Él, pero el mundo no le ha recibido[27].

Es necesario que los hijos de la familia humana, al venir al mundo, tengan un techo sobre la cabeza; que tengan una casa. Sin embargo la casa de Nazaret, como sabemos, no fue el lugar del nacimiento del Hijo de María e Hijo de Dios. Probablemente todos los antepasados de Cristo, de los que habla la genealogía del Evangelio de san Mateo, venían al mundo bajo el techo de una casa. Esto no se le concedió a Él. Nació como un extraño en Belén, y en un establo[28].

¡Jesús! Ese nombre lo escuchó por primera vez la Virgen en Nazaret. Así llamó el ángel al Niño —en la Anunciación— antes de ser concebido. Y ella, María, fue la primera en pronunciar este nombre. Todos los demás aprendieron este nombre de ella, de la Madre. Y continúan aprendiéndolo[29].

José es con María la noche de Belén, testigo privilegiado de la venida del Hijo de

Dios al mundo. José fue testigo ocular de este nacimiento, acaecido en condiciones humanamente humillantes, primer anuncio de aquel *anonadamiento*, al que Cristo libremente consintió para redimir los pecados. Al mismo tiempo fue José testigo de la adoración de los pastores, llegados al lugar del nacimiento de Jesús después de que el ángel les hubiera llevado esta grande y gozosa nueva[30].

En Belén Dios entra en nuestra historia humana

La historia se articula en siglos y milenios antes y después de Cristo, dado que el acontecimiento de Belén representa la medida fundamental del tiempo humano. El nacimiento de Jesús es el centro del tiempo. La Noche santa se ha convertido en el punto esencial de referencia para los años, los siglos y los milenios a lo largo de los cuales se desarrolla la acción salvífica de Dios.

La venida de Cristo al mundo es importante desde el punto de vista de la historia del hombre; pero más importante aún desde el punto de vista de la salvación del hombre. Jesús de Nazaret aceptó someterse al límite del tiempo y lo abrió de una vez para siempre a la perspectiva de la eternidad. Con su vida y especialmente con su muerte y su resurrección, Cristo reveló de modo inequívoco que el hombre no es una existencia orientada hacia la muerte y destinada a agotarse en ella. El hombre no existe para la muerte sino para la inmortalidad[31].

El gran acontecimiento, que los historiadores no cristianos se limitan a mencionar, alcanza plena luz en los escritos del Nuevo Testamento que, aun siendo documentos de fe, no son menos atendibles, en el conjunto de sus relatos, como testimonios históricos. Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, es Señor del cosmos y también Señor de la historia, de la que es *el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin*. En Él, el Padre ha dicho la palabra definitiva sobre el hombre y sobre la historia. Esto es lo que expresa sintéticamente la carta a los Hebreos: *Muchas veces y de muchos modos habló Dios el pasado a nuestros padres por medio de los profetas: en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo*[32].

María, memoria viviente, lo recordará siempre todo

¿Quién sino la mujer es el mejor signo de lo humano? En ella es concebido el hombre y por ella viene al mundo. La mujer es la memoria del mundo humano. De ese tiempo humano que es tiempo de nacer y de morir. El tiempo del pasar. Porque todo hombre ha *pasado* por su seno materno. Y María es también memoria. Escribe el evangelista que *María conservaba todas estas cosas en su corazón*[33]. Esa noche, Él, que se ha acercado al hombre, ha entrado en su vida y en su historia. Ha traspasado el umbral de nuestra existencia humana. El Niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. Él es el indefenso Niño del género humano, y a la vez es el Poder que supera todo aquello que el hombre es, y todo lo que él puede. Porque el hombre no puede, por su propio poder, llegar a ser como Dios; así lo ha confirmado la historia, ya desde el principio. Y, al mismo tiempo,

el hombre puede llegar a ser como Dios por el poder de Dios[34].

María, por su parte, *guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón*. No podía menos de meditarlas. ¿Qué mujer podría olvidar el anuncio del ángel? María recordará estas palabras meditándolas en su corazón, durante toda su vida, durante toda la eternidad. La primera Navidad es un acontecimiento sin precedentes en la historia de la humanidad; es el punto decisivo de la historia de la salvación. La prodigiosa maternidad de María pertenece a ese misterio.

Eran cosas de suma importancia, tanto para ella como para nosotros. Durante toda su vida, María seguiría recordando los acontecimientos a través de los cuales Dios la guiaba. Recordaba la noche de Navidad, la gran solicitud de José, advertido por Dios del peligro que se cernía sobre el Niño, y la fuga a Egipto. Recordaba todo cuanto había oído de labios de Simeón en el momento de la presentación del Niño en el templo; y las palabras de Jesús, a sus doce años; con ocasión de su primera visita al templo. Recordaba todo esto, meditándolo en su corazón. Nos es fácil suponer que después habló de esos recuerdos a los Apóstoles y a los discípulos, a san Lucas y a san Juan. De este modo, la verdad sobre la maternidad divina encontró su lugar en los Evangelios.

Todos miran hacia ella: su maternidad divina se ha convertido en el gran patrimonio de la humanidad. Bajo su manto materno se encuentran de algún modo, también, pueblos lejanos, que no conocen el misterio de Jesucristo. Muchos, a pesar de no haber tenido noticia del Hijo de Dios, han oído hablar de la Virgen María y esto les acerca ya de algún modo al gran misterio del Nacimiento del Señor[35].

Los pastores de Belén son los primeros en conocer la Buena Nueva

Jesús, rechazado por los *suyos*, es acogido por los pastores, hombres rudos y no muy bien considerados, pero elegidos por Dios para ser los primeros destinatarios de la buena nueva del nacimiento del Salvador. El mensaje que el ángel les dirige es una invitación a la alegría: *Os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo*, acompañada por una exhortación a vencer todo miedo: *No temáis*.

En efecto, la noticia del nacimiento de Jesús representa para ellos, como para María en el momento de la Anunciación, el gran signo de la benevolencia divina hacia los hombres. En el divino Redentor, contemplado en la pobreza de la cueva de Belén, se puede descubrir una invitación a acercarse con confianza a Aquel que es la esperanza de la humanidad.

El cántico de los ángeles: *Gloria a Dios en las alturas y en la tierra Paz a los hombres en quien Él se complace*, que se puede traducir también por *los hombres de la benevolencia*, revela a los pastores lo que María había expresado en su *Magnificat*: el nacimiento de Jesús es el signo del amor misericordioso de Dios, que se manifiesta especialmente hacia los humildes y los pobres.

A la invitación del ángel los pastores responden con entusiasmo y prontitud: *Vayamos, pues, hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y el Señor nos ha manifestado*. Su búsqueda tiene éxito: *Encontraron a María y a José, y al niño*. Es el acontecimiento decisivo para su vida.

El deseo espontáneo de los pastores de referir *lo que les habían dicho acerca de*

aquel niño, después de la admirable experiencia del encuentro con la Madre y su Hijo, sugiere a los evangelizadores de todos los tiempos la importancia, más aún, la necesidad de una profunda relación espiritual con María, que permita conocer mejor a Jesús y convertirse en heraldos jubilosos de su Evangelio de salvación.

Frente a estos acontecimientos extraordinarios, san Lucas nos dice que *María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón*. Mientras los pastores pasan del miedo a la admiración y a la alabanza, la Virgen, gracias a su fe, mantiene vivo el recuerdo de los acontecimientos relativos a su Hijo y los profundiza con el método de la meditación en su corazón, o sea, en el núcleo más íntimo de su persona[36].

Para encontrar a Jesús, a María y a José hay que ponerse en camino, dejando atrás compromisos, dobleces y egoísmos; hay que hacerse disponibles interiormente a las sugerencias que Él no dejará de provocar en todo corazón que sabe ponerse a la escucha. Mirad la gruta de Belén: las personas que veis en ella pueden ser vuestro modelo y vuestro ejemplo. Como Jesús que ha venido no para ser servido sino para servir, como María y José que lo han ofrecido a los hombres, así también vosotros aprended a daros, comunicando la felicidad y la alegría de las que Dios os ha colmado[37].

Esperado por mucho tiempo, irrumpe por fin el resplandor del nuevo Día. ¡El Mesías ha nacido, el *Emmanuel*, Dios con nosotros! Ha nacido Aquel que fue preanunciado por los profetas e invocado constantemente por cuantos *habitaban en tierras de sombras*. En el silencio y la oscuridad de la noche, la luz se hace palabra y mensaje de esperanza.

Pero, ¿no contrasta quizás esta certeza de fe con la realidad histórica en que vivimos? Si escuchamos las tristes noticias de las crónicas, estas palabras de luz y esperanza parecen hablar de ensueños. Pero aquí reside precisamente el reto de la fe, que convierte este anuncio en consolador y, al mismo tiempo, exigente. La fe nos hace sentirnos rodeados por el tierno amor de Dios, a la vez que nos compromete en el amor efectivo a Dios y a los hermanos.

Nace para todo hombre y mujer el Niño llamado *Maravilla de Consejero, Dios guerrero, Padre perpetuo, Príncipe de la paz*. Él tiene la respuesta que puede disipar nuestros miedos y dar nuevo vigor a nuestras esperanzas. Sí, en esta noche evocadora de recuerdos santos, se hace más firme nuestra confianza en el poder redentor de la Palabra hecha carne. Cuando parecen prevalecer las tinieblas y el mal, Cristo nos repite: ¡no temáis! Con su venida al mundo, Él ha derrotado el poder del mal, nos ha liberado de la esclavitud de la muerte y nos ha readmitido al convite de la vida.

Nos toca a nosotros recurrir a la fuerza de su amor victorioso, haciendo nuestra su lógica de servicio y humildad. Cada uno de nosotros está llamado a vencer con Él *el misterio de la iniquidad*, haciéndose testigo de la solidaridad y constructor de la paz. Vayamos, pues, a la gruta de Belén para encontrarlo, pero también para encontrar, en Él, a todos los niños del mundo, a todo hermano lacerado en el cuerpo u oprimido en el espíritu.

Los pastores *se volvieron dando gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oído; todo como les habían dicho*. Al igual que los pastores, también nosotros hemos de sentir en esta noche extraordinaria el deseo de comunicar a los demás la alegría del encuentro con este *Niño envuelto en pañales*, en el cual se revela el poder salvador del Omnipotente. No podemos limitarnos a contemplar extasiados al Mesías que yace en el pesebre, olvidando el compromiso de ser sus testigos.

Hemos de volver de prisa a nuestro camino. Debemos volver gozosos de la gruta de Belén para contar por doquier el prodigio del que hemos sido testigos. ¡Hemos encontrado la luz y la vida! En Él se nos ha dado el amor[38].

Le pusieron de nombre Jesús

Jesús es el nombre de una persona histórica que vivió en Palestina. Si es justo dar credibilidad histórica a figuras como Moisés y Josué, con más razón hay que acoger la existencia histórica de Jesús. Son precisamente los Evangelios los que, leídos con honestidad de crítica, nos llevan a concluir que Jesús de Nazaret es una persona histórica que vivió en un espacio y tiempo determinados. Incluso desde el punto de vista puramente científico ha de suscitar admiración no el que afirma, sino el que niega la existencia de Jesús.

Por tradición, eran siempre los padres quienes ponían nombre a sus hijos. Sin embargo, en el caso de Jesús, Hijo de María, el nombre fue escogido y asignado desde lo alto, ya antes de su nacimiento, según la indicación del ángel a María, en la Anunciación y a José en sueños[39]. Dirigiéndose a Belén para el censo, de acuerdo con las disposiciones emanadas por la legítima autoridad, José cumplió, respecto al niño, la tarea importante y significativa de inscribir oficialmente el nombre de *Jesús, hijo de José de Nazaret* en el registro del Imperio.

Esta inscripción manifiesta de modo evidente la pertenencia de Jesús al género humano, hombre entre los hombres, ciudadano de este mundo, sujeto a las leyes e instituciones civiles, pero también *salvador del mundo*[40].

En la circuncisión, José pone al niño el nombre de Jesús. Al imponer el nombre, José declara su paternidad legal sobre Jesús y, al proclamar el nombre, proclama también su misión salvadora. El principio según el cual todos los ritos del Antiguo Testamento son una sombra de la realidad, explica el porqué Jesús los acepta. Como para los otros ritos, también el de la circuncisión halla en Jesús su *cumplimiento*. La Alianza de Dios con Abraham, de la cual la circuncisión era signo, alcanza en Jesús su pleno efecto y su perfecta realización, siendo Jesús el *sí* de todas las antiguas promesas[41].

Se le dio el nombre de Jesús. El hecho tuvo lugar, según la ley de Moisés, ocho días después del nacimiento, y sucedió dentro del rito de la circuncisión. El nombre de Jesús, dado por José al recién nacido de María ocho días después del nacimiento, tiene precisamente este eterno significado divino. Expresa la divina voluntad de salvar al mundo. Jesús literalmente significa: *Dios que salva*.

Todo lo que está contenido en el nombre de Jesús se refiere particularmente a su Madre. Durante nueve meses el *Dios que salva* se ha ocultado en el seno de la Virgen. Durante nueve meses, como ocurre con cualquier niño. La maternidad de María era, sin embargo, plena y exclusivamente, el fruto de la acción del Espíritu Santo[42].

Ya le pertenecía el nombre de Jesús desde el comienzo a aquel que así fue llamado al octavo día después de su nacimiento. Pero en cierto sentido, ya al venir al mundo trajo consigo ese nombre, que expresa de modo admirable la esencia y la misión del Verbo encarnado. Jesús vino al mundo para salvar a la humanidad. Por eso, cuando le pusieron ese nombre, se reveló al mismo tiempo quién era Él y cuál iba a ser su misión. Muchos en Israel llevaban ese nombre, pero Él lo llevó de modo único, realizando en plenitud su significado: Jesús de Nazaret, Salvador del mundo.

El tiempo está unido al nombre de Jesús desde el comienzo. Este nombre lo

acompaña en su historia terrena, inmersa en el tiempo pero sin que Él esté sujeto a ella, dado que en Él se halla la plenitud de los tiempos. Más aún, en el tiempo humano Dios introdujo la plenitud al entrar con ella en la historia del hombre. No entró como un concepto abstracto. Entró como Padre que da la vida —una vida nueva, la vida divina— a sus hijos adoptivos. Por obra de Jesucristo todos podemos participar en la vida divina: hijos en el Hijo, destinados a la gloria de la eternidad.

San Pablo profundiza en esta verdad diciendo: *La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre!* En nosotros, los hombres, la filiación divina procede de Cristo y se hace realidad por el Espíritu Santo. El Espíritu viene a enseñarnos que somos hijos y, al mismo tiempo, a hacer efectiva la filiación divina. El Hijo es quien con todo su ser dice a Dios: ¡Abbá, Padre!

Estamos tocando aquí el culmen del misterio de nuestra vida cristiana. En efecto, el nombre *cristiano* indica un nuevo modo de ser: existir a semejanza del Hijo de Dios. Como hijos en el Hijo participamos en la salvación, la cual no es solo liberación del mal, sino ante todo, plenitud del bien: del sumo bien de la filiación de Dios. Proclamando su nombre, caminamos seguros hacia el futuro, con la certeza de que no quedaremos defraudados si confiamos en el santísimo nombre de Jesús[43].

- 2 *Novo Millennio Ineunte*, 5.
- 3 Audiencia general, 23-III-1983.
- 4 *Novo Millennio Ineunte*, 17.
- 5 *Novo Millennio Ineunte*, 18.
- 6 Ángelus, 25-III-1981.
- 7 Carta Encíclica *Redemptoris Mater*, n. 8.
- 8 Audiencia general, 5-I-2000.
- 9 Homilía en el Santuario de Nuestra Señora de Loreto, 23-XII-1994.
- 10 Audiencia general, 4-IX-1996.
- 11 En el Santuario de Nuestra Señora de la Alborada, Guayaquil (Ecuador), 31-I-1985.
- 12 Homilía en la Parroquia de San Gregorio Barbarigo, Roma, 22-XII-1985.
- 13 Audiencia general, 31-VII-1996.
- 14 Audiencia general, 5-IV-2000.
- 15 Audiencia general, 4-IX-1996.
- 16 Audiencia general, 13-VI-1990.
- 17 Alocución, Génova, 22-IX-1985.
- 18 Audiencia general, 2-X-1996.
- 19 Homilía en el día de la Virgen de Lourdes, 11-II-1982.
- 20 Homilía a los enfermos, en San Pedro, 11-II-1981.
- 21 Carta Encíclica *Redemptoris Mater*, n. 36.
- 22 Audiencia general, 6-XI-1996.
- 23 Homilía a los enfermos, en San Pedro, 11-II-1981.
- 24 Homilía en la Misa de Nochebuena, 24-XII-1982.
- 25 Audiencia general, 20-XI-1996.
- 26 Alocución dominical, Las Marcas (Italia), 10-XII-1978.
- 27 Homilía en la Misa de Nochebuena, 24-XII-1982.
- 28 Homilía en Loreto, 8-IX-1979.
- 29 Homilía en la Misa de fin de año, 31-XII-1988.
- 30 Exhortación Apostólica *Redemptoris custos*, n. 10.
- 31 Homilía en la solemnidad de Santa María, Madre de Dios, 1-I-1998.
- 32 *Tertio millennio adveniente*, n. 5.
- 33 Homilía, 1-I-1988.
- 34 Mensaje de Navidad, 25-XII-1989.
- 35 Homilía en la solemnidad de la Madre de Dios, 1-I-1994.
- 36 Audiencia general, 20-XI-1996.
- 37 Audiencia general, 23-XII-1987.
- 38 Homilía en la Misa del Gallo de 2001.
- 39 Audiencia general, 14-I-1987.
- 40 Exhortación Apostólica *Redemptoris custos*, n. 9.
- 41 Exhortación Apostólica *Redemptoris custos*, n. 12.
- 42 En la basílica de San Pedro, 1-I-1991.
- 43 Homilía en la solemnidad de María, Madre de Dios, 1-I-1997.

Capítulo II

INFANCIA Y VIDA OCULTA DE JESÚS

María y José presentan al Niño en el Templo cumpliendo con la Ley

Simeón reconoce en el Templo al Mesías

Lo llevan como a tantos otros niños israelitas al templo: un niño de padres pobres. Entra inadvertido. No esperado por nadie. Dios escondido. Escondido en la carne humana; nacido en el establo junto a la ciudad de Belén. Sometido a la ley del rescate, como también se somete María a la de la Purificación[44].

María, obligada por su pobreza a ofrecer tórtolas o pichones, entrega en realidad al verdadero Cordero que deberá redimir a la humanidad, anticipando con su gesto lo que había sido prefigurado en las ofrendas rituales de la antigua Ley.

Mientras la Ley exigía solo a la madre la purificación después del parto, Lucas habla de *los días de la purificación de ellos*, tal vez con la intención de indicar a la vez las prescripciones referentes a la madre y a su Hijo primogénito. La expresión *purificación* puede resultarnos sorprendente, pues se refiere a una Madre que, por gracia singular, había obtenido ser inmaculada desde el primer instante de su existencia, y a un Niño totalmente santo. Sin embargo, es preciso recordar que no se trataba de purificarse la conciencia de alguna mancha de pecado, sino solamente de recuperar la pureza ritual, la cual, de acuerdo con las ideas de aquel tiempo, quedaba afectada por el simple hecho del parto, sin que existiera ninguna clase de culpa.

El evangelista aprovecha la ocasión para subrayar el vínculo especial que existe entre Jesús, en cuanto *primogénito* y la santidad de Dios, así como para indicar el espíritu de humilde ofrecimiento que impulsaba a María y a José. En efecto, el *par de tórtolas o dos pichones* era la ofrenda de los pobres.

En el templo, José y María se encuentran con Simeón, *hombre justo y piadoso, que esperaba la consolación de Israel*. La narración no dice nada de su pasado y del servicio que desempeñaba en el templo; habla de un hombre profundamente religioso, que cultiva en su corazón grandes deseos y espera al Mesías, consolador de Israel. En efecto, *estaba en él el Espíritu Santo y le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de haber visto al Mesías del Señor*. Simeón nos invita a contemplar la acción misericordiosa de Dios, que derrama el Espíritu sobre sus fieles para llevar a cumplimiento su misterioso proyecto de amor.

Simeón, modelo del hombre que se abre a la acción de Dios, *movido por el Espíritu*, se dirige al templo, donde se encuentra con Jesús, José y María. Tomando al Niño en sus brazos, bendice a Dios: *Ahora, Señor, puedes, según tu Palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz*. Simeón, expresión del Antiguo Testamento, experimenta la alegría del

encuentro con el Mesías y siente que ha logrado la finalidad de su existencia; por ello, dice al Altísimo que lo puede dejar irse a la paz del más allá.

En el episodio de la Presentación se puede ver el encuentro de la esperanza de Israel con el Mesías. También se puede descubrir en él un signo profético del encuentro del hombre con Cristo. El Espíritu Santo lo hace posible, suscitando en el corazón humano el deseo de ese encuentro salvífico y favoreciendo su realización.

Su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de Él. ¿Cómo no asombrarse ante esas palabras? Pero José y María, con esta experiencia, comprenden más claramente la importancia de su gesto de ofrecimiento: en el templo de Jerusalén presentan a Aquel que, siendo la gloria de su pueblo, es también la salvación de toda la humanidad. Y no podemos olvidar el papel de María, que entrega el Niño al santo anciano Simeón. Por voluntad de Dios, es la Madre quien da a Jesús a los hombres[45].

Será signo de contradicción

Después de haber reconocido en Jesús la *luz para alumbrar a las naciones*, Simeón anuncia a María la gran prueba a la que está llamado el Mesías y le revela su participación en ese destino doloroso. La referencia al sacrificio redentor, ausente en la Anunciación, ha impulsado a ver en el oráculo de Simeón casi un *segundo anuncio*, que llevará a la Virgen a un entendimiento más profundo del misterio de su Hijo.

Simeón, que hasta ese momento se había dirigido a todos los presentes, bendiciendo en particular a José y María, ahora predice solo a la Virgen que participará en el destino de su Hijo. Inspirado por el Espíritu Santo, le anuncia: *Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción, ¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!, a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones.* Estas palabras predicen un futuro de sufrimiento para el Mesías.

En efecto, será el *signo de contradicción*, destinado a encontrar una dura oposición en sus contemporáneos. Pero Simeón une al sufrimiento de Cristo la visión del alma de María atravesada por la espada, asociando de ese modo a la Madre al destino doloroso de su Hijo. Así, el santo anciano, a la vez que pone de relieve la creciente hostilidad que va a encontrar el Mesías, subraya las repercusiones que esa hostilidad tendrá en el corazón de la Madre. Ese sufrimiento materno llegará al culmen en la pasión, cuando se una a su Hijo en el sacrificio redentor.

María y José manifiestan su admiración cuando Simeón proclama a Jesús como *luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel*. María, en cambio, ante la profecía de la espada que le atravesará el alma, no dice nada. Acoge en silencio, al igual que José, esas palabras misteriosas que hacen presagiar una prueba muy dolorosa y expresan el significado más auténtico de la presentación de Jesús en el templo.

Después de la profecía de Simeón se produce el encuentro con la profetisa Ana que también *alababa a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén*. La fe y la sabiduría profética de la anciana que, *sirviendo a Dios noche y día*, mantiene viva con ayunos y oraciones la espera del Mesías, dan a la Sagrada Familia un nuevo impulso a poner su esperanza en el Dios de Israel.

En un momento tan particular, María y José seguramente consideraron el

comportamiento de Ana como un signo del Señor, un mensaje de fe iluminada y de servicio perseverante. A partir de la profecía de Simeón, María une de modo intenso y misterioso su vida a la misión dolorosa de Cristo: se convertirá en la fiel cooperadora de su Hijo para la salvación del género humano[46].

Los primeros paganos que adoran al Salvador

La adoración de los Magos de Oriente

Mientras tanto los Magos se ponen en camino. Vienen de lejos siguiendo la luz de la estrella que se les ha aparecido. Se dirigen a Jerusalén, llegan a la corte de Herodes. Preguntan: *¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo.* En la corte de Herodes reciben la respuesta...[47].

Los Magos de Oriente entran en Jerusalén precisamente con esta noticia: *¡Llega tu luz! ¿Dónde encontrar el lugar del nacimiento? Jerusalén es la ciudad de un gran Rey. Él es más grande que Herodes, y este soberano temporal, que se sienta en el trono de Israel con el beneplácito de Roma, no puede ofuscar la promesa de un Rey mesiánico*[48].

La Jerusalén de la Epifanía no es solo la Jerusalén de Herodes. Es, al mismo tiempo, la Jerusalén de los Profetas. Hay en ella testimonios de quienes, bajo el influjo del Espíritu Santo, preanunciaron desde hace siglos el misterio. Está el testimonio de Miqueas sobre el nacimiento del Rey mesiánico en Belén. Hay sobre todo el testimonio de Isaías. Un testimonio verdaderamente singular de la Epifanía en Isaías: *¡Levántate, brilla, Jerusalén, que llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti! Mira: las tinieblas cubren la tierra, la oscuridad los pueblos, pero sobre ti amanecerá el Señor, su gloria aparecerá sobre ti*[49].

¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo. Preguntaban por el rey, por el rey recién nacido, por eso esta pregunta, de acuerdo con la lógica humana, los debía llevar a la corte del rey. A la casa de Herodes. Sin embargo, aquí no basta la lógica humana. Los Magos de Oriente están en la órbita de una lógica distinta, en una luz distinta, que actúa en sus almas.

Esta luz podemos encontrarla especialmente en los textos del profeta Miqueas que escribe: *Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres realmente la más pequeña aldea de Judea: pues de ti saldrá un jefe que apacentará mi pueblo, Israel.* Así pues: Belén[50].

Cerca, a no muchos kilómetros al sur, había llegado la luz del Nacimiento y tú, Jerusalén, parece ignorarlo. Era completamente necesario que los Magos vinieran de Oriente a decírtelo, que vinieran a preguntártelo. Y tú, Jerusalén, parece ignorarlo. En ti vienen a buscar desde el Oriente los Magos al Mesías.

Tengamos presente, amados hermanos y hermanas, que los Magos han visto una estrella, una sola estrella. Y esta se les convierte en signo de discernimiento. Decidieron seguirla. El camino de los pastores fue corto. El de los Magos, largo. Los pastores marcharon directamente hacia la luz que les había envuelto en la noche de Belén. Los Magos tuvieron que indagar con esperanza siguiendo la estrella y dejándose guiar por su

luz. *¡Levántate, Jerusalén, brilla, que viene tu luz!*[51].

La luz del libro y la luz de la estrella indican el lugar exacto a los Magos. Ellos siguen esta luz. Y cuando al llegar al lugar, a Belén, ven al Niño con su Madre, no dudan en absoluto. Era Él precisamente hacia el que iban peregrinando.

Quizá la lógica humana les mandase volver atrás. ¿El recién nacido Rey de los judíos en una gruta? ¿Por qué aquí precisamente? ¿Por qué no en el palacio real de Jerusalén? Sin embargo los Magos se encuentran dentro de una lógica diversa. Siguen la luz del Misterio Divino. Participan de esta luz mediante la fe. Y tienen la certeza de encontrarse cara a cara con Aquel que tenía que venir. Exactamente según las palabras del Profeta. Los Magos hicieron esto precisamente. *Y cayendo de rodillas lo adoraron; después, abriendo sus cofres le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra.*

Los Magos de Oriente se encuentran al comienzo de un gran itinerario, cuyo pasado se remonta al principio de la historia del Pueblo elegido de la Antigua Alianza, y cuyo futuro llega a todos los pueblos y naciones de la tierra. Con la venida de los Magos de Oriente queda patente, al mismo tiempo, que la luz que Jerusalén lleva dentro de sí, no está destinada *solo* a Israel.

A la luz de la Epifanía, Dios se revela en Jesucristo a todos los pueblos y a todas las naciones de la tierra. A todos está destinada la Luz Divina que penetra la oscuridad de la existencia humana. El mismo Jesús que hoy recibe en Belén, como Niño, la adoración de los Magos, posteriormente, al final de su misión mesiánica, dirá a los Apóstoles: *Id y haced discípulos de todos los pueblos*[52].

En su búsqueda espiritual, el ser humano ya dispone naturalmente de una luz que lo guía: es la razón, gracias a la cual puede orientarse, aunque a tientas, hacia su Creador. Pero, dado que es fácil perder el camino, Dios mismo vino en su ayuda con la luz de la revelación, que alcanzó su plenitud en la Encarnación del Verbo, Palabra eterna de verdad.

La Epifanía celebra la aparición en el mundo de esta luz divina, con la que Dios salió al encuentro de la débil luz de la razón humana. Así, hoy, se propone la íntima relación que existe entre la razón y la fe, las dos alas de que dispone el espíritu humano para elevarse hacia la contemplación de la verdad[53].

El término *epifanía* significa manifestación: y celebra la primera manifestación al mundo pagano del Salvador recién nacido. San Agustín, testigo atento de la tradición de la Iglesia, explica sus razones de alcance universal afirmando que los Magos, primeros paganos en conocer al Redentor, merecieron significar la salvación de todas las gentes.

Es significativo que el Evangelio ponga también a la Virgen en el centro de la visita de los Magos, cuando dice que ellos *entraron en la casa, vieron al Niño con María, su madre y, postrándose, lo adoraron*[54].

Un aviso providencial

La huida de la Sagrada Familia a Egipto

Con ocasión de la venida de los Magos de Oriente, Herodes supo del nacimiento del

Rey de los judíos. Y cuando partieron los Magos, mandó matar a todos los niños de Belén y de toda la comarca menores de tres años. Y de este modo, matando a todos, matar a Aquel recién nacido, *Rey de los judíos*, de quien había tenido conocimiento.

Un acontecimiento muy importante, para el que la Providencia divina recurre nuevamente a José. Leemos: *Después que los Magos se retiraron, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, toma contigo al niño y a su Madre y huye a Egipto; y estate allí hasta que yo te lo diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarle». Entonces José tomó al niño y a su Madre y se retiró a Egipto; y estuvo allí hasta la muerte de Herodes.*

De este modo, el camino de regreso de Jesús desde Belén a Nazaret pasó a través de Egipto. Así como Israel había tomado la vía del éxodo *en condición de esclavitud* para iniciar la Antigua Alianza, José, depositario y cooperador del misterio providencial de Dios, custodia también en el exilio a Aquel que realiza la Nueva Alianza[55].

Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto. Al recordar la huida a Egipto, nos vienen a la mente las palabras que recoge la preparación litúrgica para la Santa Misa: *¡Dichoso san José, al que no solo se concedió ver y oír a Dios, a quien muchos reyes quisieron ver y no vieron, oír y no oyeron, sino también llevarlo en brazos, besarlo, vestirlo y protegerlo!* Se trata de una oración muy hermosa. La rezo todos los días antes de la misa y, ciertamente, la rezan también muchos sacerdotes en todo el mundo.

San José, esposo de María virgen, padre adoptivo del Hijo de Dios, no fue sacerdote, pero participó en el sacerdocio común de los fieles. Y dado que, como padre y protector de Jesús, pudo tenerlo y llevarlo en brazos, los sacerdotes se dirigen a san José con la ardiente petición de poder celebrar el sacrificio eucarístico con la misma veneración, con el mismo amor con que él cumplió su misión de padre nutricio del Hijo de Dios.

Estas palabras son muy elocuentes. Las manos del sacerdote que tocan el Cuerpo eucarístico de Cristo quieren obtener de san José la gracia de una castidad y de una veneración igual a la que el santo carpintero de Nazaret tenía con respecto a su Hijo adoptivo.

Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto. José oyó estas palabras en sueños. El ángel le había dicho que huyera con el Niño, porque se cernía sobre Él un peligro mortal. José de Nazaret, que salvó a Jesús de la crueldad de Herodes, se nos presenta en este momento como un gran promotor de la causa de la defensa de la vida humana, desde el primer instante de la concepción hasta su muerte natural. La vida tiene un valor inviolable y una dignidad irrepetible, especialmente porque todo hombre está llamado a participar en la vida de Dios. San Juan escribe: *Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!*

La medida de la civilización, una medida universal, perenne, que abarca todas las culturas, es su relación con la vida. Una civilización que rechace a los indefensos merecería el nombre de civilización bárbara, aunque lograra grandes éxitos en los campos de la economía, la técnica, el arte y la ciencia. El hombre adoptado en Cristo como hijo de Dios es realmente partícipe de la filiación del hijo de Dios.

Eso es el hombre. Esa es su plena e inefable dignidad. El hombre está llamado a ser partícipe de la vida de Dios, a conocer, iluminado por la fe, y a amar a su Creador y Padre, primero mediante todas sus criaturas aquí en la tierra y, después, en la visión beatífica de su divinidad por los siglos[56].

¿Qué sentido tendría hablar de la dignidad del hombre, de sus derechos fundamentales, si no se protege a un inocente, o se llega incluso a facilitar los medios o

servicios, privados o públicos, para destruir vidas humanas indefensas? Él quiso ser reconocido, por primera vez, por un niño que todavía vivía en el seno de su madre, un niño que se alegró y saltó de gozo ante su presencia[57].

Al lado de Jesús veis la dulce figura de María, su Madre y Madre nuestra, sentís la serena presencia de José, el hombre *justo*, que en laborioso silencio provee a las necesidades de toda la familia. Hoy, se detiene en él la mirada del corazón, para admirar sus dotes de discreción y de disponibilidad, de laboriosidad y de valentía, que circundan su bondadosa figura con una aureola de cautivadora simpatía.

Toda la tradición ha visto en san José al Patrono y Protector de la comunidad de los creyentes; su poderosa intercesión acompaña y protege el camino de la Iglesia en el curso de la historia. Él la defiende de los peligros, la sostiene en las luchas y sufrimientos, le señala el camino, le obtiene alientos y consuelos. Hoy contemplamos a la Familia en misión porque la Sagrada Familia no es otra cosa, esto es: la familia humana en misión divina[58].

La Sagrada Familia fue amenazada durante su estancia en Belén. Es una amenaza que viene del mundo que quiere acabar con la vida del Niño. ¡Deseamos hacer frente a todo lo que, en el mundo de hoy, amenaza a la familia desde dentro y desde fuera! ¡A lo que amenaza al amor, a la fidelidad y a la honestidad conyugal, a lo que amenaza la vida![59].

La Sagrada Familia se instala en Nazaret

Su vida es en apariencia como cualquier otra

Los Evangelios ofrecen pocas y escuetas noticias sobre los años que la Sagrada Familia vivió en Nazaret. San Mateo refiere que san José, después del regreso de Egipto, tomó la decisión de establecer la morada de la Sagrada Familia en Nazaret, pero no da ninguna otra información, excepto que José era carpintero.

Por su parte, san Lucas habla dos veces de la vuelta de la Sagrada Familia a Nazaret y da dos breves indicaciones sobre los años de la niñez de Jesús, antes y después del episodio de la peregrinación a Jerusalén: *El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre Él, y Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.*

Al hacer estas breves anotaciones sobre la vida de Jesús, san Lucas refiere probablemente los recuerdos de María acerca de ese período de profunda intimidad con su Hijo. La unión entre Jesús y la *llena de gracia* supera con mucho la que normalmente existe entre una madre y un hijo, porque está arraigada en una particular condición sobrenatural y está reforzada por la especial conformidad de ambos con la voluntad divina[60].

La familia de Nazaret vive su vida de fe, correspondiendo a una vocación sublime que vincula su existencia al misterio de Dios presente entre los hombres en ese Hijo suyo, que es el mismo Verbo de Dios encarnado. Dedicándose a Él encuentran la motivación diaria para una solidaridad entre ellos que ninguna dificultad consigue resquebrajar.

Cosa que viven de modo oculto, en el trabajo cotidiano, afrontado con la conciencia de colaborar de este modo también al plan de salvación universal. Especialmente el camino

de José está encerrado en el silencio. Solo sabemos que su vida se consumió en la diaria fatiga de carpintero, junto al Hijo de Dios, Jesús, quien creciendo a su lado día tras día, se iba haciendo, cada vez más, su eficaz colaborador: carpintero con carpintero.

Estas verdades no son abstractas; el ejemplo de los miembros de la Sagrada Familia las hacen extremadamente concretas. Son verdades que pasan a través de la fatiga de María en la casa, que se empapan del sudor cotidiano de José y que tienen el espesor de las herramientas manejadas por las encallecidas manos del mismo Hijo de Dios[61].

El único acontecimiento que destaca el Evangelio en estos años

Desde el momento de la Anunciación, José, junto con María, se encontró en cierto sentido en la intimidad del misterio escondido desde siglos en Dios, y que se encarnó: *la Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros*. Él habitó entre nosotros y el ámbito de su morada fue la Sagrada Familia de Nazaret, una de tantas familias de esta aldea de Galilea, una de tantas familias de Israel. Allí Jesús *crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con Él*.

Los Evangelios compendian en pocas palabras el largo período de la vida *oculta*, durante el cual Jesús se preparaba para su misión mesiánica. Un solo episodio se sustrae a este *ocultamiento*, que es descrito en el Evangelio de Lucas: fue durante la Pascua de Jerusalén, y cuando Jesús tenía doce años[62].

Así, aunque pobre en pormenores sobre el primer período de la vida de Jesús, narra el Evangelio, sin embargo, que *sus padres iban cada año a Jerusalén en la fiesta de la Pascua*, como expresión de su fidelidad a la ley y a las tradiciones de Israel. *Cuando era ya de doce años, al subir sus padres, según el rito festivo, y volverse ellos acabados los días, el Niño Jesús se quedó en Jerusalén sin que sus padres lo echasen de ver*. Después de tres días de búsqueda *le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles*[63].

Se trata de una circunstancia singular, que arroja luz sobre los largos años de la vida oculta de Nazaret. En esa ocasión Jesús revela, con su fuerte personalidad, la conciencia de su misión, confiriendo a este segundo *ingreso* en la *casa del Padre* el significado de una entrega completa a Dios, que ya había caracterizado su presentación en el templo.

A través de este episodio, Jesús prepara a su madre para el misterio de la Redención. María, al igual que José, vive en esos tres dramáticos días, en que su Hijo se separa de ellos para permanecer en el templo, la anticipación del triduo de su pasión, muerte y resurrección. Al dejar partir a su madre y a José hacia Galilea, sin avisarles de su intención de permanecer en Jerusalén, Jesús los introduce en el misterio del sufrimiento que lleva a la alegría, anticipando lo que realizaría más tarde con los discípulos mediante el anuncio de su Pascua.

Según el relato de Lucas, en el viaje de regreso a Nazaret, María y José, después de una jornada de viaje, preocupados y angustiados por el niño Jesús, lo buscan inútilmente entre sus parientes y conocidos. Vuelven a Jerusalén y, al encontrarlo en el templo, se asombran porque lo ven *sentado en medio de los doctores, escuchándoles y preguntándoles*. Su conducta es muy diversa de la acostumbrada. Y seguramente el hecho de encontrarlo al tercer día revela a sus padres otro aspecto relativo a su persona y a su

misión.

Jesús asume el papel de maestro, como hará más tarde en la vida pública, pronunciando palabras que despiertan admiración: *Todos los que lo oían estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas*. Manifestando una sabiduría que asombra a los oyentes, comienza a practicar el arte del diálogo, que será una característica de su misión salvífica.

Su madre le pregunta: *Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando*. Se podría descubrir aquí el eco de los *porqués* de tantas madres ante los sufrimientos que les causan sus hijos, así como los interrogantes que surgen en el corazón de todo hombre en los momentos de prueba. La respuesta de Jesús, en forma de pregunta, es densa de significado: *Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabías que yo debía ocuparme de las cosas de mi Padre?* Con esa expresión, Jesús revela a María y a José, de modo inesperado e imprevisto, el misterio de su Persona, invitándolos a superar las apariencias y abriéndoles perspectivas nuevas sobre su futuro.

En la respuesta a su madre angustiada, el Hijo revela enseguida el motivo de su comportamiento. María había dicho: *Tu padre*, designando a José; Jesús responde: *Mi Padre*, refiriéndose al Padre celestial. Jesús, al aludir a su ascendencia divina, más que afirmar que el templo, casa de su Padre, es el *lugar* natural de su presencia, lo que quiere dejar claro es que Él debe ocuparse de todo lo que atañe al Padre y a su designio. Desea reafirmar que solo la voluntad del Padre es para Él norma que vincula su obediencia.

El texto evangélico subraya esa referencia a la entrega total al proyecto de Dios mediante la expresión verbal *debía*, que volverá a aparecer en el anuncio de la Pasión. Así pues, a sus padres les pide que le permitan cumplir su misión donde lo lleve la voluntad del Padre celestial.

El evangelista comenta: *Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio*. María y José no entienden el contenido de su respuesta, ni el modo, que parece un rechazo, como reacción a su preocupación de padres. Con esta actitud, Jesús quiere revelar los aspectos misteriosos de su intimidad con el Padre, aspectos que María intuye, pero sin saberlos relacionar con la prueba que estaba atravesando.

Las palabras de Lucas nos permiten conocer cómo vivió María en lo más profundo de su alma este episodio realmente singular: *conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón*. La madre de Jesús vincula los acontecimientos al misterio de su Hijo, tal como se le reveló en la Anunciación, y ahonda en ellos en el silencio de la contemplación, ofreciendo su colaboración con el espíritu de un renovado *fiat*. Así comienza el primer eslabón de una cadena de acontecimientos que llevará a María a superar progresivamente el papel natural que le correspondía por su maternidad, para ponerse al servicio de la misión de su Hijo divino.

En el templo de Jerusalén, en este preludio de su misión salvífica, Jesús asocia a su Madre a sí; ya no será solamente la madre que lo engendró, sino la Mujer que, con su obediencia al plan del Padre, podrá colaborar en el misterio de la Redención. De este modo, María, conservando en su corazón un evento tan rico de significado, llega a una nueva dimensión de su cooperación en la salvación[64].

Fuera de este suceso, todo el período de la adolescencia de Jesús está cubierto de silencio. Es un período de vida oculta resumido por san Lucas en dos frases sencillas: *Jesús bajó con ellos y vino a Nazaret y les estaba sujeto, y: crecía en sabiduría, edad y gracia ante Dios y ante los hombres*[65].

Lleva una vida de trabajo y convivencia normal

Allí, en Nazaret, un niño como todos los nacidos de mujer, recibía continuamente los cuidados de la Madre. El que vino a la tierra para salvar a todos los hombres..., para llevar a cabo esta misión, pasó la mayor parte de su vida terrena en el seno de una familia, con el fin de hacernos comprender la importancia insustituible de esta primera célula de la sociedad[66].

Jesús trabajó materialmente durante 30 años con san José en la modesta actividad de carpintero, entre las paredes de la casa de Nazaret. Un trabajo, de treinta años, carente de acontecimientos extraordinarios externos, que constituyó la trama —en cierto modo— del crecimiento del Salvador en *edad, sabiduría y gracia*[67].

José guiaba y sostenía al Niño Jesús, introduciéndolo en el conocimiento de las costumbres religiosas y sociales del pueblo judío, y encaminándole en la práctica del oficio de carpintero, del que, durante tantos años de ejercicio, él había asimilado todos los secretos. San José enseñó a Jesús el trabajo humano del que era experto.

El Niño trabajaba junto a él, y escuchándolo y mirándolo aprendía a manejar los instrumentos propios de carpintero con la diligencia y dedicación que el ejemplo del padre putativo le transmitía[68]. José, la persona más cercana al Señor, después de María, era un trabajador: no un científico, ni un doctor de la ley, ni un líder político, ni un profesional, ni un sacerdote, sino un carpintero.

Al elegir para sí como padre nutricio un carpintero, y hacerse Él mismo carpintero, Cristo, ha enriquecido el trabajo humano con una dignidad inigualable. Ahora quien trabaja sabe que realiza algo divino, que puede ponerse en relación con la obra inicial del Creador. Ya sabemos que en el mundo pagano el trabajo manual era poco estimado, hasta el punto de que era considerado como una actividad indigna de hombres libres. El cristianismo ha cambiado totalmente esta valoración. Desde que el Hijo de Dios aceptó inclinarse sobre el banco de trabajo junto al carpintero José, el cansancio físico ha dejado de ser considerado algo innoble, y, más bien, ha comenzado a ser tenido como un motivo legítimo de orgullo[69].

El trabajo responde al designio y a la voluntad de Dios. Las primeras páginas del Génesis nos presentan la creación como obra de Dios, como *el trabajo de Dios*. Por esto, Dios llama al hombre a trabajar, para que se asemeje a Él. El trabajo no constituye, pues, un hecho accesorio, y mucho menos una maldición del cielo. Es por el contrario, una bendición primordial del Creador, una actividad que permite al individuo realizarse y ofrecer un servicio a la sociedad.

Pero la proclamación más exhaustiva del *Evangelio del trabajo* la hizo Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre —y hombre de un trabajo manual— sometido al duro esfuerzo. Él dedicó gran parte de su vida terrena al trabajo de artesano e incorporó el mismo trabajo a su obra de redención[70]. En el crecimiento humano de Jesús, representó una parte notable la virtud de la laboriosidad, al ser el trabajo un bien del hombre que transforma la naturaleza y que hace al hombre ser *en cierto sentido más hombre*[71].

Jesús nació como un extraño en Belén, en un establo. Y no pudo volver a la casa de Nazaret, porque, obligado a huir desde Belén a Egipto por la crueldad de Herodes, solo después de morir el rey, José se atrevió a llevar a María con el Niño a la casa de Nazaret.

Y desde entonces en adelante esa casa fue el lugar de la vida cotidiana y el lugar de la vida oculta del Mesías. La casa en la que María habitó después de los desposorios con José es la casa de Nazaret. La casa de la Sagrada Familia. Toda casa es sobre todo santuario de la madre. Ella lo crea, de modo especial, con su maternidad.

La casa de la Sagrada Familia fue el primer templo, la primera iglesia, en la que la Madre de Dios irradió su luz con su Maternidad. La irradió con su luz que procedía del gran misterio de la Encarnación: el misterio de su Hijo[72].

La madre no es solo la que da a luz, sino también la que se compromete activamente en la formación y el desarrollo de la personalidad del hijo. Seguramente, el comportamiento de María influyó en la conducta de Jesús. Se puede pensar, por ejemplo, que el gesto del lavatorio de los pies, que dejó a sus discípulos como modelo para seguir, reflejaba lo que Jesús mismo había observado desde su infancia en el comportamiento de María, cuando ella lavaba los pies a los huéspedes, con espíritu de servicio humilde.

Según el testimonio del Evangelio, Jesús, en el período transcurrido en Nazaret, estaba *sujeto* a María y a José. Así recibió de María una verdadera educación, que forjó su humanidad. Por otra parte, María se dejaba influir y formar por su hijo. En la progresiva manifestación de Jesús, descubrió cada vez más profundamente al Padre y le hizo el homenaje de todo el amor de su corazón filial. Su tarea consiste ahora en ayudar a la Iglesia a caminar como ella tras las huellas de Cristo.

El Evangelio de san Lucas, particularmente atento al período de la infancia, narra que Jesús en Nazaret se hallaba sujeto a José y a María. Esa dependencia nos demuestra que Jesús tenía la disposición de recibir, y estaba abierto a la obra educativa de su madre y de José, que cumplían su misión también en virtud de la docilidad que Él manifestaba siempre.

Los dones especiales, con los que Dios había colmado a María, la hacían especialmente apta para desempeñar la misión de madre y educadora. En las circunstancias concretas de cada día, Jesús podía encontrar en ella un modelo para seguir e imitar, y un ejemplo de amor perfecto a Dios y a los hermanos.

Además de la presencia materna de María, Jesús podía contar con la figura paterna de José, hombre justo, que garantizaba el necesario equilibrio de la acción educadora. Desempeñando la función de padre, José cooperó con su esposa para que la casa de Nazaret fuera un ambiente favorable al crecimiento y a la maduración personal del Salvador de la humanidad.

Luego, al enseñarle el duro trabajo de carpintero, José permitió a Jesús insertarse en el mundo del trabajo y en la vida social. Los escasos elementos que el evangelista ofrece no nos permiten conocer y valorar completamente las modalidades de la acción pedagógica de María con respecto a su Hijo divino.

Ciertamente, ella fue, junto con José, quien introdujo a Jesús en los ritos y prescripciones de Moisés, en la oración al Dios de la alianza mediante el uso de los salmos y en la historia del pueblo de Israel, centrada en el éxodo de Egipto. De ella y de José aprendió Jesús a frecuentar la sinagoga y a realizar la peregrinación anual a Jerusalén con

ocasión de la Pascua.

Contemplando los resultados, ciertamente podemos deducir que la obra educativa de María fue muy eficaz y profunda, y que encontró en la psicología humana de Jesús un terreno muy fértil. La misión educativa de María, dirigida a un hijo tan singular, presenta algunas características particulares con respecto al papel que desempeñan las demás madres.

Ella garantizó solamente las condiciones favorables para que se pudieran realizar los dinamismos y los valores esenciales del crecimiento, ya presentes en el hijo. Por ejemplo, el hecho de que en Jesús no hubiera pecado exigía de María una orientación siempre positiva, excluyendo intervenciones encaminadas a corregir.

Además, aunque fue su madre quien introdujo a Jesús en la cultura y en las tradiciones del pueblo de Israel, será Él quien revele, desde el episodio de su pérdida y encuentro en el templo, su plena conciencia de ser el Hijo de Dios, enviado a irradiar la verdad en el mundo, siguiendo exclusivamente la voluntad del Padre. De *maestra* de su hijo, se convirtió así en humilde discípula del divino Maestro, engendrado por ella.

Permanece la grandeza de la tarea encomendada a la Virgen Madre: ayudó a su Hijo Jesús a crecer, desde la infancia hasta la edad adulta, *en sabiduría, en estatura y en gracia* y a formarse para su misión. María y José aparecen, por tanto, como modelos de todos los educadores. Los sostienen en las grandes dificultades que encuentra hoy la familia y les muestran el camino para lograr una formación profunda y eficaz de los hijos.

Su experiencia educadora constituye un punto de referencia seguro para los padres cristianos, que están llamados, en condiciones cada vez más complejas y difíciles, a ponerse al servicio del desarrollo integral de la persona de sus hijos, para que lleven una vida digna del hombre y que corresponda al proyecto de Dios[73].

La Virgen conservó y renovó con perseverancia la completa disponibilidad que había expresado en la Anunciación. El inmenso privilegio y la excelsa misión de ser Madre del Hijo de Dios no cambiaron su conducta de humilde sumisión al plan del Padre. Entre los demás aspectos de ese plan divino, ella asumió el compromiso educativo implicado en su maternidad[74].

Jesús crecía en su maduración humana, en los afectos familiares, y en la perspectiva de su misión. Las grandes misiones al servicio de los hombres no se improvisan, sino que exigen una preparación, en el silencio de una laboriosidad perseverante y tenaz. Así fue para el joven Jesús. Al lado de Jesús vemos la dulce figura de María, su Madre y Madre nuestra, sentimos la serena presencia de José, el hombre justo, que en laborioso silencio provee a las necesidades de toda la familia[75].

- 44 Homilía en la Presentación del Señor, 2-II-1979.
- 45 Audiencia general, 11-XII-1996.
- 46 Audiencia general, 18-XII-1996.
- 47 Homilía de Epifanía, 6-I-1984.
- 48 Homilía en la ordenación de obispos, 6-I-1987.
- 49 Homilía de Epifanía, 6-I-1986.
- 50 Homilía en la ordenación de nuevos obispos, 6-I-1988.
- 51 Homilía en la consagración de obispos, 6-I-1983.
- 52 Homilía en la ordenación de nuevos obispos, 6-I-1988.
- 53 Homilía, 6-I-1999.
- 54 Audiencia general, 4-I-1989.
- 55 Exhortación Apostólica *Redemptoris custos*, n. 14.
- 56 Homilía en Kalisz (Polonia), 4-VI-1997.
- 57 Homilía en la Misa por las familias, Madrid (España), 2-XI-1982.
- 58 A las comunidades neocatecumenales, Porto San Giorgio (Italia), 30-XII-1988.
- 59 Ángelus, 28-XII-1986.
- 60 Audiencia general, 29-I-1997.
- 61 Homilía en la Misa, 19-III-1988.
- 62 Exhortación Apostólica *Redemptoris custos*, n. 15.
- 63 Audiencia general, 4-II-1987.
- 64 Audiencia general, 15-I-1997.
- 65 Audiencia general, 4-II-1987.
- 66 Ángelus, 27-XII-1987.
- 67 A los trabajadores de Prato (Italia), 19-III-1986.
- 68 Homilía en la Plaza de Juan Pablo II, en Térmoli (Italia) 19-III-1983.
- 69 A los obreros de Ivrea, 19-III-1990.
- 70 A los trabajadores y empresarios, Barcelona (España), 7-XI-1982.
- 71 Exhortación Apostólica *Redemptoris custos*, n. 23.
- 72 Homilía en Loreto, 8-IX-1979.
- 73 Audiencia general, 4-XII-1996.
- 74 Audiencia general, 5-I-2000.
- 75 Ángelus, Pratto (Italia), 19-III-1986.

Capítulo III

LA LUMINOSA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

Preparación antes de manifestarse como Maestro de Israel

La figura del Bautista

El evangelista Mateo lo describe como un hombre de oración intensa, de penitencia austera, de fe profunda: efectivamente, es el último de los Profetas del Antiguo Testamento, que da paso al Nuevo, señalando en Jesús al Mesías esperado por el pueblo judío.

En las riberas del río Jordán, Juan Bautista confiere el bautismo de penitencia: *Y acudían a él todas las gentes de Jerusalén, de Judea y del valle del Jordán; confesaban sus pecados y él las bautizaba.* Este bautismo no es un simple rito de adhesión, sino que indica y exige el arrepentimiento de sus propios pecados y el sincero sentimiento de espera en el Mesías.

Predica la conversión: *Convertíos, porque se acerca el reino de los cielos.* Juan enseña. Y lo hace conforme al anuncio de Isaías: *allanando los senderos* para el Señor. ¿Quién es el Señor que debe venir? Por sus mismas palabras podemos calificar la persona, la misión y la autoridad del Mesías.

Juan Bautista enmarca ante todo claramente *su persona*. Y así dice: *puede más que yo y no merezco llevarle las sandalias.* Con estas expresiones, típicamente orientales, reconoce la distancia infinita que hay entre él y Aquel que debe venir, y subraya también su misión de preparar inmediatamente ya ese gran acontecimiento.

Luego señala la misión del Mesías: *os bautizará con el Espíritu Santo y fuego.* Juan Bautista, divinamente iluminado, anuncia que Jesús, el Mesías, continuará confiriendo el bautismo, pero este rito dará la *gracia* de Dios, el Espíritu Santo, entendido bíblicamente como *fuego* místico, que quema y borra el pecado e inserta en la misma vida divina (encendiendo nuestra vida de amor)[76].

El Bautismo de Cristo

Después de treinta años desde la noche del Nacimiento en Belén, Jesús de Nazaret viene al lugar en el que Juan estaba bautizando con el bautismo de penitencia, para preparar la venida del Mesías. El día en que Jesús de Nazaret vino al Jordán, Juan proclamó ante el pueblo: *Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.*

¿Quién es Jesús de Nazaret? Juan el Bautista dice que es el Cordero de Dios que

quita el pecado del mundo. De este modo pronuncia —por así decir— la verdad del Mesías Redentor hasta el fondo. El significado de estas palabras de Juan se esclarecerán del todo a través de la cruz en el Gólgota y en la mañana del día de Pascua[77].

Entre la multitud penitente que avanza hacia Juan el Bautista para recibir el bautismo está también Jesús. La promesa está a punto de cumplirse y se abre una nueva era para toda la humanidad. Este hombre, que aparentemente no es diferente de todos los demás, en realidad es Dios, que viene a nosotros para dar a cuantos lo reciban el poder de *convertirse en hijos de Dios, a los que creen en su nombre; los cuales no nacieron de sangre, ni de deseo de hombre, sino que nacieron de Dios*[78].

En este acontecimiento del bautismo aparece la humildad de Jesús (...). Esta humildad queda subrayada por las palabras de Juan Bautista: *Soy yo quien debe ser bautizado por Ti, ¿y vienes Tú a mí?* Jesús le respondió: *Déjame hacer ahora, pues conviene que cumplamos toda justicia*[79]. La presencia del Espíritu Santo resalta de modo especial en la oración de Jesús. El evangelista san Lucas refiere que, en el momento del bautismo en el Jordán, *cuando Jesús estaba en oración, se abrió el cielo, y bajó sobre Él el Espíritu Santo*.

El Evangelio de san Marcos narra el acontecimiento así: *Y sucedió que por aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. En cuanto salió del agua vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu, en forma de paloma, bajaba a Él. Y se oyó una voz que venía de los cielos: «Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco»*. El cuarto Evangelio refiere el testimonio del Bautista: *He visto al Espíritu que bajaba como una paloma del cielo y se quedaba sobre Él*. Según el concorde testimonio evangélico, el acontecimiento del Jordán constituye el comienzo de la misión pública de Jesús y de su revelación como Mesías, Hijo de Dios[80].

La primera manifestación de su poder tiene lugar en Caná

En Caná había una fiesta de bodas, fiesta de alegría porque era una fiesta de amor. Podemos imaginar fácilmente el *clima* que reinaba en la sala del banquete. Sin embargo, también esa alegría, como cualquier otra realidad humana, era una alegría amenazada. Los esposos no lo sabían, pero su fiesta estaba a punto de convertirse en un pequeño drama con motivo de ir faltando el vino. Y eso, pensándolo bien, no era más que el signo de tantos otros riesgos a los que estaría expuesto sucesivamente ese amor que comenzaba.

Aquellos esposos tuvieron la suerte de que estaba allí la Madre de Jesús (...); y, a petición de su Madre, Jesús convirtió milagrosamente el agua en vino: el banquete pudo continuar alegremente y el esposo recibió la felicitación del maestra sala, maravillado por la calidad del vino servido[81].

En el episodio de las bodas de Caná, san Juan presenta la primera intervención de María en la vida pública de Jesús y pone de relieve su cooperación en la misión de su Hijo. Ya desde el inicio del relato, el evangelista anota que *estaba allí la madre de Jesús* y, como para sugerir que esa presencia estaba en el origen de la invitación dirigida por los esposos al mismo Jesús y a sus discípulos, añade: *Fue invitado a la boda también Jesús con sus discípulos*. Con esas palabras, san Juan parece indicar que en Caná, como en el acontecimiento fundamental de la Encarnación, María es quien introduce al Salvador.

El significado y el papel que asume la presencia de la Virgen se manifiesta cuando llega a faltar el vino. Ella, como experta y solícita ama de casa, inmediatamente se da cuenta e interviene para que no decaiga la alegría de todos y, en primer lugar, para ayudar a los esposos en su dificultad. Dirigiéndose a Jesús con las palabras: *No tienen vino*, María le expresa su preocupación por esa situación, esperando una intervención que la resuelva. Más precisamente, según algunos exégetas, la Madre espera un signo extraordinario, dado que Jesús no disponía de vino.

La opción de María, que habría podido tal vez conseguir en otra parte el vino necesario, manifiesta la valentía de su fe porque, hasta ese momento, Jesús no había realizado ningún milagro, ni en Nazaret ni en la vida pública. En Caná, la Virgen muestra una vez más su total disponibilidad a Dios. Ella que, en la Anunciación, creyendo en Jesús antes de verlo, había contribuido al prodigio de la concepción virginal, aquí, confiando en el poder de Jesús aún sin revelar, provoca su *primer signo*, la prodigiosa transformación del agua en vino.

De ese modo, María precede en la fe a los discípulos que, como refiere san Juan, creerán después del milagro; *Jesús manifestó su gloria, y creyeron en Él sus discípulos*. Más aún, al obtener el signo prodigioso, María brinda un apoyo a su fe.

La respuesta de Jesús a las palabras de María: *Mujer, ¿qué nos va a mí y a ti? Todavía no ha llegado mi hora*, expresa un rechazo aparente, como para probar la fe de su madre. Con la expresión: *Mujer, ¿qué nos va a mí y a ti?*, Jesús desea poner la cooperación de María en el plano de la salvación que, comprometiendo su fe y su esperanza, exige la superación de su papel natural de madre.

Mucho más fuerte es la motivación formulada por Jesús: *Todavía no ha llegado mi hora*. Jesús da a entender a María que Él ya no depende de ella, sino que debe tomar la iniciativa para realizar la obra del Padre. María, entonces, dócilmente deja de insistir ante Él y, en cambio, se dirige a los sirvientes para invitarlos a cumplir sus órdenes.

La exhortación de María: *Haced lo que Él os diga*, conserva un valor siempre actual para los cristianos de todos los tiempos, y está destinada a renovar su efecto maravilloso en la vida de cada uno. Invita a una confianza sin vacilaciones, sobre todo cuando no se entienden el sentido y la utilidad de lo que Cristo pide. En cualquier caso, su confianza en el Hijo es premiada. Jesús, al que ella ha dejado totalmente la iniciativa, hace el milagro, reconociendo la valentía y la docilidad de su madre: *Jesús les dice: «Llenad las tinajas de agua». Y las llenaron hasta el borde*. Así, también la obediencia de los sirvientes contribuye a proporcionar vino en abundancia[82].

Es conocida por todos la continuación de los acontecimientos concatenados con aquella invitación; aquel *comienzo de las señales* hechas por Jesús —el agua convertida en vino— hace decir al evangelista que Jesús manifestó así su gloria y creyeron en Él sus discípulos. Las palabras que María dirigió a los sirvientes, para el milagro de Caná, las repite a todas las generaciones de cristianos: *Haced lo que Él os diga*. Los sirvientes siguieron su consejo y llenaron las tinajas hasta el borde. Esa misma invitación nos la dirige María hoy a nosotros. Es una exhortación a entrar en el nuevo período de la historia con la decisión de realizar todo lo que Cristo dijo en el Evangelio en nombre del Padre y lo que actualmente nos sugiere mediante el Espíritu Santo, que habita en nosotros.

Si hacemos lo que nos dice Cristo, el milenio que comienza podrá asumir un nuevo rostro, más evangélico y más auténticamente cristiano, y responder así a la aspiración más profunda de María. Por consiguiente, las palabras: *Haced lo que Él os diga*, señalándonos a Cristo, nos remiten también al Padre, hacia el que nos encaminamos. Coinciden con la voz

del Padre que resonó en el monte de la Transfiguración: *Este es mi Hijo amado..., escuchadlo*. Este mismo Padre, con la palabra de Cristo y la luz del Espíritu Santo, nos llama, nos guía y nos espera. Nuestra santidad consiste en hacer todo lo que el Padre nos dice. El valor de la vida de María radica precisamente en el cumplimiento de la voluntad divina[83].

La iniciativa de la Virgen resulta aún más sorprendente si se considera la condición de inferioridad de la mujer en la sociedad judía. En efecto, en Caná Jesús no solo reconoce la dignidad y el papel del genio femenino, sino que también, acogiendo la intervención de su madre, le brinda la posibilidad de participar en su obra mesiánica.

En el primer milagro obrado por Jesús los Padres de la Iglesia han vislumbrado una fuerte dimensión simbólica, descubriendo en la transformación del agua en vino, el anuncio del paso de la antigua alianza a la nueva. En Caná, precisamente el agua de las tinajas, destinada a la purificación de los judíos y al cumplimiento de las prescripciones legales, se transforma en el vino nuevo del banquete nupcial, símbolo de la unión definitiva entre Dios y la humanidad.

La presencia de Jesús en Caná manifiesta, además, el proyecto salvífico de Dios con respecto al matrimonio. En esa perspectiva, la carencia de vino se puede interpretar como una alusión a la falta de amor, que lamentablemente es una amenaza que se cierne a menudo sobre la unión conyugal. María pide a Jesús que intervenga en favor de todos los esposos, a quienes solo un amor fundado en Dios puede librar de los peligros de la infidelidad, de la incomprensión y de las divisiones.

La gracia del Sacramento ofrece a los esposos esta fuerza superior de amor, que puede robustecer su compromiso de fidelidad incluso en las circunstancias difíciles. El sacramento de la unión nupcial consolida, purifica y lleva a plenitud el amor, convirtiéndolo en caridad conyugal y dando así a los esposos la gracia de participar, de modo propio y específico, en la caridad de Cristo por su Iglesia[84].

El anuncio del Reino de Dios exige conversión

Convertíos y creed en el Evangelio

Jesús, después de haber dejado Nazaret y haber sido bautizado en el Jordán, va a Cafarnaún para dar comienzo su ministerio público como si se verificase en Él un segundo nacimiento, para entregarse al compromiso total e irrevocable de una vida gastada por todos, hasta el supremo sacrificio de Sí[85].

Nuestra reflexión toma como punto de partida el Evangelio de san Marcos, donde leemos: *Marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la buena nueva de Dios, diciendo: «El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca; convertíos y creed en el Evangelio»*. Estas son las primeras palabras que Jesús pronuncia ante la multitud y que contienen el núcleo de su Evangelio de esperanza y salvación, el anuncio del reino de Dios. Desde ese momento en adelante, como observan los evangelistas, *recorría Jesús toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, proclamando la buena nueva del Reino y curando toda*

enfermedad y toda dolencia en el pueblo.

Con el Evangelio del Reino, Cristo se remite a las Escrituras sagradas que, con la imagen de un rey, celebran el señorío de Dios sobre el cosmos y sobre la historia. Así leemos en los Salmos: *Decid a los pueblos: «El Señor es rey; él afianzó el orbe, y no se moverá; él gobierna a los pueblos rectamente»*. Por consiguiente, el Reino es la acción eficaz, pero misteriosa, que Dios lleva a cabo en el universo y en el entramado de las vicisitudes humanas. Vence las resistencias del mal con paciencia, no con prepotencia y de forma clamorosa.

Por eso, Jesús compara el Reino con el grano de mostaza, la más pequeña de todas las semillas, pero destinada a convertirse en un árbol frondoso, o con la semilla que un hombre echa en la tierra: *duerma o se levante, de noche o de día, el grano brota y crece, sin que él sepa cómo*. El Reino es gracia, amor de Dios al mundo, para nosotros fuente de serenidad y confianza: *No temas, pequeño rebaño —dice Jesús—, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino*. Los temores, los afanes y las angustias desaparecen, porque el reino de Dios está en medio de nosotros en la persona de Cristo.

Con todo, el hombre no es un testigo inerte del ingreso de Dios en la historia. Jesús nos invita a *buscar activamente el reino de Dios y su justicia* y a considerar esta búsqueda como nuestra preocupación principal. A los que *creían que el reino de Dios aparecería de un momento a otro*, les recomienda una actitud activa en vez de una espera pasiva, contándoles la parábola de las diez minas encomendadas para hacerlas fructificar. Por su parte, el apóstol san Pablo declara que *el reino de Dios no es cuestión de comida o bebida, sino —ante todo— de justicia*, e insta a los fieles a poner sus miembros al servicio de la justicia con vistas a la santificación.

Así pues, la persona humana está llamada a cooperar con sus manos, su mente y su corazón al establecimiento del reino de Dios en el mundo. Esto es verdad de manera especial con respecto a los que están llamados al apostolado y que son, como dice san Pablo, *cooperadores del reino de Dios*, pero también es verdad con respecto a toda persona humana.

En el Reino entran las personas que han elegido el camino de las bienaventuranzas evangélicas, viviendo como *pobres de espíritu* por su despego de los bienes materiales, para levantar a los últimos de la tierra del polvo de la humillación. *¿Acaso no ha escogido Dios a los pobres según el mundo —se pregunta el apóstol Santiago en su carta— para enriquecerlos en la fe y hacerlos herederos del Reino que prometió a los que le aman?*

En el Reino entran los que soportan con amor los sufrimientos de la vida: *Es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios, donde Dios mismo enjugará toda lágrima (...) y no habrá ya muerte ni llanto ni gritos ni fatigas*. En el Reino entran los puros de corazón que eligen la senda de la justicia, es decir, de la adhesión a la voluntad de Dios, como advierte san Pablo: *¿No sabéis acaso que los injustos no heredarán el reino de Dios? ¡No os engañéis! Ni los impuros, ni los idólatras, ni los adúlteros, (...) ni los avaros, ni los borrachos, ni los ultrajadores, ni los rapaces heredarán el reino de Dios*.

Así pues, todos los justos de la tierra, incluso los que no conocen a Cristo y a su Iglesia, y que, bajo el influjo de la gracia, buscan a Dios con corazón sincero, están llamados a edificar el reino de Dios, colaborando con el Señor, que es su artífice primero y decisivo. Por eso, debemos ponernos en sus manos, confiar en su palabra y dejarnos guiar por Él como niños inexpertos que solo en el Padre encuentran la seguridad: *El que no reciba el reino de Dios como niño —dijo Jesús—, no entrará en él*[86].

¡Estad atentos, vigilad!

Dios Padre ha cruzado el umbral de su trascendencia: mediante su Hijo, Jesucristo, ha recorrido los senderos del hombre, y su Espíritu de vida y amor ha penetrado en el corazón de sus criaturas. No permite que nos alejemos de sus caminos ni deja que nuestro corazón se endurezca para siempre. En Cristo, Dios se acerca a nosotros, sobre todo cuando nuestro *rostro está triste*, y entonces, al calor de su palabra, como sucedió con los discípulos de Emaús, nuestro corazón empieza a arder dentro de nosotros.

Sin embargo, el paso de Dios es misterioso y exige una mirada pura para descubrirlo, y oídos dispuestos a escucharlo. Desde esta perspectiva, queremos reflexionar hoy sobre dos actitudes fundamentales que es preciso adoptar en relación con el Dios-Emmanuel, el cual ha decidido encontrarse con el hombre en el espacio y en el tiempo, así como en la intimidad de su corazón.

La primera actitud es la espera, bien ilustrada en el pasaje del Evangelio de san Marcos. En el original griego encontramos tres imperativos que articulan esta espera. El primero es: *Estad atentos*; literalmente: *Mirad, vigilad. Atención*, como indica la misma palabra, significa tender, estar orientados hacia una realidad con toda el alma. Es lo contrario de distracción que, por desgracia, es nuestra condición casi habitual, sobre todo en una sociedad frenética y superficial como la contemporánea. Es difícil fijar nuestra atención en un objetivo, en un valor, y perseguirlo con fidelidad y coherencia. Corremos el riesgo de hacer lo mismo también con Dios, que, al encarnarse, ha venido a nosotros para convertirse en la estrella polar de nuestra existencia.

Al imperativo *estad atentos* se añade *velad*, que en el original griego del Evangelio equivale a *estar en vela*. Es fuerte la tentación de abandonarse al sueño, envueltos en las tinieblas de la noche, que en la Biblia es símbolo de culpa, de inercia y de rechazo de la luz. *Así pues, no durmamos como los demás, sino estemos vigilantes y despejados*. Solo liberándonos de la oscura atracción de las tinieblas y del mal lograremos encontrar al Padre de la luz, en el cual *no hay fases ni períodos de sombra*.

Hay un tercer imperativo, repetido dos veces con el mismo verbo griego: *Vigilad*. Es el verbo del centinela que debe estar alerta, mientras espera pacientemente que pase la noche y despunte en el horizonte la luz del alba. El profeta Isaías describe de modo intenso y vivo esta larga espera, introduciendo un diálogo entre dos centinelas, que se convierte en símbolo del uso correcto del tiempo: *Centinela, ¿qué hay de la noche? Dice el centinela: «Se hizo de mañana y también de noche. Si queréis preguntar, preguntad, convertíos, venid»*.

Es preciso interrogarse, convertirse e ir al encuentro del Señor. Las tres exhortaciones de Cristo: *Estad atentos, velad y vigilad* resumen muy acertadamente la espera cristiana del encuentro con el Señor. *El labrador aguarda paciente el fruto valioso de la tierra, mientras recibe la lluvia temprana y tardía. Tened paciencia también vosotros, manteneos firmes, porque la venida del Señor está cerca*. Para que crezca una espiga o brote una flor hace falta cierto período de tiempo, que no se puede recortar; para que nazca un niño se necesitan nueve meses; para escribir un libro o componer música de valor, a menudo se requieren años de búsqueda paciente. Esta es también la ley del espíritu: *Todo lo*

que es frenético pasará pronto, cantaba un poeta. Para el encuentro con el misterio se requiere paciencia, purificación interior, silencio y espera[87].

El Sermón de la montaña es el mapa de nuestro camino al Cielo

Estamos ante la Carta Magna del Cristianismo: las Bienaventuranzas. Hemos visto una vez más, con los ojos del corazón, lo que sucedió en ese momento: una multitud de personas se reúne alrededor de Jesús en la montaña, mujeres y hombres, jóvenes y ancianos, sanos y enfermos, venidos de Galilea, pero también de Jerusalén, de Judea, de las ciudades de Decápolis, de Tiro y Sidón. Todos esperaban una palabra, un gesto que les diera consuelo y esperanza.

Son palabras que resonaron hace dos mil años. Palabras que escuchamos nuevamente: *Bienaventurados...* La palabra clave en la enseñanza de Jesús es un anuncio de alegría: *Bienaventurados...* El hombre ha sido creado para la felicidad. Vuestra sed de felicidad, por tanto, es legítima. Cristo tiene la respuesta a vuestro deseo. Pero os pide que confiéis en Él. La verdadera alegría es una victoria, algo que no puede obtenerse sin una larga y difícil lucha. Cristo tiene el secreto de la victoria.

Vosotros ya sabéis qué es lo que había pasado antes. Lo narra el Libro del Génesis: Dios creó al hombre y a la mujer en un paraíso, el Edén, porque quería que fueran felices. Desafortunadamente, el pecado arruinó sus planes iniciales. Pero Dios no se resignó a este fracaso. Él envió a su Hijo al mundo para devolvernos una perspectiva aún más hermosa del cielo. Dios se hizo hombre —lo han subrayado los Padres de la Iglesia— para que los hombres y las mujeres puedan convertirse en Dios. Este es el viraje decisivo realizado en la historia humana por la Encarnación.

¿De qué lucha estamos hablando? Cristo mismo nos da la respuesta: san Pablo escribió: *Jesús siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo... se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz.* Se trata de una lucha hasta la muerte. Cristo no venció esta batalla por sí mismo sino por nosotros. A partir de su muerte, surgió la vida. La tumba en el Calvario se ha convertido en la cuna de la nueva humanidad en camino hacia la verdadera felicidad.

El *Sermón de la montaña* traza el mapa de este viaje. Las ocho Bienaventuranzas son las señales de tránsito que nos indican el camino. Es un camino cuesta arriba, pero Jesús lo ha caminado antes que nosotros. Un día dijo: *el que me siga no caminará en la oscuridad.* Y en otra ocasión agregó: *Os he dicho esto, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado.*

Caminando con Cristo podemos encontrar la alegría, ¡la verdadera alegría! Precisamente por esta razón, hoy Jesús os hace nuevamente un anuncio de alegría: *Bienaventurados...* Jesús no se limitó a proclamar las Bienaventuranzas, ¡las vivió! Al recorrer de nuevo su vida, al releer el Evangelio, quedamos sorprendidos: Jesús es precisamente el más pobre entre los pobres, el más dócil entre los mansos, la persona con el corazón más limpio y más misericordioso. Las Bienaventuranzas no son más que la descripción de un rostro, ¡su rostro!

Al mismo tiempo, las Bienaventuranzas describen lo que un cristiano debería ser:

son el retrato del discípulo de Jesús, la fotografía de quienes han aceptado el Reino de Dios y quieren que su vida esté en sintonía con las exigencias del Evangelio. Jesús se dirige a este hombre, llamándole *bienaventurado*.

La alegría que prometen las Bienaventuranzas es la misma alegría de Jesús: una alegría buscada y encontrada en la obediencia al Padre y en la entrega de sí mismo al prójimo. Bienaventurados vosotros si, como Jesús, sois pobres de espíritu, buenos y misericordiosos; si realmente buscáis lo que es justo y recto; si sois puros de corazón, si trabajáis por la paz, si amáis a los pobres y les servís. ¡Bienaventurados!

Solo Jesús es el verdadero Maestro, solo Jesús habla del mensaje inalterable que responde a los anhelos más profundos del corazón humano, porque solamente Él conoce *qué es lo que hay en cada persona*. Hoy os llama para ser sal y luz del mundo, para escoger el bien, vivir en la justicia, para convertirnos en instrumentos de amor y paz. Su llamada siempre ha exigido una elección entre lo bueno y lo malo, entre la luz y las tinieblas, entre la vida y la muerte[88].

En las breves frases del Sermón de la montaña, Jesús propuso la clave de la nueva era que Él había venido a proclamar. ¿Qué les enseñó Jesús? Que ese nuevo espíritu tiene que ser amable, generoso, sencillo y sobre todo sincero. Que tiene que evitar la arrogancia, la supercrítica y el buscarse a sí mismo. Los discípulos del nuevo reino deben buscar la felicidad también entre la pobreza, la privación, las lágrimas y la opresión.

¡Qué estupefactos se quedarían aquellos primeros oyentes al escuchar esas dramáticas palabras de Cristo! Especialmente los que eran pobres de espíritu y amables, o los que se encontraban afligidos, pisoteados y oprimidos, cuando fueron citados como elegidos para entrar en el reino celestial[89].

Jesús acoge a todos

El Hijo de Dios ha venido al mundo para revelar su amor. Lo revela ya por el hecho de hacerse hombre: uno como nosotros. Esta unión con nosotros en la humanidad por parte de Jesucristo, verdadero hombre, es la expresión fundamental de su solidaridad con todo hombre, porque habla elocuentemente del amor con que Dios mismo nos ha amado a todos y a cada uno.

El amor es reconfirmado aquí de una manera del todo particular: el que ama desea compartirlo todo con el amado. Precisamente por esto el Hijo de Dios se hace hombre. De Él había predicho Isaías: *Él tomó nuestras enfermedades y cargó con nuestras dolencias*.

Su lucha contra el pecado y sus raíces no aleja a Jesús del hombre. Muy al contrario, lo acerca a los hombres, a cada hombre. En su vida terrena Jesús solía mostrarse particularmente cercano de quienes, a los ojos de los demás, pasaban por pecadores. Esto podemos verlo en muchos pasajes del Evangelio.

Lo acusaban de *ser amigo de publicanos y pecadores*. Jesús no rechaza radicalmente este juicio, cuya verdad —aun excluida toda connivencia y toda reticencia— aparece confirmada en muchos episodios registrados por el Evangelio.

Así, por ejemplo, el episodio referente al jefe de los publicanos de Jericó, Zaqueo, a cuya casa, Jesús, por decirlo así, se auto-invitó: *Zaqueo, baja pronto —Zaqueo, siendo de baja estatura estaba subido sobre un árbol para ver mejor a Jesús cuando pasara—*

porque hoy me hospedaré en tu casa. Y cuando el publicano bajó, lleno de alegría, y ofreció a Jesús la hospitalidad de su propia casa, oyó que Jesús le decía: *Hoy ha venido la salvación a tu casa, por cuanto este también es hijo de Abrahán; pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.* De este texto se deduce no solo la familiaridad con publicanos y pecadores, sino también el motivo por el que Jesús los buscaba y trataba con ellos: su salvación.

Un acontecimiento parecido queda vinculado al nombre de Leví, hijo de Alfeo. El episodio es tanto más significativo cuanto que este hombre, que Jesús había visto *sentado al mostrador de los impuestos*, fue llamado para ser uno de los Apóstoles: *Sígueme*, le dijo Jesús. *Y él, levantándose, lo siguió.*

El evangelista Marcos dice que Jesús *estaba sentado a la mesa de este* y que muchos publicanos y pecadores estaban recostados con Jesús y con sus discípulos. También en este caso los escribas y fariseos prestaron sus quejas a los discípulos; pero Jesús les dijo: *No tienen necesidad de médico los sanos sino los enfermos; ni he venido a llamar a los justos sino a los pecadores.*

Sentarse a la mesa con otros —incluidos *los publicanos* y *los pecadores*— es un modo de ser humano, que se nota en Jesús desde el principio de su actividad mesiánica. Jesús solía aceptar las invitaciones a la mesa no solo de los *publicanos* y *pecadores*, sino también de los *fariseos*, que eran sus adversarios más encarnizados. Veámoslo, por ejemplo, en Lucas: *Le invitó un fariseo a comer con él, y entrando en su casa se puso a la mesa.*

Durante esta comida sucede un hecho que arroja todavía nueva luz sobre el comportamiento de Jesús con la pobre humanidad, formada por tantos y tantos *pecadores*, despreciados y condenados por los que se consideraban *justos*. He aquí que una mujer, conocida en la ciudad como pecadora, se encontraba entre los presentes y, llorando, besaba los pies de Jesús y los ungía con aceite perfumado. Se entabla entonces un coloquio entre Jesús y el amo de la casa, durante el cual establece Jesús un vínculo esencial entre la remisión de los pecados y el amor que se inspira en la fe: *... le son perdonados sus muchos pecados, porque amó mucho... Y a ella le dijo: Tus pecados te son perdonados... Tu fe te ha salvado, ¡vete en paz!*[90].

La parábola del padre misericordioso

Al perdonar los pecados, Jesús muestra el rostro de Dios Padre misericordioso. Tomando posición contra algunas tendencias religiosas, caracterizadas por una hipócrita severidad con respecto a los pecadores, explica en varias ocasiones cuán grande y profunda es la misericordia del Padre para con todos sus hijos. Culmen de esta revelación puede considerarse la sublime parábola normalmente llamada *del hijo pródigo*, pero que debería denominarse *del padre misericordioso*[91].

La parábola del hijo pródigo es, ante todo, la inefable historia del gran amor de un padre —Dios— que ofrece al hijo que vuelve a él el don de la reconciliación plena. *Un hombre tenía dos hijos. El más joven dijo al padre: «Padre, dame la parte de herencia que me corresponde»*, dice Jesús poniendo al vivo la dramática vicisitud de aquel joven: la azarosa marcha de la casa paterna, el despilfarro de todos los bienes llevando una vida

disoluta y vacía, los tenebrosos días de la lejanía y del hambre, pero más aún, de la dignidad perdida, de la humillación y la vergüenza y, finalmente, la nostalgia de la propia casa, la valentía del retorno, la acogida del Padre.

Este, ciertamente no había olvidado al hijo, es más, había conservado intacto su afecto y estima. Siempre lo había esperado y ahora lo abraza mientras hace comenzar la gran fiesta por el regreso de *aquel que había muerto y ha resucitado, se había perdido y ha sido encontrado*[92].

Aquel hijo que recibe del padre la parte de patrimonio que le corresponde y abandona la casa para malgastarla en un país lejano, *viviendo disolutamente*, es en cierto sentido el hombre de todos los tiempos, comenzando por aquel que primeramente perdió la herencia de la gracia y de la justicia original. La parábola toca indirectamente toda clase de rupturas de alianzas de amor, toda pérdida de gracia, todo pecado.

Aquel hijo, *cuando hubo gastado todo (...), comenzó a sentir necesidad*, tanto más cuanto que sobrevino una gran carestía en el país al que había emigrado después de abandonar la casa paterna. En este estado de cosas *hubiera querido saciarse con algo, incluso con las bellotas que comían los puercos* que él mismo pastoreaba por cuenta de *uno de los habitantes de aquella región*. Pero también esto le estaba prohibido.

El patrimonio que había recibido de su padre era un recurso de bienes materiales, pero más importante que estos bienes materiales era su dignidad de hijo en la casa paterna. *¡Cuántos asalariados en casa de mi padre tienen pan en abundancia y yo aquí me muero de hambre!* Él se mide a sí mismo con la medida de los bienes que ha perdido y ya no posee, mientras que los asalariados en casa de su padre los poseen.

Estas palabras se refieren ante todo a una relación de bienes materiales. No obstante, bajo estas palabras se esconde el drama de la dignidad perdida, la conciencia de la filiación echada a perder. Se da cuenta de que ya no tiene ningún otro derecho, sino el de ser mercenario en la casa de su padre. Precisamente este razonamiento demuestra que, en el centro de la conciencia del hijo pródigo, sobresale el sentido de la dignidad perdida (...). Con esta decisión emprende el camino.

El padre del hijo pródigo es fiel a su paternidad, fiel al amor que desde siempre sentía por su hijo. Leemos, en efecto, que cuando el padre divisó de lejos al hijo pródigo que volvía a casa, *le salió al encuentro, le echó los brazos al cuello y lo besó*[93]. Aquí la actitud de Dios se presenta con rasgos realmente conmovedores frente a los criterios y las expectativas del hombre.

Para comprender en toda su originalidad el comportamiento del padre en la parábola es preciso tener presente que, en el marco social del tiempo de Jesús, era normal que los hijos trabajaran en la casa paterna, como los dos hijos del dueño de la viña, de la que nos habla en otra parábola. Este régimen debía durar hasta la muerte del padre, y solo entonces los hijos se repartían los bienes que les correspondían como herencia. En cambio, en nuestro caso, el padre accede a la petición del hijo menor, que quiere su parte de patrimonio, y reparte sus haberes entre él y su hijo mayor.

La decisión del hijo menor de emanciparse, dilapidando los bienes recibidos del padre y viviendo disolutamente, es una descarada renuncia a la comunión familiar. El hecho de alejarse de la casa paterna indica claramente el sentido del pecado, con su carácter de ingrata rebelión y sus consecuencias, incluso humanamente, penosas.

Frente a la opción de este hijo, la racionalidad humana, expresada de alguna manera en la protesta del hermano mayor, hubiera aconsejado la severidad de un castigo adecuado, antes que una plena reintegración en la familia. El padre, por el contrario, al verlo llegar de

lejos, le sale al encuentro y, conmovido (o, mejor, *conmoviéndose en sus entrañas*, como dice literalmente el texto griego), lo abraza con amor, y quiere que todos festejen su regreso.

La misericordia paterna resalta aún más cuando este padre, con un tierno reproche al hermano mayor, que reivindica sus propios derechos, lo invita al banquete común de alegría. La pura legalidad queda superada por el generoso y gratuito amor paterno, que va más allá de la justicia humana, e invita a ambos hermanos a sentarse una vez más a la mesa del padre.

El perdón no consiste solo en recibir nuevamente en el hogar paterno al hijo que se había alejado, sino también en acogerlo en la alegría de una comunión restablecida, llevándolo de la muerte a la vida. Por eso, *convenía celebrar una fiesta y alegrarse*.

El Padre misericordioso que abraza al hijo perdido es la imagen definitiva del Dios revelado por Cristo. Dios es, ante todo y sobre todo, Padre. Es el Dios Padre que extiende sus brazos misericordiosos para bendecir, esperando siempre, sin forzar nunca a ninguno de sus hijos. Sus manos sostienen, estrechan, dan fuerza y al mismo tiempo confortan, consuelan y acarician. Son manos de padre y madre a la vez.

El padre misericordioso de la parábola contiene en sí, trascendiéndolos, todos los rasgos de la paternidad y la maternidad. Al arrojarle al cuello de su hijo, muestra la actitud de una madre que acaricia al hijo y lo rodea con su calor. A la luz de esta revelación del rostro y del corazón de Dios Padre se comprenden las palabras de Jesús, desconcertantes para la lógica humana: *Habrás más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de conversión*. Así mismo: *Se produce alegría ante los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierte*.

El misterio de la *vuelta a casa* expresa admirablemente el encuentro entre el Padre y la humanidad, entre la misericordia y la miseria, en un círculo de amor que no atañe solo al hijo perdido, sino que se extiende a todos. La invitación al banquete, que el padre dirige al hijo mayor, implica la exhortación del Padre celestial a todos los miembros de la familia humana para que también ellos sean misericordiosos.

La experiencia de la paternidad de Dios conlleva la aceptación de la *fraternidad*, precisamente porque Dios es Padre de todos, incluso del hermano que yerra. Al narrar la parábola, Jesús no solamente habla del Padre; también deja vislumbrar sus propios sentimientos. Frente a los fariseos y escribas, que lo acusan de recibir a los pecadores y comer con ellos, demuestra que prefiere a los pecadores y publicanos que se acercan a Él con confianza, y así revela que fue enviado a manifestar la misericordia del Padre. Es la misericordia que resplandece sobre todo en el Gólgota, en el sacrificio que Cristo ofrece para el perdón de los pecados[94].

La necesidad de conversión de los hijos «buenos»

Pero la parábola pone en escena también al hermano mayor, que rechaza su puesto en el banquete. Este reprocha al hermano más joven sus descarríos, y al padre, la acogida dispensada al hijo pródigo, mientras que a él, sobrio y trabajador, fiel al padre y a la casa, nunca se le ha permitido —dice— celebrar una fiesta con los amigos. Señal de que no ha entendido la bondad del padre.

Hasta que este hermano, demasiado seguro de sí mismo y de sus propios méritos, celoso y displicente, lleno de amargura y de rabia, no se convierta y no se reconcilie con el padre y con el hermano, el banquete no será aún en plenitud la fiesta del encuentro y del hallazgo.

El hombre —todo hombre— es también este hermano mayor. El egoísmo lo hace ser celoso, le endurece el corazón, lo ciega y lo hace cerrarse a los demás y a Dios. La benignidad y la misericordia del Padre lo irritan y lo enojan; la felicidad por el hermano hallado tiene para él un sabor amargo. También bajo este aspecto él tiene necesidad de convertirse para reconciliarse.

La parábola del hijo pródigo es, ante todo, la inefable historia del gran amor de un padre —Dios— que ofrece al hijo que vuelve a Él el don de la reconciliación plena. Pero dicha historia, al evocar en la figura del hermano mayor el egoísmo que divide a los hermanos entre sí, se convierte también en la historia de la familia humana; señala nuestra situación e indica la vía a seguir.

El hijo pródigo, en su ansia de conversión, de retorno a los brazos del padre y de ser perdonado, representa a aquellos que descubren en el fondo de su propia conciencia la nostalgia de una reconciliación a todos los niveles y sin reservas, que intuyen con una seguridad íntima que aquella solamente es posible si brota de una primera y fundamental reconciliación, la que lleva al hombre de la lejanía a la amistad filial con Dios, en quien reconoce su infinita misericordia.

Sin embargo, si se lee la parábola desde la perspectiva del otro hijo, en ella se describe la situación de la familia humana dividida por los egoísmos, arroja luz sobre las dificultades para secundar el deseo y la nostalgia de una misma familia reconciliada y unida; reclama, por tanto, la necesidad de una profunda transformación de los corazones y el descubrimiento de la misericordia del Padre y de la victoria sobre la incomprensión y las hostilidades entre hermanos.

A la luz de esta inagotable parábola de la misericordia que borra el pecado, la Iglesia, haciendo suya la llamada allí contenida, comprende, siguiendo las huellas del Señor, su misión de trabajar por la conversión de los corazones y por la reconciliación de los hombres con Dios y entre sí, dos realidades íntimamente unidas[95].

La parábola del buen samaritano

En esta parábola del Señor, el buen samaritano se distingue claramente de otras dos personas —una de ellas un sacerdote y la otra un levita— que, recorriendo el mismo camino de Jerusalén a Jericó, se cruzan con el hombre asaltado por los malhechores. Ninguno de los dos se detiene ante aquel pobre desdichado, víctima de los ladrones, sino que al verlo dan un rodeo y pasan de largo.

Un samaritano, en cambio, *llegó a donde estaba él y al verlo le dio lástima*, es decir, siente compasión. El desdichado lo necesitaba, porque no solo había sido despojado, sino también tan herido que había quedado en el camino medio muerto[96]. No nos está permitido *pasar de largo*, con indiferencia, sino que debemos *pararnos* junto a él.

Buen samaritano es *todo hombre que se para junto al sufrimiento de otro hombre*, de cualquier género que ese sea. Esta parada no significa curiosidad, sino más bien

disponibilidad. Es como abrirse a una determinada disposición interior del corazón, que tiene también su expresión emotiva.

Buen samaritano es *todo hombre sensible al sufrimiento ajeno*; es el hombre que *se conmueve* ante la desgracia del prójimo. Sin embargo, el buen samaritano de la parábola de Cristo no se queda en la mera conmoción y compasión. Estas se convierten en él en estímulo para la acción que tiende a ayudar al hombre herido. Por consiguiente, es, en definitiva, buen samaritano *el que ofrece ayuda en el sufrimiento*, de cualquier clase que sea[97].

¡Qué elocuente es esta parábola! Porque, aunque Jesús sitúe el relato en el camino de Jerusalén a Jericó, en Tierra Santa, la situación puede repetirse en cualquier sitio del mundo, ¡también aquí! Y, ciertamente, se habrá repetido más de una vez. Cristo —el Buen Samaritano por excelencia, que cargó sobre Sí nuestros dolores— seguirá actuando a través de todos los cristianos. No a través de unos pocos, sino a través de todos, porque todos estamos llamados a una vocación de servicio.

Esta vocación de servicio, que abarca todas las dimensiones de la existencia humana, encuentra su cauce apropiado y fecundo en la realización de cualquier trabajo honrado. Sin embargo para algunos, esta misión de servicio reúne unas características singulares. Su trabajo les lleva a estar cerca de los que sufren, asumiendo los problemas de la salud, procurando aliviar el dolor que llega hasta ellos, adoptando continuamente la actitud de buen samaritano[98].

La parábola del buen samaritano, que —como hemos dicho— pertenece al Evangelio del sufrimiento, camina con él a lo largo de la historia de la Iglesia y del cristianismo; a lo largo de la historia del hombre y de la humanidad. Testimonia que la revelación por parte de Cristo del sentido salvífico del sufrimiento *no se identifica de ningún modo con una actitud de pasividad*. Es todo lo contrario. El Evangelio es la negación de la pasividad ante el sufrimiento. El mismo Cristo, en este aspecto, es sobre todo activo.

Esta parábola entrará, finalmente, por su contenido esencial, en aquellas desconcertantes palabras sobre el juicio final que Mateo ha recogido en su Evangelio: *Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; preso, y vinisteis a verme*. A los justos que pregunten cuándo han hecho precisamente esto, el Hijo del Hombre responderá: *En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis*. La sentencia contraria tocará a los que se comportaron diversamente: *En verdad os digo que cuando dejasteis de hacer eso con uno de estos pequeñuelos, conmigo dejasteis de hacerlo*[99].

El hombre tiene necesidad de paz, tranquilidad y normalidad. Las consecuencias insidiosas del pecado original siguen manifestándose en la historia. Pero la humanidad sigue teniendo nostalgia de la paz interior, y anhela alcanzarla y poseerla plenamente. Como la verdad, también la paz solo se encuentra en plenitud en Cristo, conocido, amado, implorado y seguido. El hombre tiene finalmente necesidad extrema de amor. Creado por Dios, que es Amor, para amar y ser amado, siente la necesidad de comprensión, de caridad, de amistad, de misericordia y de perdón.

Así como el buen samaritano, que no se plantea el problema de la diversidad étnica, de los intereses personales, del dinero invertido y de las obligaciones jurídicas, sino que se inclina amorosamente hacia el herido, lo ayuda y lo conforta. De modo análogo debemos poner en práctica el mandamiento nuevo que nos dejó Jesús, y que supera al antiguo porque

nos compromete a amar al prójimo no como a nosotros mismos, sino como Él nos amó a nosotros[100].

- 76 Homilía en la Parroquia de Francisca Javiera Cabrini, 4-XII-1983.
- 77 Homilía en el parque de Santa Lucía (Roma), 18-I-1987.
- 78 Homilía 10-I-1999.
- 79 Audiencia general, 4-I-1984.
- 80 Audiencia general, 3-VI-1998.
- 81 Homilía a los enfermos, 11-II-1980.
- 82 Audiencia general, 26-II-1997.
- 83 Audiencia general, 12-I-2000.
- 84 Homilía en la Parroquia romana de San Cayetano, 19-I-1986.
- 85 Homilía en la Parroquia romana de Santa Gala, 25-I-1981.
- 86 Audiencia general, 6-XII-2000.
- 87 Audiencia general, 26-VII-2000.
- 88 Mensaje de Juan Pablo II para la Jornada Mundial de la Juventud 2002,
25-VII-2001.
- 89 Homilía en el «Bellahouston Park», Glasgow (Escocia), 1-VI-1982.
- 90 Audiencia general, 10-II-1988.
- 91 Audiencia general, 8-IX-1999.
- 92 Exhortación Apostólica *Reconciliatio et paenitentia*, n. 5.
- 93 Carta Encíclica *Dives in misericordia*, nn. 5-6.
- 94 Audiencia general, 8-IX-1999.
- 95 Exhortación Apostólica *Reconciliatio et paenitentia*, n. 6.
- 96 Homilía en Cochabamba, 11-V-1988.
- 97 Carta Apostólica *Salvifici doloris*, n. 30.
- 98 Homilía en Cochabamba, 11-V-1988.
- 99 Carta Apostólica *Salvifici doloris*, n. 30.
- 100 Discurso a la Unión Internacional de Superioras Generales, 9-IV-1992.

Capítulo IV

LA CRUZ SE OTEA YA EN EL HORIZONTE

Anima a los Apóstoles mostrándoles su realeza

Deja ver su gloria a sus Discípulos más cercanos a Él en el monte Tabor

Pasados seis días Jesús tomó a Pedro, Santiago y Juan, y los condujo solos a un monte alto y apartado y se transfiguró ante ellos... Esta transfiguración va acompañada de la aparición de Elías con Moisés hablando con Jesús. Y cuando, superado el susto ante tal acontecimiento, los tres Apóstoles expresan el deseo de prolongarlo y fijarlo, se formó una nube y se dejó oír una voz: «Este es mi Hijo amado, escuchadle».

La voz del Padre constituye como una confirmación desde lo alto de lo que estaba madurando ya en la conciencia de los discípulos. Y Jesús quería que, con base en los milagros y en sus palabras, naciese en la conciencia de sus oyentes la fe en su misión y filiación divina en virtud de la revelación interna que les daba el mismo Padre. *Este es mi Hijo amado, escuchadle*, parece como si quisiera preparar a quienes ya han creído en Él para los acontecimientos de la Pascua que se acerca: para su muerte humillante en la cruz[101].

La transfiguración del Señor fue un suceso que tuvo lugar para preparar a los Apóstoles para las difíciles pruebas de Getsemaní, de la Pasión, de la humillación, de la flagelación, de la coronación de espinas, del Vía Crucis, del calvario. Jesús quería, a la vista de todo eso, demostrar a sus Apóstoles más íntimos el esplendor de la gloria que brilla en Él, y que el Padre confirma con la voz pronunciada desde lo alto, revelando su filiación divina y su misión: *Este es mi Hijo amadísimo, en quien tengo mis complacencias. Escuchadlo.*

Señor, qué bien estamos aquí, exclaman Pedro, Santiago y Juan, como queriendo decir: Tú eres la encarnación de la esperanza que anhelan el alma y el cuerpo humano. ¡Una esperanza que es más fuerte que la Cruz y el Calvario! Una esperanza que disipa la tiniebla de nuestra existencia, del pecado y de la muerte. ¡Qué bien estamos contigo![102].

La transfiguración del Señor, que según la tradición tuvo lugar en el monte de Tabor, sitúa en primer plano la persona y la obra de Dios Padre, presente junto al Hijo de modo invisible pero real. Esto explica el hecho de que en el trasfondo del Evangelio la Transfiguración se sitúe junto a un importante episodio del Antiguo Testamento en el que se pone de relieve de modo particular la paternidad.

Recuerda el sacrificio de Abrahán. Este tenía un hijo, Isaac, que había nacido en su vejez. Era el hijo de la promesa. Pero un día Abrahán recibe de Dios la orden de ofrecerlo en sacrificio. El anciano patriarca se encuentra ante la perspectiva de un sacrificio que para él, padre, es seguramente el mayor que se pueda imaginar. A pesar de ello, no duda ni un

instante, y después de haber preparado lo necesario, parte con Isaac hacia el lugar establecido.

Construye un altar, coloca la leña y, una vez atado el muchacho, toma el cuchillo para inmolarlo. Solo entonces lo detiene una orden de lo alto: *No alargues tu mano contra tu hijo, ni le hagas nada, ahora ya sé que tú eres temeroso de Dios, ya que no me has negado tu hijo, tu único hijo.*

Es conmovedor este acontecimiento en el que la fe y el abandono de un padre en las manos de Dios alcanza su cima. El sacrificio de Isaac anticipa el de Cristo: el Padre no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó para la salvación del mundo. Él, que detuvo el brazo de Abrahán en el momento en que estaba a punto de inmolar a Isaac, no dudó en sacrificar a su propio Hijo, por nuestra redención. Desde el Tabor, monte de la Transfiguración, hasta el Gólgota, el monte del sacrificio supremo del único sacerdote de la alianza nueva y eterna. Dicho sacrificio encierra la mayor fuerza de transformación del hombre y de la historia[103].

Nuestra vida es un camino hacia el paraíso, donde seremos amados y amaremos para siempre. Un gran poeta francés, convertido en su juventud, Paul Claudel, escribía: *El Hijo de Dios no ha venido para destruir el sufrimiento, sino para sufrir por nosotros. No ha venido a destruir la cruz, sino a tenderse en ella. Nos ha enseñado el camino de salida del dolor, y la posibilidad de su transformación.*

Jesucristo no es solo una figura excelsa de la historia humana, un héroe, un hombre representativo: Él es el Hijo de Dios, como nos lo recuerda el estrepitoso suceso de la Transfiguración. Él es el Emmanuel, el Dios con nosotros, el amigo divino que solo tiene palabras de vida eterna. Él es la luz en las tinieblas; nuestra alegría, porque sabemos que nos ama a cada uno, de forma personal[104].

En el monte de la transfiguración Cristo se muestra a Pedro, Santiago y Juan verdaderamente en la gloria... que invade toda su figura humana. *Mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió y sus vestidos brillaban de blancos.* Pedro, Santiago y Juan se ven arrebatados por la visión, y a la vez, invadidos por el miedo. La transfiguración les revela a un Cristo que no se descubría en la vida cotidiana... y que se convierte finalmente —para los Apóstoles presentes— en refugio de fervor espiritual y de felicidad. *Maestro —dice Pedro—, ¡qué hermoso es estar aquí!* Cristo transforma nuestra humanidad desde dentro...[105].

El día que no impidió Jesús que le aclamaran como Rey

Un día, cuando solo faltaban pocos días para su crucifixión, Cristo permitió su exaltación ante los ojos de Jerusalén. *¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el reino que viene de David, nuestro Padre! ¡Hosanna en las alturas!* Jesús de Nazaret permitió ser exaltado ante los ojos del pueblo. Él lo permitió. Es más, en cierto modo Él creó las condiciones para que esto sucediera entrando en un borriquillo rodeado de sus discípulos, precisamente cuando de varias partes de la Tierra Santa acudían allí en multitud innumerable[106].

¿Por qué Jesús quiso entrar en Jerusalén sobre un borriquillo? Para que se cumpliera lo que dijo el Profeta: *Mira que viene a ti tu rey. Justo y salvador, humilde, montado en un*

asno, en un pollino hijo de asna. Y así viene precisamente: manso y humilde. Una vez, cuando después de la milagrosa multiplicación de los panes, los testigos del acontecimiento quisieron arrebatarlo para hacerlo rey, Jesús se ocultó de ellos. Pero ahora les permite gritar: *Hosanna al hijo de David*, y David fue efectivamente rey[107].

Cristo, junto con sus discípulos, se acerca a Jerusalén. Lo hacen como los demás peregrinos, hijas e hijos de Israel, que en esta semana que precede a la Pascua, van a Jerusalén. Jesús es uno de tantos. Se puede, pues, considerar normal, en cuanto a su desarrollo externo, este acontecimiento. Jesús se acerca a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos, y por lo tanto viniendo de las localidades de Betfagé y de Betania.

Allí da la orden a dos discípulos de traerle un borrico. Les da indicaciones precisas: dónde encontrarán el animal y cómo deben responder a los que pregunten por qué lo hacen. Los discípulos siguen cuidadosamente todas las indicaciones. A los que preguntan por qué desatan el borrico, les responden: *El Señor tiene necesidad de él*, y esta respuesta es suficiente.

El borrico es joven; hasta ahora nadie ha montado sobre él. Jesús será el primero. Y así, sentado sobre el borrico, Jesús realiza el último trecho del camino hacia Jerusalén. No obstante, este viaje, que en sí no tiene nada de extraordinario, desde cierto momento se torna en una verdadera entrada solemne en Jerusalén. En ese camino, en un momento dado, las gentes, con ramos de olivo en las manos, pronuncian palabras de alabanza: *Bendito el que viene en nombre del Señor. Paz en el cielo y gloria en las alturas.*

En estas circunstancias, el simple hecho de que Jesús suba hacia Jerusalén, junto con sus discípulos, para vivir la cercana solemnidad de la Pascua, asume claramente un significado mesiánico. Los detalles que forman el marco del acontecimiento, demuestran que en él se cumplen las profecías. Demuestran también que, pocos días antes de la Pascua, en ese momento de su vida pública, Jesucristo logró convencer a muchos hombres sencillos de Israel. Porque le seguían los más cercanos, los Doce Apóstoles, y además un gentío: *toda la muchedumbre* de los discípulos, la cual hacía comprender sin equívocos que veía en Él al Mesías.

Jesús, al subir en ese momento a Jerusalén, se revela a Sí mismo de modo pleno a aquellos que preparan un atentado contra su vida. Ciertamente ya se les había revelado, tiempo atrás, al confirmar con milagros todo lo que decía y enseñaba como doctrina de su Padre. La entrada solemne en Jerusalén constituye un paso nuevo y decisivo en el camino hacia la muerte, que le preparan los representantes de los ancianos de Israel.

La expresión *toda la muchedumbre* de peregrinos, que subían a Jerusalén con Jesús, refuerza evidentemente las inquietudes del Sanedrín y su intención de apresurar la decisión final. Y el Maestro es plenamente consciente de ello. Jesús, todo cuanto hace, lo hace con esta conciencia, siguiendo las palabras de la Escritura, que ha previsto cada uno de los momentos de su Pascua. La entrada en Jerusalén fue en cumplimiento de la Escritura. En Jesús de Nazaret se revela todo lo que, según las palabras de los Profetas, solo en Él se ha verificado en plenitud.

Esta plenitud permaneció velada tanto a la muchedumbre de los discípulos, que a lo largo del camino a Jerusalén cantaban Hosanna, alabando a Dios a grandes voces por todos los milagros que habían visto, como a esos Doce más cercanos a Él. Pero a estos últimos, el amor por Cristo no les permitía admitir un final doloroso. En medio de las exclamaciones de la muchedumbre, del entusiasmo de los discípulos que, con las palabras de los Profetas, proclaman y confiesan en Él al Mesías, solo Él, Cristo, conoce hasta el fondo la verdad de su misión.

En cierto momento, se le acercan los fariseos, que no pueden soportar las exclamaciones de la muchedumbre en honor de Cristo entrante en Jerusalén, y dicen: *Maestro, reprende a tus discípulos*[108]. A los fariseos, que le pedían que hiciera callar a la multitud, Jesús les respondió: *Si estos callan, gritarán las piedras*. Se refería, en particular, a las paredes del templo de Jerusalén, construido con vistas a la venida del Mesías y reconstruido con gran esmero después de haber sido destruido en el momento de la deportación a Babilonia.

El recuerdo de la destrucción y reconstrucción del templo seguía vivo en la conciencia de Israel, y Jesús hacía referencia a ese recuerdo, cuando afirmaba: *Destruíd este templo y en tres días lo levantaré*. Así como el antiguo templo de Jerusalén fue destruido y reconstruido, así también el templo nuevo y perfecto del cuerpo de Jesús debía morir en la cruz y resucitar al tercer día.

Al entrar en Jerusalén, Jesús sabe, sin embargo, que el júbilo de la multitud lo introduce en el corazón del *misterio* de la salvación. Es consciente de que va al encuentro de la muerte y no recibirá una corona real, sino una corona de espinas[109].

- 101 Audiencia general, 27-V-1987.
- 102 Homilía en la Parroquia romana de San Basilio, 11-III-1979.
- 103 Homilía en la Parroquia de la Santa Cruz, 23-II-1997.
- 104 A los jóvenes de la Parroquia romana de San Basilio, 11-III-1979.
- 105 Homilía en la Parroquia de San Juan María B. Vianney, Roma, 27-II-1983.
- 106 Homilía en la Misa del Domingo de Ramos, 4-IV-1982.
- 107 Homilía del Domingo de Ramos, 12-IV-1981.
- 108 Homilía en el Domingo de Ramos, 30-III-1980.
- 109 Homilía, 5-IV-1998.

Capítulo V

LA VÍSPERA DE SU PASIÓN

La Última Cena

La institución de la Eucaristía

El día catorce de Nisan de cada año celebra todavía Israel la Pascua. Meditan sobre la liberación de la esclavitud mediante la sangre del cordero. Esta es la pascua de la Antigua Alianza. Es el recuerdo del Paso por Egipto de la mano purificadora del Señor. Por su parte, Cristo celebra con sus Apóstoles la última Cena[110]. Todo se desenvuelve en grandísimo recogimiento y silencio. Cristo añade todavía: *Os aseguro que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día en que beba el vino nuevo en el reino de Dios*. Por tanto es verdaderamente la *última Cena*.

La Eucaristía es el Sacramento de la ocultación más profunda de Dios: se esconde bajo las especies de comida y bebida, y así se esconde en el hombre. Y al mismo tiempo y por este hecho de la ocultación en el hombre, la misma Eucaristía es el Sacramento de una particular salida al mundo y entrada en los hombres y en todo cuanto constituye la vida diaria[111].

Allí mismo, Jesús también habló a los Apóstoles de su muerte redentora; allí instituyó el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre bajo las formas de pan y vino, siguiendo el tradicional rito hebreo de la cena pascual. Al darles el pan, les dice que era su Cuerpo que Él iba a ofrecer en la cruz. Al darles el cáliz con el vino, les dice que era su Sangre que iba a derramar en el sacrificio del Calvario. Y luego Jesús les ordena: *Haced esto en conmemoración mía*[112].

Antes de ser inmolado en la cruz el Viernes santo, instituyó el sacramento que perpetúa su ofrenda en todos los tiempos. En cada Santa Misa, la Iglesia conmemora ese evento histórico decisivo. Con profunda emoción el sacerdote se inclina, ante el altar, sobre los dones eucarísticos, para pronunciar las mismas palabras de Cristo *la víspera de su pasión*, y repite sobre el pan: *Este es mi cuerpo, que se entrega por vosotros* y luego sobre el cáliz: *Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre*.

Desde aquel Jueves santo de hace casi dos mil años, la Iglesia vive de la Eucaristía, se deja formar por la Eucaristía, y sigue celebrándola hasta que vuelva su Señor. La Eucaristía, el *gran misterio de la fe*, sigue siendo ante todo y sobre todo *un don*, algo que hemos *recibido*. Lo reafirma san Pablo, al introducir el relato de la última cena con estas palabras: *Yo recibí del Señor lo que os he transmitido*.

La Iglesia lo ha recibido de Cristo, y al celebrar este sacramento da gracias al Padre celestial por lo que Él, en Jesús, su Hijo, ha hecho por nosotros. Acojamos en cada celebración eucarística este don, siempre nuevo; dejemos que su fuerza divina penetre en

nuestro corazón y lo haga capaz de anunciar la muerte del Señor hasta que vuelva.

«Este es el misterio de nuestra fe», canta el sacerdote después de la consagración, y los fieles responden: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!». La Eucaristía contiene en sí la suma de la fe pascual de la Iglesia.[113]

¡Cuántas veces en nuestra vida hemos visto separarse a dos personas que se aman! Y en la hora de la partida, un gesto, una fotografía, un objeto que pasa de una mano a otra, para prolongar de algún modo la presencia en la ausencia. Y nada más. El amor humano solo es capaz de estos símbolos. Así, al despedirse, Nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, no deja a sus amigos un símbolo, sino la realidad de Sí mismo. Va junto al Padre, pero permanece entre nosotros los hombres. No deja un simple objeto para evocar su memoria. Bajo las especies del pan y del vino está ÉL, realmente presente, con su Cuerpo y su Sangre, su alma y divinidad[114].

Jesús sabe que se encuentra a las puertas de su sacrificio, del sacrificio redentor que se realizará de modo cruento una sola vez en la historia. Sin embargo, quiere que ese acontecimiento decisivo siga perennemente presente, para que todas las generaciones humanas sobre la faz de la tierra puedan sentirlo, en cierto modo, como algo actual. Por eso, en el cenáculo, la tarde del Jueves santo, toma el pan y, después de dar gracias, lo parte y lo da a sus discípulos diciendo: *Este es mi cuerpo, que es entregado por vosotros, haced esto en recuerdo mío*. Después de la cena, hace lo mismo con el cáliz: *Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros*. Tomad y comed todos. Tomad y bebed todos.

Los Apóstoles reciben de las mismas manos de Cristo su Cuerpo bajo la especie de pan, y su Sangre bajo la del vino. Así se realiza la primera y originaria consagración eucarística. Los Apóstoles se encuentran ante el gran misterio de la fe que, en ese momento, la víspera del Viernes santo, no pueden aún entender totalmente, pero que, poco después, comprenderán con conciencia estremecida y aceptarán con devoción humilde y agradecida[115].

Mientras todo esto ocurría en el Cenáculo de Jerusalén, los Apóstoles recordaron tal vez aquellas otras palabras pronunciadas un día en Cafarnaún, donde Jesús había multiplicado milagrosamente el pan para la multitud, que escuchó esta enseñanza: *En verdad, en verdad os digo, que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros: el que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día*[116]. Cafarnaún había preparado a los Apóstoles para el Cenáculo. Lo que había sido prometido en Cafarnaún se hizo realidad en Jerusalén. *Pues mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él*[117].

La Eucaristía es el corazón de la Iglesia, porque en ella se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia: Cristo mismo... La Eucaristía es el don más grande que Cristo ha ofrecido y ofrece permanentemente a su Esposa. Es raíz y culmen de la vida cristiana y de toda la acción de la Iglesia. En el misterio eucarístico es Cristo mismo quien se ofrece en don al Padre.

La Eucaristía es la glorificación de su infinito amor por nosotros. Juntamente con Jesús, que se ha hecho nuestro alimento de vida eterna, la Eucaristía nos da su Espíritu, que es Don por excelencia, principio generador y santificador de la Iglesia, vínculo de la comunión fraterna, constructor y garante de la unidad en la variedad de los ministerios y de las funciones particulares del Cuerpo místico[118].

La oración sacerdotal de Cristo en el Cenáculo

Hijos míos, ya poco tiempo voy a estar con vosotros. Vosotros me buscaréis, y ... adonde yo voy ahora vosotros no podéis venir. Sin embargo, dice enseguida: *En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no, os lo habría dicho, porque voy a prepararos un lugar.* Es un discurso dirigido a todos los Apóstoles, pero que se extiende más allá de su grupo. Jesucristo va al Padre —a la casa del Padre— para *introducir* a los hombres que sin Él no podrían entrar. Por esta razón Jesús también añade: *Os conviene que yo me vaya.* Sí, es conveniente, es necesario, es indispensable desde el punto de vista de la eterna economía salvífica. Jesús se lo explica a fondo a los Apóstoles: *Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito, pero si me voy, os lo enviaré*[119].

En el Cenáculo, la última noche de su vida terrena, Jesús promete cinco veces el don del Espíritu Santo. En el mismo lugar, la noche de Pascua, el Resucitado se presenta ante los Apóstoles y derrama sobre ellos el Espíritu prometido, con el gesto simbólico de soplar y con las palabras: *Recibid el Espíritu Santo.* Cincuenta días después, de nuevo en el Cenáculo, el Espíritu Santo irrumpe con su fuerza, transformando el corazón y la vida de los primeros testigos del Evangelio.

Desde entonces toda la historia de la Iglesia, en sus dinámicas más profundas, está impregnada de la presencia y de la acción del Espíritu, *dado sin medida* a los creyentes en Cristo. El encuentro con Cristo implica el don del Espíritu Santo que, como decía el gran Padre de la Iglesia san Basilio, *se derrama sobre todos sin que sufra ninguna disminución, está presente en cada uno de quienes son capaces de recibirlo, como si existiera solo en él, y en todos infunde la gracia suficiente y completa*[120].

No os dejaré huérfanos. Con estas palabras Jesús preparaba a los discípulos para su separación, cuando se acercaba ya el término de su misión mesiánica en esta tierra. Con estas palabras: *no os dejaré huérfanos, volveré,* Cristo se refería a los días siguientes a la resurrección, cuando todavía sus discípulos pudieron encontrarse con Él durante cuarenta días. Pero al mismo tiempo se refería —como hemos dicho ya— al Espíritu Santo. Cristo resucitado no deja a los discípulos desamparados —no deja desamparada a la Iglesia— porque les dará el Espíritu Santo[121].

Vuestra tristeza se convertirá en alegría. Será la alegría por el nacimiento de la Iglesia. La tristeza por la separación de Cristo se cambiará precisamente en esa alegría, cuando los Apóstoles experimenten —el día de Pentecostés— que en ellos está la fuerza del Espíritu de Verdad que les permite —por encima de toda previsión humana y de toda debilidad humana— dar testimonio del Crucificado Resucitado.

Salí del Padre y vine al mundo, otra vez dejo el mundo y me voy al Padre. Dejo el mundo, aunque no me separo del mundo. Permanezco en él por medio del Espíritu Santo. Permanezco en él mediante la verdad del Evangelio. Mediante la Eucaristía y la Iglesia. Mediante la Palabra y los Sacramentos. Mediante la gracia y la filiación divina. Mediante la esperanza y la caridad.

Dejo el mundo, pero no me separo del mundo. No me separo del hombre de todos los tiempos. ¡Lo llevo al Padre! A la casa del Padre. A pesar de todas las resistencias y objeciones que provienen del pecado en la historia del mundo, llevo al hombre al Padre[122].

Levantando los ojos al cielo (...) dijo Jesús: Padre, llegó la hora: Glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique, según el poder que le diste sobre toda carne, para que a todos los que tú le diste les dé Él la vida eterna. Continuando la oración, el Hijo casi rinde cuentas al Padre de su misión terrena: He manifestado tu nombre a los hombres que de este mundo me has dado. Tuyos eran y tú me los diste, y han guardado tu palabra. Ahora saben que todo cuanto me diste viene de ti. Después añade: Yo ruego por ellos, no ruego por el mundo, sino por los que tú me diste, porque son tuyos... Son los que han escuchado la palabra de Cristo, los que han creído que el Padre lo ha enviado. Jesús ora sobre todo por ellos, porque ellos están en el mundo, mientras que yo voy a ti.

Con la perspectiva de su partida, y dado que los discípulos deberán permanecer en el mundo y quedar expuestos al odio porque *ellos no son del mundo* al igual que su Maestro, Jesús ora: *No pido que los saques del mundo, sino que los guardes del mal. Tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los envío a ellos al mundo. Y yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en la verdad.* Posteriormente Jesús abraza con la misma oración a las futuras generaciones de sus discípulos; sobre todo pide por la unidad, a fin de que *el mundo conozca que tú me enviaste y amaste a estos como me amaste a mí.*

Hacia el final de su invocación, Jesús retorna a los pensamientos principales expuestos al principio, poniendo todavía más de relieve su importancia. En tal contexto, pide para todos los que el Padre le *ha dado* que *estén conmigo donde estoy yo, para que vean mi gloria, gloria que tú me has dado, porque me amaste antes de la creación del mundo*[123].

En la Última Cena, Jesús reza por sus discípulos *para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti.* La unidad es, por tanto, el *tesoro* que les ha dado. Un tesoro que presenta dos características peculiares: por una parte, la unidad expresa fidelidad al Evangelio; por otra, como indicó el mismo Señor, es una condición para que todos crean que Él es el enviado del Padre. La unidad de la comunidad cristiana esta orientada, por tanto, a la evangelización de todas las gentes.

Grande don es la unidad, don que sin embargo llevamos en vasijas frágiles, que pueden romperse. El realismo de esta afirmación lo demuestran las vicisitudes de la comunidad cristiana a través de los siglos. ¡Sí! El don de la unidad está contenido en «vasijas de barro», que pueden romperse, y por esto se requiere el máximo cuidado. Es necesario cultivar entre los cristianos un amor comprometido en superar las divergencias; es necesario esforzarse por superar toda barrera con la oración incesante, con el diálogo perseverante y con una fraterna y concreta cooperación a favor de los más pobres y necesitados[124].

- 110 Homilía *in Coena Domini*, 8-IV-1982.
- 111 Homilía en la fiesta del *Corpus Christi*, 10-VI-1982.
- 112 Audiencia general, 27-IX-2000.
- 113 Homilía, 9-IV-1998.
- 114 Homilía, Fortaleza (Brasil), 9-VII-1990.
- 115 Homilía durante la Misa del jubileo sacerdotal del Papa, 8-XI-1996.
- 116 Audiencia general, 18-X-2000.
- 117 Homilía en la clausura del XLIV Congreso Eucarístico Internacional, 8-X-1989.
- 118 A la Adoración Eucarística, Milán (Italia), 20-V-1983.
- 119 Audiencia general, 5-IV-1989.
- 120 Audiencia general, 13-IX-2000.
- 121 En el Regina Coeli, 13-IV-1986.
- 122 En el *Regina Coeli*, 4-V-1986.
- 123 Audiencia general, 22-VII-1987.
- 124 Audiencia general, 22-I-2003.

Capítulo VI

CAMINO DE LA CRUZ

Hacia la muerte de crucifixión

La agónica oración de Jesús en el huerto

Durante la Cena de despedida, Jesús llevó a término lo que era la eterna voluntad del Padre, y también era su voluntad, su voluntad de Hijo: *¡Para esto he venido yo a esta hora!* Al salir con los Apóstoles hacia el monte de los Olivos, Jesús camina precisamente hacia la realidad de *su hora*, que es el tiempo del cumplimiento pascual del designio de Dios y de todos los anuncios, lejanos y cercanos, contenidos en las Escrituras a este respecto.

La oración de Getsemaní se comprende no solo en relación con la Pasión y Muerte en Cruz, sino también —y no menos íntimamente— en relación con la Última Cena. En Getsemaní, la palabra *Abbá*, que en boca de Jesús posee siempre una profundidad trinitaria —pues es el nombre que utiliza al hablar al Padre y del Padre, especialmente en la oración—, refleja en los dolores de la Pasión el sentido de las palabras pronunciadas durante la institución de la Eucaristía.

Nunca como en Getsemaní se manifiesta la realidad del Hijo de Dios, que *asume la condición de siervo*, según la profecía de Isaías. Jesucristo, el Hijo consustancial, se presenta al Padre y dice: *Abbá*. Y así, al manifestar —de un modo que podríamos decir *radical*— su condición de verdadero hombre, el Hijo del Hombre pide el alejamiento del amargo cáliz: *Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz*.

Jesús sabe que eso no es posible, que el cáliz se le ha dado para que lo beba totalmente. Sin embargo dice precisamente esto: *Si es posible, pase de mí*. Y lo dice precisamente en el momento en que ese cáliz, deseado por Él ardientemente, ya se ha convertido en signo sacramental de la nueva y eterna Alianza en la sangre del Cordero. Cuando todo eso que habría sido establecido desde la eternidad, está ya instituido en el tiempo y además introducido para siempre en la Iglesia.

No obstante esto, si ora para que *pase de Él este cáliz*, es para manifestar de ese modo ante Dios y ante los hombres el gran peso de la tarea que ha de asumir: sustituirnos a todos nosotros en la expiación del pecado. Manifiesta también la inmensidad del sufrimiento, que llena su corazón humano.

De este modo el Hijo del Hombre se revela solidario con todos sus hermanos y hermanas que forman parte de la gran familia humana, desde el principio hasta el final de los tiempos. Él permanece ante el Padre con toda la verdad de su humanidad, la verdad de un corazón humano oprimido por el sufrimiento, que está a punto de alcanzar su culmen dramático: *Triste está mi alma hasta la muerte*.

Las palabras del evangelista: *comenzó a entristecerse y angustiarse*, parecen indicar no solo el miedo ante el sufrimiento, sino también el temor característico del hombre, una especie de temor unido al sentido de responsabilidad. ¿Acaso no es el hombre ese ser singular, cuya vocación consiste en superarse a sí mismo?

Añade el evangelista: Lleno de angustia, oraba *con más insistencia*. Y esa angustia mortal se manifestó también en el sudor que, como gotas de sangre empapaba el rostro de Jesús. Es la máxima expresión del sufrimiento que se traduce en oración, y en una oración que —a su vez— sabe de dolor. Es el dolor que acompañó el sacrificio anticipado sacramentalmente en el Cenáculo, y que vive profundamente en el espíritu en Getsemaní, a punto de consumarse en el Calvario.

Por lo tanto, la oración nos permitirá a nosotros, a pesar de las muchas contrariedades, dar esa prueba de amor que es ofrecer la vida (...). Y cuando parezca que esa prueba supera nuestras fuerzas, recordemos lo que hace Jesús: *Lleno de angustia, oraba con más insistencia*.

Sin embargo, nadie es capaz de expresar la medida adecuada de este sufrimiento como hombre sirviéndose solo de criterios humanos. En efecto, en Getsemaní quien reza al Padre es un hombre; sí, un hombre que a la vez es Dios y consustancial al Padre[125].

Jesús es condenado a muerte

Judas, uno de los doce, entregó a Jesús por treinta monedas de plata, indicando el lugar donde se le podría arrestar. Una vez preso, Jesús fue conducido ante el Sanedrín. A la pregunta capital del sumo sacerdote: *Yo te conjuro por Dios vivo que nos digas si Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios*, Jesús dio la gran respuesta: *Tú lo has dicho*. En esta declaración vio el Sanedrín una blasfemia evidente y sentenció que Jesús era *reo de muerte*.

El Sanedrín no podía, sin embargo, exigir la condena sin el consenso del procurador romano. Pilato está convencido de que Jesús es inocente y así lo hace entender más de una vez. Tras haber opuesto una dudosa resistencia a las presiones del Sanedrín, cede al fin por temor ante el riesgo de desaprobación del César, tanto más cuanto que la multitud, azuzada por los inductores de la eliminación de Jesús, pretenden ahora la crucifixión: *¡Crucifige eum!* Y así Jesús es condenado a muerte mediante la crucifixión.

Los hombres indicados nominalmente por los Evangelios, al menos en parte, son históricamente los responsables de esta muerte. Lo declara Jesús mismo cuando dice a Pilato durante el proceso: *El que me ha entregado a ti tiene mayor pecado*. Y en otro lugar: *El Hijo del hombre se va, como está escrito de Él, pero, ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre es entregado! ¡Más le valdría a ese hombre no haber nacido!* Jesús alude a las diversas personas que, en distintos momentos, serán los artífices de su muerte: Judas, los representantes del Sanedrín, Pilato, los demás...

Sin embargo, se puede extender esta imputación más allá del círculo de personas verdaderamente responsables. Nos damos cuenta de que todos, por causa de nuestros pecados, somos responsables de la muerte de Cristo en la cruz: todos, en la medida en que hemos contribuido mediante el pecado a hacer que Cristo muriera por nosotros como Víctima de expiación.

La cruz de Cristo es, pues, para todos una llamada real al hecho expresado por el

apóstol Juan con las palabras: *La sangre de su Hijo Jesús nos purifica de todo pecado. Si decimos «no tenemos pecado», nos engañamos y la verdad no está en nosotros.* La cruz de Cristo no cesa de ser para cada uno de nosotros esta llamada misericordiosa y severa al mismo tiempo, para reconocer y confesar la propia culpa. Es una llamada a vivir en la verdad[126].

La tortura, el escarnio y la humillación previas a la crucifixión

Las Escrituras tenían que cumplirse. Eran muchos los testimonios mesiánicos del Antiguo Testamento que anunciaban los sufrimientos del futuro Ungido de Dios. Particularmente conmovedor entre todos es el que solemos llamar el *cuarto Poema del Siervo de Yahvé*, contenido en el libro de Isaías.

El profeta al que justamente se le llama *el quinto evangelista*, presenta en este Poema la imagen de los sufrimientos del Siervo con un realismo tan agudo que es como si lo viera con sus propios ojos: con los del cuerpo y del espíritu. La pasión de Cristo resulta, a la luz de los versículos de Isaías, casi aún más expresiva y conmovedora que en las descripciones de los mismos evangelistas. He aquí como se presenta ante nosotros el verdadero Varón de dolores:

*No hay en él parecer, no hay hermosura
para que le miremos ...
Despreciado y abandonado de los hombres,
varón de dolores y familiarizado con el sufrimiento,
y como uno ante el cual se oculta el rostro,
menospreciado sin que le tengamos en cuenta.
Pero fue él ciertamente
quien soportó nuestros sufrimientos
y cargó con nuestros dolores,
mientras que nosotros le tuvimos por castigado,
herido por Dios y abatido.
Fue traspasado por nuestras iniquidades
y molido por nuestros pecados.
El castigo de nuestra paz fue sobre él,
y en sus llagas hemos sido curados.
Todos nosotros andábamos errantes como ovejas,
siguiendo cada uno su camino,
y Yahvé cargó sobre él
la iniquidad de todos nosotros.*

El Poema del Siervo doliente contiene una descripción en la que se pueden identificar, en un cierto sentido, los diversos y particulares momentos de la pasión de Cristo: la detención, la humillación de las bofetadas, los salvazos, el vilipendio de la dignidad misma del prisionero, el juicio injusto, la flagelación, la coronación de espinas y el escarnio, el camino de la cruz, la crucifixión y la agonía.

Leamos los versículos sucesivos del Poema, que dan una anticipación profética de la pasión del Getsemaní y del Gólgota:

*Maltratado, más él se sometió,
no abrió la boca,
como cordero llevado al matadero,
como oveja muda ante los trasquiladores.
Fue arrebatado por un juicio inicuo,
sin que nadie defendiera su causa,
pues fue arrancado de la tierra de los vivientes
y herido de muerte por el crimen de su pueblo.
Dispuesta estaba entre los impíos su sepultura,
y fue en la muerte igualado a los malhechores,
a pesar de no haber cometido maldad
ni haber mentira en su boca[127].*

Jesús muere crucificado

El amor misericordioso de Cristo es más fuerte que la misma muerte

Todo lo que Jesús enseñó e hizo durante su vida mortal, llega en la cruz al culmen de la verdad y de la santidad. Las palabras que Jesús pronunció entonces constituyen su mensaje supremo y definitivo y, al mismo tiempo, la confirmación de una vida santa, concluida con el don total de Sí mismo, en obediencia al Padre, por la salvación del mundo.

Aquellas palabras recogidas por su Madre y los discípulos presentes en el Calvario, fueron transmitidas a las primeras comunidades cristianas y a todas las generaciones futuras, para que iluminaran el significado de la obra redentora de Jesús, e inspiraran a sus seguidores durante toda su vida y en el momento de la muerte. Meditemos ahora también nosotros esas palabras, como lo han hecho tantos cristianos, en todas las épocas.

Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen: según la narración de Lucas, esta es la primera palabra pronunciada por Jesús en la cruz. Preguntémonos inmediatamente: ¿No es, quizá, la palabra que todos necesitábamos oír pronunciar sobre nosotros? Pero en aquel ambiente, tras aquellos acontecimientos, ante aquellos hombres reos, ante aquel pueblo que ha pedido una condena y tras haberse ensañado tanto contra Él, ¿quien habría imaginado que saldría de los labios de Jesús aquella palabra? Con todo, el Evangelio nos da esta certeza: ¡Desde lo alto de la cruz resonó la palabra *perdón!*

Veamos los aspectos fundamentales de aquel mensaje de perdón. Jesús no solo perdona, sino que pide el perdón del Padre para los que lo han entregado a la muerte y, por tanto, también para todos nosotros. Es el signo de la sinceridad total del perdón de Cristo y del amor del que deriva. Es un hecho nuevo en la historia.

Nótese además que Jesús perdona *inmediatamente*, aunque la hostilidad de los adversarios continúa manifestándose. Su perdón se dirige a todos los que, humanamente

hablando, son responsables de su muerte, no solo a los ejecutores, o a los soldados, sino a todos aquellos que, cercanos y lejanos, conocidos y desconocidos, están en el origen del comportamiento que ha llevado a su condena y crucifixión. Por todos ellos pide perdón y así los defiende ante el Padre, de manera que el apóstol Juan, tras haber recomendado a los cristianos que no pequen, puede añadir, *pero si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el justo. Él es víctima de propiciación por nuestros pecados; no solo por los nuestros, sino también por los del mundo entero.*

Él es intercesor y también abogado, que en la cruz, en lugar de denunciar la culpabilidad de los que le crucificaban, la atenúa diciendo que no se dan cuenta de lo que hacen. Es benevolencia de juicio. Muchos pueden ser menos culpables de lo que parecen o se piensen, y precisamente por eso Jesús enseñó a *no juzgar*. Ahora, en el Calvario, se hace intercesor y defensor de los pecadores ante el Padre.

Este perdón desde la cruz es la imagen y el principio de aquel perdón que Cristo quiso traer a toda la humanidad mediante su sacrificio. Para merecer este perdón y, con ello, la gracia que purifica y da la vida divina, Jesús hizo la ofrenda heroica de Sí mismo por toda la humanidad.

También vale para nosotros aquella petición de clemencia y como de comprensión celestial: *Porque no saben lo que hacen*. Quizá ningún pecador escape a esa falta de conocimiento y, por tanto, a ninguno alcance aquella impetración de perdón que brota del corazón tiernísimo de Cristo que muere en la cruz. Sin embargo, esto no debe empujar a nadie a no tomar en serio la riqueza de la bondad, de la tolerancia y de la paciencia de Dios hasta desconocer que tal bondad le invita a la conversión.

Es interesante constatar que ya en el ámbito de las primeras comunidades cristianas, el mensaje del perdón fue acogido y seguido por los primeros mártires de la fe, que repitieron la oración de Jesús al Padre casi con sus mismas palabras. Así lo hizo san Esteban protomártir, quien, según los Hechos de los Apóstoles, en el momento de su muerte, pidió: *Señor, no les tengas en cuenta este pecado*. Por lo demás, ello constituía la aplicación de la enseñanza del Maestro, que les había recomendado: *Rezad por los que os persigan*.

Pero tenían presente también otro hecho concreto sucedido en el Calvario y que se integra en el mensaje de la cruz como mensaje de perdón. Dice Jesús a un malhechor crucificado con Él: *En verdad te digo, que hoy mismo estarás conmigo en el paraíso*.

Es un hecho impresionante, en el que vemos en acción la grandiosidad de la obra salvífica, que se concreta en el perdón. Aquel malhechor había reconocido su culpabilidad amonestando a su cómplice y compañero de suplicio, que se mofaba de Jesús: *Nosotros con razón estamos aquí, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos*. Había pedido a Jesús participar del reino que Él había anunciado, cuando dijo: *Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino*.

Consideraba injusta la condena de Jesús: *No ha hecho nada malo*. No compartía, pues, las imprecaciones de su compañero de condena. El malhechor, por tanto, pidiendo a Jesús que se acordara de él, profesa su fe en el Redentor en el momento de morir; no solo acepta su muerte como justa pena al mal realizado, sino que se dirige a Jesús para decirle que pone en Él toda su esperanza.

La respuesta de Jesús, en efecto, es inmediata. Promete el paraíso, en su compañía, para ese mismo día, al bandido arrepentido y *convertido*. Se trata, pues, de un perdón integral: el que había cometido crímenes y robos —y por tanto pecados— se convierte en santo en el último momento de su vida.

Se diría que en ese texto de Lucas, está documentada la primera canonización de la historia, realizada por Jesús en favor de un malhechor que se dirige a Él en aquel dramático momento. Esto muestra que los hombres pueden obtener, gracias a la cruz de Cristo, el perdón de todas las culpas y también de toda una vida malvada. Pueden obtenerlo también en el último instante, si se rinden a la gracia del Redentor que los convierte y salva. Las palabras de Jesús al ladrón arrepentido contienen también la promesa de la felicidad perfecta: *Hoy estarás conmigo en el paraíso*. El sacrificio redentor obtiene, en efecto, para los hombres la bienaventuranza eterna.

En el episodio que nos narra Lucas, *el paraíso* se ofrece a toda la humanidad, a todos los hombres que, como el malhechor arrepentido, se abren a la gracia y ponen su esperanza en Cristo. Un momento de conversión auténtica puede, pues, saldar las deudas de toda una vida[128].

La presencia de María junto a la Cruz

San Juan en su Evangelio recuerda que *junto a la cruz de Jesús estaba su Madre*. Era la presencia de una mujer —ya viuda desde hace años, según lo hace pensar todo— que iba a perder a su Hijo. Todas las fibras de su ser estaban sacudidas por lo que había visto en los días culminantes de la pasión y de lo que sentía y presentía ahora junto al patíbulo. ¿Cómo impedir que sufriera y llorara? La tradición cristiana ha percibido la experiencia dramática de aquella Mujer, llena de dignidad y decoro, pero con el corazón traspasado, y se ha parado a contemplarla participando profundamente de su dolor.

No se trata solo de una cuestión *de la carne o de la sangre*, ni de un afecto indudablemente nobilísimo pero simplemente humano. La presencia de María junto a la cruz muestra su compromiso de participar totalmente en el sacrificio redentor de su Hijo. María quiso participar plenamente en los sufrimientos de Jesús, ya que no rechazó la espada anunciada por Simeón, sino que aceptó con Cristo el designio misterioso del Padre.

Ella era la primera partícipe de aquel sacrificio, y permanecería para siempre como modelo perfecto de todos los que aceptaran asociarse sin reservas a la ofrenda redentora. Por otra parte, la compasión materna que se expresaba en esa presencia, contribuía a hacer más denso y profundo el drama de aquella muerte en cruz.

«*Mujer, ahí tienes a tu hijo*». Jesús, que vio a su Madre junto a la cruz, la evoca en la estela de sus recuerdos de Nazaret, de Caná, de Jerusalén; quizá hasta revive los momentos del tránsito de José, y luego su alejamiento de ella, y de la soledad en la que vivió esos últimos años; soledad que ahora, además, se acentuará. María, a su vez, considera todas las cosas que a lo largo de los años *ha conservado en su corazón*, y que ahora comprende mejor que nunca en orden a la cruz. El dolor y la fe se funden en su alma. Y he aquí que, en un momento, se da cuenta de que desde lo alto de la cruz Jesús la mira y le habla.

Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Es un acto de ternura y piedad filial. Jesús no quiere que su Madre se quede sola. En su puesto le deja como hijo al discípulo que María conoce como predilecto. Jesús confía de esta manera a María una nueva maternidad y le pide que trate a Juan como hijo suyo.

Pero la solemnidad de aquel acto de confianza, ese situarse en el corazón mismo del drama de la cruz; la sobriedad y concentración de palabras que se dirían propias casi de una fórmula sacramental, hacen pensar que, por encima de las relaciones familiares, se ha de considerar el hecho en la perspectiva de la obra de la salvación. Obra en la que María se ha comprometido con el Hijo del hombre para esa misión redentora. Como conclusión de esta obra, Jesús pide a María que acepte definitivamente la ofrenda que Él hace de Sí mismo como víctima de expiación, y que considere ya a Juan como hijo suyo. Al precio de su sacrificio materno recibe María esa nueva maternidad.

Ese gesto filial, va mucho más allá de la persona del discípulo amado, designado como hijo de María. Jesús quiere dar a María una descendencia mucho más numerosa. Quiere instituir para María una maternidad que abarque a todos sus seguidores y discípulos de entonces y de todos los tiempos. El gesto de Jesús tiene, por tanto, un valor simbólico.

No es solo un gesto de carácter familiar, como el de un hijo que se ocupa de la suerte de su madre, sino que es el gesto del Redentor del mundo que asigna a María, como *mujer*, un papel de maternidad nueva en relación a todos los hombres llamados a reunirse en la Iglesia. En ese momento, María es constituida, y casi se diría que *consagrada*, como Madre de la Iglesia desde lo alto de la cruz.

María constituye con Él un *todo*, no solo porque son madre e hijo *según la carne*, sino porque en el designio eterno de Dios están contemplados, predestinados, colocados juntos en el centro de la historia de la salvación; de manera que Jesús siente el deber de implicar a su Madre no solo en la oblación suya al Padre, sino también en la entrega de Sí mismo a los hombres. María, por su parte, está en sintonía perfecta con este acto de oblación y entrega, como para prolongar el *fiat* de la Anunciación.

Jesús, en su pasión, se ha visto, por otra parte, despojado de todo. En el Calvario le queda su Madre, y con un gesto de supremo desasimiento, la entrega también al mundo entero, antes de llevar a término su misión con el sacrificio de su vida. Jesús es consciente de que ha llegado el momento de la consumación, como dice el evangelista: *Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido...* Quiere que entre las cosas *cumplidas* esté también el de la entrega de su Madre a la Iglesia y al mundo.

Se trata ciertamente de una *maternidad espiritual*, que se realiza según la tradición cristiana y la doctrina de la Iglesia, en el orden de la gracia. Por tanto, es esencialmente una maternidad *sobrenatural*. Jesús, que había experimentado y apreciado el amor materno de María en su propia vida, quiso que también sus discípulos pudieran gozar, a su vez, de este amor materno como componente de la relación con Él en todo el desarrollo de su vida espiritual.

En definitiva, se trata de *sentir* a María como Madre y de *tratarla* como Madre, dejándola que nos forme en la verdadera docilidad a Dios, en la verdadera unión con Cristo, y en la verdadera caridad con el prójimo.

«*Ahí tienes a tu madre*». Jesús, *luego dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre»*. Dirigiéndose al discípulo, Jesús le pide expresamente que se comporte con María como un hijo con su madre. Al amor materno de María deberá corresponder Juan con un amor filial. Puesto que el discípulo sustituye a Jesús junto a María, se le invita a que la ame verdaderamente como madre propia. Es como si Jesús dijera: *Ámala como Yo la he amado*. Y ya que en el discípulo, Jesús ve a todos los hombres a quienes deja ese testamento de amor, para todos vale su petición de que amen a María como Madre.

En concreto, Jesús funda con esas palabras el culto mariano de la Iglesia. Hace entender a la Iglesia así, por medio de Juan, su voluntad de que María reciba un sincero

amor filial por parte de todo discípulo para quien ella es madre por institución del mismo Jesús. La importancia del culto mariano, querido siempre por la Iglesia, se deduce de las palabras pronunciadas por Jesús en la hora misma de su muerte.

El evangelista concluye diciendo que *desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa*. Esto significa que el discípulo respondió *inmediatamente* a la voluntad de Jesús. Desde aquel momento, acogiendo a María en su casa, demostró su afecto filial, y al rodearla de toda clase de cuidados, actuó de manera que pudiera ella gozar de recogimiento y de paz a la espera de reunirse con su Hijo, y desempeñar mientras tanto su papel en la Iglesia naciente, tanto en Pentecostés como en los años sucesivos.

Aquel gesto de Juan era la puesta en práctica del testamento de Jesús con respecto a María: pero tenía un valor simbólico. Válido para todo discípulo de Cristo invitado a acoger a María junto a sí, haciéndola un lugar en la propia vida. Por la fuerza de las palabras de Jesús al morir, toda vida cristiana debe ofrecer un *lugar* a María, sin prescindir de su presencia[129].

Las palabras «*He ahí a tu madre*» expresan la intención de Jesús de suscitar en sus discípulos una actitud de amor y confianza en María, impulsándolos a reconocer en ella a su madre, la madre de todo creyente. Ojalá que todos descubran en las palabras de Jesús: *He ahí a tu madre*, la invitación a aceptar a María como madre, respondiendo como verdaderos hijos a su amor materno. A la luz de esta consigna al discípulo amado, se puede comprender el sentido auténtico del culto mariano en la comunidad eclesial, pues este culto sitúa a los cristianos en la relación filial de Jesús con su Madre, permitiéndoles crecer en la intimidad con ambos. El culto que la Iglesia rinde a la Virgen no es solo fruto de una iniciativa espontánea de los creyentes ante el valor excepcional de su persona y la importancia de su papel en la obra de la salvación; se funda en la voluntad de Cristo.

Los innumerables santuarios marianos esparcidos por el mundo testimonian las maravillas que realiza la gracia por intercesión de María, Madre del Señor y Madre nuestra. Al recurrir a ella, atraídos por su ternura, también los hombres y las mujeres de nuestro tiempo encuentran a Jesús, Salvador y Señor de su vida. La historia de la piedad cristiana enseña que María es el camino que lleva a Cristo y que la devoción filial dirigida a ella no quita nada a la intimidad con Jesús; por el contrario, la acrecienta y la lleva a altísimos niveles de perfección.

El texto evangélico, siguiendo el original griego, prosigue: *Y desde aquella hora el discípulo la acogió entre sus bienes*, subrayando así la adhesión pronta y generosa de Juan a las palabras de Jesús, e informándonos sobre la actitud que mantuvo durante toda su vida como fiel custodio e hijo dócil de la Virgen. La hora de la acogida es la del cumplimiento de la obra de salvación. Precisamente en ese contexto comienza la maternidad espiritual de María y la primera manifestación del nuevo vínculo entre ella y los discípulos del Señor. Juan acogió a María *entre sus bienes*. Esta expresión, más bien genérica, pone de manifiesto su iniciativa, llena de respeto y amor, no solo de acoger a María, sino sobre todo de vivir la vida espiritual en comunión con ella.

En efecto, la expresión griega, traducida al pie de la letra *entre sus bienes*, no se refiere a los bienes materiales, dado que Juan, como observa san Agustín, *no poseía nada propio*, sino a los bienes espirituales o dones recibidos de Cristo: la gracia, la Palabra, el Espíritu, la Eucaristía... Entre estos dones, que recibió por el hecho de ser amado por Jesús, el discípulo acoge a María como madre, entablando con ella una profunda comunión de vida.

Ojalá que todo cristiano, a ejemplo del discípulo amado, *acoga a María en su casa* y

le deje espacio en su vida diaria, reconociendo su misión providencial en el camino de la salvación[130].

El mayor dolor de Cristo

¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado? Nunca acabaremos de conocer la profundidad de este misterio. Es toda la aspereza de esta paradoja la que emerge en el grito de dolor, aparentemente desesperado, que Jesús da en la cruz: «*Eloí, Eloí, lemá sabactaní*» —*que quiere decir: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?»*—. ¿Es posible imaginar un sufrimiento mayor, una oscuridad más densa? En realidad, el angustioso *por qué* dirigido al Padre con las palabras iniciales del Salmo 22, aun conservando todo el realismo de un dolor indecible, se ilumina con el sentido de toda la oración en la que el Salmista presenta unidos, en un conjunto conmovedor de sentimientos, el sufrimiento y la confianza. En efecto, continúa el Salmo: *En ti esperaron nuestros padres, esperaron y tú los liberaste... ¡No andes lejos de mí, que la angustia está cerca, no hay para mí socorro!*[131].

A la hora nona gritó Jesús con fuerte voz: «*Eloí, Eloí, lemá sabactaní*» —*que quiere decir: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?»*—. Marcos trae las palabras en arameo. Se puede suponer que ese grito hubiera parecido hasta tal punto particular, que los testigos auriculares del hecho, cuando narraron el drama del Calvario, encontraran oportuno repetir las mismas palabras de Jesús en arameo; la lengua que hablaban Él y la mayoría de los israelitas contemporáneos suyos.

Que Jesús use en este su primer grito las palabras de un salmo, es algo significativo por varias razones. En el ánimo de Jesús, que acostumbraba rezar siguiendo los textos sagrados de su pueblo, habrían quedado muchas de aquellas palabras y frases que más particularmente le impresionasen por lo bien que manifestaban la necesidad y la angustia del hombre delante de Dios, aludiendo de algún modo a la condición de Aquel que tomaría sobre sí toda nuestra iniquidad.

Por eso, en la hora del Calvario, Jesús, espontáneamente, se apropia de aquella pregunta que el Salmista hace a Dios sintiéndose agotado por el sufrimiento. Aun naciendo del recuerdo del salmo leído o recitado en la sinagoga, la pregunta encerraba un significado teológico en relación con el sacrificio mediante el cual Cristo, en total solidaridad con el hombre pecador, debía experimentar el abandono de Dios. Bajo el influjo de esta tremenda experiencia interior, Jesús, al morir, encuentra todavía fuerza para estallar en ese grito.

En aquella experiencia, en aquel grito, en aquel *por qué* dirigido al cielo, Jesús establece también *un nuevo modo de solidaridad* con nosotros, que tan a menudo nos vemos obligados a levantar los ojos y los labios al cielo para expresar nuestro lamento, y alguno incluso su desesperación. Escuchando a Jesús pronunciar su *por qué*, aprendemos que también los hombres que sufren pueden pronunciarlo, pero con esas mismas disposiciones de confianza y de abandono filial de las que Jesús es maestro y modelo para todos.

En aquel *por qué* de Jesús, no hay ningún sentimiento o resentimiento que lleve a la rebelión o induzca a la desesperación; no hay sombra de reproche dirigido al Padre, sino que es la expresión de la experiencia de la fragilidad, de la soledad, del abandono de Sí

mismo, hecha por Jesús en nuestro lugar; por Él, que se convierte así en el primero de los *humillados y ofendidos* —en el primero de los abandonados, en el primero de los *desamparados* (como lo llaman en España)—, pero también, al mismo tiempo, nos dice cómo sobre todos estos pobres hijos de Eva vela la mirada benigna de la Providencia auxiliadora.

En realidad, si Jesús padece ese sentimiento de que es abandonado por el Padre, sabe, sin embargo, que no lo está en absoluto. En la cima de su alma Jesús tiene la visión clara de Dios y la certeza de su unión con el Padre. Pero en las zonas que lindan con la sensibilidad y, por ello, más sujetas a las impresiones, emociones y repercusiones de las experiencias dolorosas internas o externas, el alma humana de Jesús se reduce a un desierto. Y Él no siente ya la *presencia* del Padre, sino la trágica experiencia de la más completa desolación.

El Padre, ahora, calla. Aquel silencio de Dios pesa sobre el que muere como la pena más dolorosa, tanto más cuanto que los adversarios de Jesús consideran aquel silencio como su reprobación: *Ha puesto su confianza en Dios; que le salve ahora, si es que de verdad le quiere; ya que dijo: «Soy Hijo de Dios»*. En la esfera de los sentimientos y de los afectos, este sentido de la ausencia y el abandono de Dios fue la pena más terrible para el alma de Jesús, que sacaba su fuerza y su alegría de la unión con el Padre. Esa pena hizo más duros todos los demás sufrimientos. *Aquella falta de consuelo interior fue su mayor suplicio*.

Pero Jesús sabía que con esta fase extrema en su inmolación, que llegó hasta las fibras más íntimas de su corazón, completaba la obra de la Redención que era el fin de su sacrificio en reparación de los pecados. Si el pecado es la separación de Dios, Jesús debía padecer, en esta crisis de unión con el Padre, un sufrimiento proporcionado a esa separación.

Por otra parte, citando el comienzo del salmo, quizá continuara diciéndolo mentalmente durante toda la pasión, y así Jesús, que no ignoraba su conclusión, lo transformó en un himno de liberación y en un anuncio de salvación universal dado por Dios.

La experiencia del abandono es una pena pasajera que cede el puesto a la liberación personal y a la salvación universal. Con este pensamiento su alma recobra vigor y alegría al sentir que está próxima, precisamente en el culmen del drama de la cruz, la hora de la victoria[132].

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? A menudo hacemos *nuestro* ese grito de sufrimiento en las múltiples situaciones dolorosas de la existencia, que pueden causar una íntima desolación, y engendrar preocupaciones e incertidumbres. En los momentos de soledad y extravío, frecuentes en la vida del hombre, puede surgir en el alma del creyente la exclamación: ¡El Señor me ha abandonado! Con todo, la pasión de Cristo y su glorificación en el árbol de la cruz brindan una clave de lectura de esos acontecimientos diversa.

En el Gólgota, el Padre, en el culmen del sacrificio de su Hijo unigénito, no lo abandona; más aún, realiza el plan de salvación para la humanidad entera. En su pasión, muerte y resurrección se nos revela que, en la existencia, la última palabra no es la muerte, sino la victoria de Dios sobre la muerte. El amor divino, manifestado con plenitud en el misterio pascual, vence a la muerte y al pecado, que es su causa.

La Iglesia muestra el rostro de un Dios crucificado, que no infunde miedo, sino que manifiesta únicamente amor y misericordia. ¡No es posible quedar indiferentes ante el

sacrificio de Cristo! En el alma de quien se detiene a contemplar la pasión del Señor brotan espontáneamente sentimientos de profunda gratitud. Subiendo espiritualmente con Él al Calvario, se llega a experimentar de alguna manera la luz y la alegría que brotan de su resurrección. La muerte de Cristo encierra el germen de la resurrección[133].

Tras la agonía, Jesús muere en la Cruz

Tengo sed. Poco después, quizá por influencia del salmo, que reaparecía en su memoria, Jesús dice estas otras palabras: *Tengo sed.* Es muy comprensible que con estas palabras Jesús aluda a la sed física, al gran tormento que forma parte de la pena de la crucifixión. También se puede añadir que al manifestar Jesús su sed, dio prueba de humildad, expresando una necesidad física elemental, como lo habría hecho otro cualquiera.

También en esto Jesús se hace y se muestra solidario con todos los que, vivos o moribundos, sanos o enfermos, pequeños o grandes, necesitan y piden al menos un poco de agua... ¡Es hermoso para nosotros pensar que cualquier socorro prestado a un moribundo se le presta a Jesús crucificado! No podemos ignorar la anotación del evangelista, el cual escribe que Jesús pronunció tal expresión —*Tengo sed*— *para que se cumpliera la Escritura.*

También en otro Salmo se lee: *Para mi sed me dieron vinagre.* En las palabras del Salmista se trata de sed física, pero, en los labios de Jesús, la sed entra en la perspectiva redentora del sufrimiento de la cruz. En su sed, Cristo moribundo busca otra vida muy distinta del agua o del vinagre: como cuando en el pozo de Sicar pidió a la samaritana: *Dame de beber.* La sed física, entonces, fue símbolo y tránsito hacia otra sed: la de la conversión de aquella mujer. Ahora, en la cruz, Jesús tiene sed de una humanidad nueva, como la que deberá surgir de su sacrificio, para que se cumplan las Escrituras.

Por eso relaciona el evangelista el grito *de sed* de Jesús con las Escrituras. La sed de la cruz, en boca de Cristo moribundo, es la última expresión de ese deseo del bautismo que tenía que recibir y del fuego con el cual encender la tierra, manifestado por Él durante su vida. *He venido a arrojar fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido! Con un bautismo tengo que ser bautizado y ¡qué angustiado estoy hasta que se cumpla!* Ahora se va a cumplir ese deseo, y con aquellas palabras Jesús confirma el amor ardiente con que quiso recibir ese supremo *bautismo* para abrirnos a todos nosotros la fuente del agua que sacia y salva verdaderamente.

Todo está cumplido. Según el Evangelio de Juan, Jesús pronunció estas palabras poco antes de morir. Fueron las últimas. Manifiestan su conciencia de haber cumplido hasta el final la obra para la que fue enviado al mundo. Nótese que no es tanto la conciencia de haber realizado sus proyectos, cuanto la de haber efectuado la voluntad del Padre en la obediencia que le impulsa a la inmolación completa de Sí en la cruz. Ya solo por esto Jesús moribundo se nos presenta como modelo de lo que debería ser la muerte de todo hombre: la ejecución de la obra asignada a cada uno para el cumplimiento de los designios divinos. Según el concepto cristiano de la vida y de la muerte, los hombres, hasta el momento de la muerte, están llamados a cumplir la voluntad del Padre, y la muerte es el último acto, el definitivo y decisivo, del cumplimiento de esta voluntad. Jesús nos lo enseña desde la cruz.

Padre, en tus manos pongo mi espíritu. Con estas palabras Lucas explica el contenido del segundo grito de Jesús, lanzado poco antes de morir. En el primer grito había exclamado: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* Si por un momento Jesús ha tenido y sufrido la tremenda sensación de ser abandonado por el Padre, ahora su alma actúa del único modo que, como Él bien sabe, corresponde a un hombre que al mismo tiempo es también el *Hijo predilecto* de Dios: el total abandono en sus manos. Jesús expresa este sentimiento suyo con palabras que pertenecen al siguiente Salmo: *A tus manos encomiando mi espíritu, tú el Dios leal me librarás.* Jesús, en su lúcida agonía, recuerda y balbucea también algún versículo de ese Salmo, recitado muchas veces durante su vida. Pero, en boca de Jesús, ahora aquellas palabras adquieren un nuevo valor.

Con la invocación *Padre (Abbá)*, Jesús confiere un acento de confianza filial a su abandono en las manos del Padre. Jesús muere como Hijo. Muere en perfecta conformidad con el querer del Padre, con la finalidad de amor que el Padre le ha confiado y que el Hijo conoce bien. Como hemos dicho al principio, este grito completa al primero. Ahora es la expresión de abandono confiado en los brazos del Padre, sabio y benigno, que lo dispone y rige todo con amor.

Ha habido un momento de desolación, en el que Jesús se ha sentido sin apoyo y defensa por parte de todos, incluso hasta de Dios. Un momento tremendo; pero ha sido superado pronto gracias al acto de entrega de Sí en manos del Padre, cuya presencia amorosa e inmediata advierte Jesús en la estructura más profunda de su propio Yo, ya que Él está en el Padre como el Padre está en Él. ¡También en la cruz!

Las palabras y gritos de Jesús en la cruz, para que puedan comprenderse, deben considerarse en relación a lo que Él mismo había anunciado anteriormente, en las predicciones de su muerte y en la enseñanza sobre el destino del hombre a una nueva vida. La muerte es para todos un paso a la existencia en el más allá; pero para Jesús es todavía más; es la premisa de la resurrección que tendrá lugar al tercer día. La muerte, pues, tiene siempre un carácter de disolución del compuesto humano, lo cual suscita repulsa; pero tras el grito primero, Jesús pone con gran serenidad su espíritu en manos del Padre, en vistas a la nueva vida y, más aún, a la resurrección de la muerte, que señalará la coronación del misterio pascual.

Así, después de todos los tormentos de los sufrimientos padecidos, físicos y morales, Jesús abraza la muerte como una entrada en la paz inalterable de ese *seno del Padre* hacia el que ha estado dirigida toda su vida. Jesús, con su muerte, revela que, al final de la vida, el hombre no está destinado a hundirse en la oscuridad, en el vacío existencial, en la vorágine de la nada, sino que está invitado al encuentro con el Padre, hacia el que puede dirigirse por el camino de la fe y el amor durante la vida, y en cuyos brazos puede arrojarse con santo abandono en la hora de la muerte. Un abandono que, como el de Jesús, comporta el don total de Sí por parte de un alma que acepta ser despojada de su cuerpo y de la vida terrestre, pero que sabe que encontrará la nueva vida, la participación en la vida misma de Dios, en el misterio trinitario, en los brazos y en el corazón del Padre. Mediante el misterio inefable de la muerte, el alma del Hijo llega a gozar de la gloria del Padre en la comunión del Espíritu (Amor del Padre y del Hijo). Esta es la *vida eterna*, hecha de conocimiento, de amor, de alegría y de paz infinita[134].

- 125 Carta a los sacerdotes en el Jueves santo, 13-IV-1987.
- 126 Audiencia general, 28-IX-1988.
- 127 Carta Apostólica *Salvifici doloris*, nn.17-18.
- 128 Audiencia general, 16-XI-1988.
- 129 Audiencia general, 23-XI-1988.
- 130 Audiencia general, 7-V-1997.
- 131 *Novo Millennio Ineunte*, n. 25.
- 132 Audiencia general, 30-XI-1988.
- 133 Audiencia general, 19-IV-2000.
- 134 Audiencia general, 7-XII-1988.

Capítulo VII

UNA REALIDAD DE FE INCONTESTABLE: SU RESURRECCIÓN

El misterio de la Resurrección del Señor

Una verdad histórica que exigirá siempre fe

Siguiendo la línea de todo lo que nos han transmitido, podemos ver en la resurrección sobre todo un suceso histórico, pues esta sucedió en una circunstancia precisa de lugar y tiempo: el tercer día después de la crucifixión, en Jerusalén, en el sepulcro que José de Arimatea puso a disposición, y en el que había sido colocado el Cuerpo de Cristo, después de quitarlo de la cruz. Precisamente se encontró vacío este sepulcro al alba del tercer día. Pero ya Jesús había anunciado su resurrección al tercer día. Las mujeres que acudieron al sepulcro ese día, encontraron a un ángel que les dijo: *buscáis a Jesús, el Crucificado. No está aquí, ha resucitado como lo había dicho.*

En la narración evangélica la circunstancia del tercer día se pone en relación con la celebración judía del sábado, que excluía realizar trabajos y desplazarse más allá de cierta distancia desde la tarde de la víspera. Por eso, el embalsamamiento del cadáver, de acuerdo con la costumbre judía, se había pospuesto al primer día después del sábado[135].

Es cierto que estamos afrontando la verdad culminante de nuestra fe en Cristo, documentada por el Nuevo Testamento, creída y vivida como verdad central por las primeras comunidades cristianas, transmitida como fundamental por la tradición, nunca olvidada por los cristianos verdaderos y hoy muy profundizada, estudiada y predicada como parte esencial del misterio pascual, junto con la cruz: es decir, la resurrección de Cristo. Es un dogma de la fe cristiana, que se inserta en un hecho sucedido y constatado históricamente. Trataremos de investigar, con las rodillas de la mente inclinadas, el misterio enunciado por la fe y encerrado en el acontecimiento, comenzando por algún texto bíblico que lo atestigua.

Frente a este testimonio histórico no son admisibles aquellas hipótesis que han tratado de interpretar de manera diversa la resurrección de Cristo, aislándola del orden físico, de modo que no se reconocía como un hecho histórico. La hipótesis de quienes quieren ver en la resurrección un producto de la fe de los Apóstoles, se refuta fácilmente con lo que es referido cuando el Resucitado en persona se apareció en medio de ellos y les dijo: *¡Paz a vosotros!* Y ellos, de hecho, creían ver un fantasma.

En esa ocasión tiene Jesús mismo que vencer las dudas y temores de sus discípulos, y convencerles de que era Él: *Tocad y ved que un espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo.* Y puesto que ellos no acababan de creerlo y estaban asombrados, Jesús les dijo que le dieran algo de comer y lo comió delante de ellos. Por esto no tiene la menor

consistencia la hipótesis de que la resurrección haya sido producto de la fe (o de la credulidad) de los Apóstoles. Todo lo contrario, su fe en la resurrección nació de la experiencia directa de la realidad de Cristo resucitado, bajo la acción de la gracia[136].

Fueron muchos los que vieron la agonía y la muerte de Cristo en el Gólgota, algunos participaron en la colocación del cadáver en el sepulcro, los guardias lo cerraron bien y lo vigilaron, de lo cual se habían preocupado en conseguirlo de Pilato los sumos sacerdotes y los fariseos, acordándose de que Jesús había dicho: *A los tres días resucitaré. Dijeron: Manda, pues, que quede asegurado el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos, lo roben y digan luego al pueblo: Resucitó de entre los muertos.* Fueron las mujeres quienes, al ir al sepulcro la mañana del tercer día con los aromas, para acabar de embalsamarlo, descubrieron que estaba vacío y la piedra retirada, y vieron a un joven vestido de blanco que les habló de la resurrección de Jesús. Ciertamente el cuerpo de Jesús ya no estaba allí[137].

En el ámbito de estos acontecimientos, el primer elemento ante el que nos encontramos es el sepulcro vacío. Sin duda no es por sí mismo una prueba directa. La ausencia del cuerpo de Cristo en el sepulcro en el que había sido depositado podría explicarse de otra forma, como de hecho pensó por un momento María Magdalena cuando, viendo el sepulcro vacío, supuso que alguno habría robado el cuerpo de Jesús. Más aún, el Sanedrín trató de hacer correr la voz de que mientras dormían los soldados, el cuerpo había sido robado por los discípulos. Y corrió esa versión entre los judíos —anota san Mateo— hasta el día de hoy.

A pesar de esto, el sepulcro vacío ha constituido para todos, amigos y enemigos, un signo impresionante. Para las personas de buena voluntad su descubrimiento fue el primer paso para reconocer el hecho de la resurrección como una verdad que no puede ser refutada.

No puede dejar de impresionar la consideración del estado de ánimo de las tres mujeres, que dirigiéndose al sepulcro al alba se decían entre sí: *¿Quién nos retirará la piedra de la puerta del sepulcro?*, y que después, cuando llegaron al sepulcro, constataron, maravilladas, que la piedra estaba corrida pese a que era muy grande. Ellas tuvieron miedo y, a pesar de las afirmaciones del joven vestido de blanco, salieron huyendo del sepulcro, pues un gran temblor y espanto se había apoderado de ellas[138]. En efecto, he aquí que, llegadas —las mujeres— al lugar, vieron que la piedra había sido removida del sepulcro. *¿Qué testimonia esta losa, el día después del sábado, en las primeras horas del día? ¿Qué nos dice? ¿Qué anuncia la piedra removida del sepulcro?* En el Evangelio no hay respuesta adecuada.

No aparece respuesta en los labios de María Magdalena. Esta, asustada por la ausencia del cuerpo de Jesús en la tumba, corre a avisar a Simón Pedro y al otro discípulo al que Jesús amaba. Su lenguaje humano solo encuentra estas palabras para expresar lo sucedido: *Han tomado al Señor del monumento y no sabemos dónde lo han puesto.* También Pedro y el otro discípulo se dirigen de prisa al sepulcro; y Pedro, entrando dentro, vio las vendas por tierra, y el sudario que había sido puesto sobre la cabeza de Jesús, al lado. *Entonces entró también el otro discípulo, vio y creyó:* aún no se habían dado cuenta de la escritura, según la cual era necesario que Él resucitase de entre los muertos.

Aquella piedra, colocada a la entrada de la tumba, se había convertido en mudo testigo de la muerte del Hijo del Hombre. La piedra, puesta el viernes santo sobre la tumba de Jesús, se ha convertido, como todas las losas sepulcrales, en el testigo mudo de la muerte del Hombre, del Hijo del Hombre. Vieron y comprendieron que los hombres no habían

logrado derrotar a Jesús con la losa sepulcral, sellándola con la señal de la muerte. Bien lejos la posibilidad de robarlo dejando incluso los lienzos doblados. Y eso que los artífices de la muerte de Cristo, para mayor seguridad, pusieron guardia en el sepulcro después de haber sellado la piedra[139].

¿Cómo no comprenderlas? Y, sin embargo, la comparación de los textos de los demás evangelistas permite afirmar que, aunque temerosas, las mujeres llevaron el anuncio de la resurrección, de la que el sepulcro vacío con la piedra corrida fue el primer signo.

Sin embargo, he aquí otro dato que se debe considerar bien: si el sepulcro vacío dejaba estupefactos a primera vista a quienes fueron testigos del acontecimiento, y verlo así podía generar incluso una cierta sospecha, el conocimiento gradual de este hecho inicial, como lo anotan los Evangelios, terminó llevando al descubrimiento de la verdad de la resurrección.

En efecto, si el sepulcro mismo, cerrado por una pesada losa, testimoniaba la muerte, el sepulcro vacío y la piedra removida daban el primer anuncio de que allí había sido derrotada la muerte[140].

El Resucitado se deja ver antes a las mujeres que a sus discípulos

Es de destacar este hecho significativo: Jesucristo se aparece en primer lugar a las mujeres, sus fieles seguidoras, y no a los discípulos, y ni siquiera a los mismos Apóstoles, a pesar de que los había elegido como portadores de su Evangelio al mundo. Quizá quiso premiar con ello su delicadeza, su sensibilidad a su mensaje, su fortaleza, que las había impulsado hasta el Calvario. Quizá quiere manifestar un rasgo de su humanidad, que consiste en la amabilidad y en la gentileza con que se acerca y beneficia a las personas que menos cuentan en el gran mundo de su tiempo[141].

Las mujeres fueron las primeras en acoger el anuncio: *Ha resucitado, no está aquí... Pero id a decir a sus discípulos y a Pedro*. Ciertamente las mujeres estaban muy sorprendidas y asustadas. Ni siquiera ellas estaban dispuestas a rendirse fácilmente a un hecho que, aun predicho por Jesús, estaba efectivamente por encima de toda imaginación posible. Pero, con su sensibilidad y finura intuitiva femenina, se aferraron a la realidad y corrieron a darles la noticia. El Evangelio de Mateo nos informa que a lo largo del camino Jesús mismo les salió al encuentro, las saludó y les renovó el mandato de llevar el anuncio a los hermanos. De esta forma las mujeres fueron las primeras mensajeras de la resurrección de Cristo.

Muchas veces predijo Jesús explícitamente que tras haber sufrido mucho y haber sido ejecutado, resucitaría. Estamos aquí ante una previsión y predicción profética de los acontecimientos, en la que Jesús ejercita su función de revelador, poniendo en relación la muerte y la resurrección unificadas en la finalidad redentora, y refiriéndose al designio divino según el cual todo lo que prevé y predice debe suceder. Jesús, por tanto, hace conocer a los discípulos estupefactos, e incluso asustados, algo del misterio teológico que subyace en los próximos acontecimientos, como, por lo demás, en toda su vida.

Los Apóstoles fueron los primeros que creyeron, no sin fuertes resistencias, que Cristo había resucitado, simplemente porque vieron la resurrección como un acontecimiento real del que pudieron convencerse personalmente al encontrarse varias

veces con Cristo nuevamente vivo, a lo largo de cuarenta días. Las sucesivas generaciones cristianas aceptaron aquel testimonio, fiándose de los Apóstoles y de los demás discípulos como testigos creíbles. La fe cristiana en la resurrección de Cristo está ligada, pues, a un hecho que tiene una dimensión histórica precisa[142].

A sus amigos les invita a constatar que el cuerpo resucitado, con el que se presenta a ellos, es el mismo que fue martirizado y crucificado. Ese cuerpo posee, sin embargo, al mismo tiempo, propiedades nuevas: se ha hecho espiritual y glorificado y, por tanto, ya no está sometido a las limitaciones habituales de los seres materiales, como es el cuerpo humano. En efecto, Jesús entra en el Cenáculo estando las puertas cerradas, aparece y desaparece, etc. Pero al mismo tiempo ese cuerpo es auténtico y real. En su identidad material está la demostración de la resurrección de Cristo.

Es muy conocido el episodio de Tomás, que no se encontraba con los demás Apóstoles cuando Jesús vino a ellos por primera vez, entrando en el Cenáculo a pesar de que la puerta estaba cerrada. Cuando al regresar, los demás discípulos le dijeron: *Hemos visto al Señor*, Tomás manifestó maravilla e incredulidad, y contestó: *Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré.*

Ocho días después, Jesús vino de nuevo para satisfacer la petición del incrédulo, y le dijo: *Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae acá tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente.* Y cuando Tomás profesó su fe con las palabras «*Señor mío y Dios mío*», Jesús le dijo: *Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído.*

La exhortación a creer sin pretender ver lo que se esconde en el misterio de Dios y de Cristo permanecerá siempre vigente (...), pero este ejemplo insiste en lo que confirman los Evangelios: la resistencia de los Apóstoles y de los discípulos a admitir la resurrección[143].

El pueblo cristiano siempre intuyó que se aparecería a su Madre

Los Evangelios refieren varias apariciones del Resucitado, pero no hablan del encuentro de Jesús con su madre. Este silencio no debe llevarnos a concluir que, después de la resurrección, Cristo no se apareció a María; al contrario, nos invita a tratar de descubrir los motivos por los cuales los evangelistas no lo refieren. Suponiendo que se trata de una *omisión*, se podría atribuir al hecho de que todo lo que es necesario para nuestro conocimiento salvífico se encomendó a la palabra de *testigos escogidos por Dios*, es decir, a los Apóstoles, los cuales con gran poder dieron testimonio de la resurrección del Señor Jesús.

Los Evangelios, además, solo refieren algunas apariciones de Jesús resucitado, y ciertamente no pretenden hacer una crónica completa de todo lo que sucedió durante los cuarenta días después de Pascua. San Pablo recuerda una aparición a más de quinientos hermanos a la vez. ¿Cómo justificar que un hecho conocido por muchos no sea referido por los evangelistas, a pesar de su carácter excepcional? Esto indica de manera evidente que otras apariciones del Resucitado, aun siendo consideradas hechos reales y notorios, no quedasen recogidas. Y siendo así, ¿cómo podría la Virgen, presente en la primera

comunidad de los discípulos, haber sido excluida del número de los que se encontraron con su divino Hijo resucitado de entre los muertos?

Más aún, es legítimo pensar que, verosímilmente, Jesús resucitado se apareciera a su madre en primer lugar. La ausencia de María entre el grupo de las mujeres que al alba se dirigieron al sepulcro ¿no podía constituir un indicio del hecho de que ella ya se había encontrado con Jesús? Esta deducción quedaría confirmada también por el dato de que las primeras testigos de la resurrección, por voluntad de Jesús, fueron las mujeres, las cuales permanecieron fieles al pie de la cruz y, por tanto, más firmes en la fe. A una de ellas, María Magdalena, el Resucitado le encomendó transmitir a los Apóstoles el mensaje de su resurrección. Tal vez este dato permita pensar que Jesús se apareciera primero a su madre, pues ella fue la más fiel y, en la prueba, la que mejor conservó íntegra su fe.

Por último, el carácter único y especial de la presencia de la Virgen en el Calvario, así como su perfecta unión con su Hijo en el sufrimiento de la cruz, parece postular su participación singularísima en el misterio de la resurrección. María, al acoger a Cristo resucitado, es también signo y anticipación de la humanidad, que espera lograr su plena realización mediante la resurrección de los muertos[144].

Reconocen que Jesús Resucitado es el de siempre, pero notan «algo» distinto

Es interesante analizar un poco el proceso psicológico que los diversos encuentros dejan entrever. Los discípulos experimentan no solo una cierta dificultad para reconocer la verdad de la resurrección, sino también la identidad de Aquel que está ante ellos, y que aparece como el mismo, pero, a la vez, como otro: un Cristo transformado.

No es nada fácil para ellos hacer la inmediata identificación. Intuyen que es Jesús, pero, al mismo tiempo, sienten que Él ya no se encuentra en la condición anterior, y ante Él están llenos de reverencia y temor. Cuando, luego se dan cuenta, con su ayuda, de que no se trata de otro sino de Él mismo transformado, aparece repentinamente en ellos una nueva capacidad de descubrimiento, de inteligencia, de caridad y de fe. Es como un despertar de fe.

Podemos observar, antes de nada que, después de la resurrección, Jesús se presenta a las mujeres y a los discípulos con su cuerpo transformado, hecho espiritual y partícipe de la gloria de su alma, pero sin ninguna característica triunfalista. Jesús se manifiesta con una gran sencillez. Habla de amigo a amigo, con los que se encuentra en las circunstancias ordinarias de la vida terrena. A los privilegiados de sus apariciones, Jesús se deja conocer en su identidad física: aquel rostro, aquellas manos, aquellos rasgos que conocían muy bien, aquel costado que habían visto traspasado; aquella voz que habían escuchado tantas veces.

No ha querido enfrentarse a sus adversarios, asumiendo la actitud del vencedor, ni se ha preocupado por mostrarles su superioridad, y todavía menos fulminarlos. Ni siquiera consta que se hubiera manifestado a alguno de ellos, por lo que nos dice el Evangelio podemos excluir que se hubiera aparecido a Pilato o a los sumos sacerdotes o a Caifás, que se había rasgado las vestiduras por la afirmación de su divinidad[145].

Con su desahogo, los discípulos de Emaús avalan el orden de lo sucedido

Dos discípulos abandonaban el lugar en donde Jesús había sido crucificado, porque ese acontecimiento era para ellos una cruel desilusión. Por ese mismo hecho, se alejaban de los demás discípulos y volvían, por decirlo así, al individualismo. *Conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado*, sin comprender su sentido. No entendían que Jesús hubiera muerto *para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos*. Solo veían el aspecto tremendamente negativo de la cruz, que arruinaba sus esperanzas: *Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel*[146].

Estos discípulos hablaban acerca de los acontecimientos de los últimos días, naturalmente, sobre todo acerca del gran evento que había conmovido a toda Jerusalén: los jefes del pueblo, los grandes, los sacerdotes, los fariseos habían crucificado a Jesucristo, gran profeta. Se esperaba que fuera a liberar a Israel de la esclavitud; y, en cambio, lo habían crucificado. Había muerto y estaba sepultado. En ese momento, se les acercó un peregrino. No sabían quién era. Continuaron su conversación, pues les preguntó por qué estaban tristes. Y estaban tristes a causa de ese acontecimiento.

Nos encontramos en el día del domingo, después del sábado. El domingo, es decir, el día en que Cristo resucitó de madrugada. Nos encontramos en la tarde del domingo. Antes de ellos, los acontecimientos se habían desarrollado así: muy de madrugada, llegaron primero tres mujeres de nombre María. Se dirigieron al sepulcro para ungir a Jesús. Vieron la gran piedra retirada y el sepulcro vacío. Esta fue la primera constatación: el sepulcro vacío.

Con esta noticia las mujeres fueron a los Apóstoles, que se hallaban reunidos en el cenáculo por miedo a los judíos, y les dijeron: *Alguien ha robado el cuerpo de Jesús, porque el sepulcro se halla vacío*. Los Apóstoles no las creyeron. Dos de ellos, Pedro y Juan, decidieron ir a comprobarlo. Fueron y comprobaron lo mismo: que el sepulcro estaba vacío y el cuerpo no se encontraba.

Eran discípulos de Jesús y probablemente huían de Jerusalén para evitar el peligro. Y cuando le explicaron su preocupación, Jesús les dijo: *¿No habéis entendido lo que han dicho los profetas sobre el Mesías? El Mesías no debía librar a Israel en sentido político; el Mesías, según Isaías y otros profetas, debía liberar a toda la humanidad de la esclavitud del pecado y de la muerte. Sería azotado, coronado de espinas y después crucificado. Moriría, pero luego resucitaría*[147].

Quédate con nosotros, Señor, porque atardece y el día va de caída. Esta fue la invitación apremiante que, la tarde misma del día de la resurrección, los dos discípulos que se dirigían hacia Emaús hicieron al Caminante que a lo largo del trayecto se había unido a ellos. Abrumados por tristes pensamientos, no se imaginaban que aquel desconocido fuera precisamente su Maestro, ya resucitado. No obstante, habían experimentado cómo *ardía* su corazón mientras Él les hablaba *explicando* las Escrituras.

La luz de la Palabra ablandaba la dureza de sus corazones y *se les abrieron los ojos*. Entre la penumbra del crepúsculo y el ánimo sombrío que les embargaba, aquel Caminante era un rayo de luz que despertaba la esperanza y abría sus espíritus al deseo de la plena luz. *Quédate con nosotros*, suplicaron, y Él aceptó. Poco después el rostro de Jesús desaparecería, pero el Maestro se había quedado veladamente en el *pan partido*, ante el cual se habían abierto sus ojos[148].

Los dos discípulos de Emaús, tras haber reconocido al Señor, *se levantaron al*

momento para ir a comunicar lo que habían visto y oído. Cuando se ha tenido verdadera experiencia del Resucitado, alimentándose de su cuerpo y de su sangre, no se puede guardar la alegría solo para uno mismo. El encuentro con Cristo, profundizado continuamente en la intimidad eucarística, suscita en la Iglesia y en cada cristiano la exigencia de evangelizar y dar testimonio[149].

El efecto de este cambio profundo fue un impulso a ponerse nuevamente en camino, sin dilación, para volver a Jerusalén y unirse a *los Once y a los que estaban con ellos*. El camino de fe había hecho posible la unión fraterna. Después de reconocer y contemplar el rostro de Cristo resucitado, también nosotros, como los dos discípulos, somos invitados a correr hasta el lugar donde se encuentran nuestros hermanos, para llevar a todos el gran anuncio: *Hemos visto al Señor*[150].

La Resurrección de Cristo da la clave de la Historia

La victoria de la vida sobre la muerte es lo que todo hombre desea. Todas las religiones, especialmente las grandes tradiciones religiosas que siguen la mayor parte de los pueblos de Asia, dan testimonio de cuán profundamente está inscrita en la conciencia religiosa del hombre la verdad de nuestra inmortalidad. La búsqueda humana de la vida después de la muerte encuentra cumplimiento definitivo en la resurrección de Cristo.

La resurrección de Jesucristo es la clave para comprender la historia del mundo, la historia de toda la creación, y es la clave para comprender de manera especial la historia del hombre. El hombre, al igual que toda la creación, está sometido a la ley de la muerte. Pero gracias a lo que realizó Jesucristo, esa ley quedó sometida a otra ley: la ley de la vida. Gracias a la resurrección de Cristo, el hombre ya no existe solamente para la muerte, sino que existe para la vida que se ha de revelar en nosotros.

Es la vida que ha traído Cristo al mundo. De aquí la importancia del nacimiento de Jesús en Belén. La vida humana que en Belén se reveló a los pastores y a los magos llegados de oriente en una noche estrellada, mostró su carácter indestructible el día de la Resurrección.

Porque el Cristo resucitado es la demostración de la respuesta de Dios a este profundo anhelo del espíritu humano. El Cristo resucitado asegura a los hombres y a las mujeres de toda época que están llamados a una vida que traspasa el confín de la muerte. La resurrección del cuerpo es más que la mera inmortalidad del alma. Toda persona, cuerpo y alma, está destinada a la vida eterna. La inmortalidad de toda persona puede venir solo como un don de Dios. Y, de hecho, es una participación en la eternidad de Dios mismo[151].

- 135 Audiencia general, 1-III-1989.
- 136 Audiencia general, 25-I-1989.
- 137 Audiencia general, 1-III-1989.
- 138 Audiencia general, 1-II-1989.
- 139 Mensaje Pascual *Urbi et orbi*, 6-IV-1980.
- 140 Audiencia general, 1-II-1989.
- 141 Audiencia general, 22-II-1989.
- 142 Audiencia general, 1-II-1989.
- 143 Audiencia general, 25-I-1989.
- 144 Audiencia general, 21-V-1997.
- 145 Audiencia general, 22-II-1989.
- 146 Audiencia general, 18-IV-2001.
- 147 Audiencia general, 6-IV-1994.
- 148 Carta Apostólica *Mane Nobiscum Domine*, n. 1.
- 149 Carta Apostólica *Mane Nobiscum Domine*, n. 24.
- 150 Audiencia general, 18-IV-2001.
- 151 Meditación en la vigilia de la JMJ, 14-I-1995.

Capítulo VIII

EL SEÑOR SUBE A LOS CIELOS Y ENVÍA EL ESPÍRITU SANTO

La Ascensión del Señor a los cielos

Tiempo y lugar de tamaño acontecimiento

Cristo *salió del Padre* y, venido al mundo mediante la Encarnación, ahora, tras la conclusión de su misión, *deja el mundo y se va al Padre*. Es un modo único de *subida*, como lo fue el del *descenso*. Solamente el que *salió del Padre* como Cristo lo hizo, pudo retornar al Padre de ese modo.

Solo Él posee la energía divina y el derecho a *subir al cielo*. Nadie más. La humanidad abandonada a sí misma, a sus fuerzas naturales, no tiene acceso a esa *casa del Padre*, a la participación en la vida y en la felicidad de Dios. Solo Cristo puede abrir al mundo ese acceso: Él, el Hijo que *bajó del cielo*, y que *salió del Padre* precisamente para esto.

Otras palabras de Jesús, pronunciadas en el Cenáculo, se refieren a su muerte, pero con la perspectiva de la ascensión: *Hijos míos, ya poco tiempo voy a estar con vosotros. Vosotros me buscaréis y... adonde yo voy (ahora) vosotros no podéis venir*. Sin embargo, dice enseguida: *en la casa de mi Padre hay muchas mansiones; si no, os lo habría dicho, porque voy a prepararos un lugar*. Por esta razón Jesús también añade, la misma tarde de la vigilia de la pasión: *Os conviene que yo me vaya*. Sí. Es conveniente, es necesario, es indispensable desde el punto de vista de la eterna economía salvífica.

Jesús lo explica a fondo cuando continúa: *Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré*. Sí. Cristo debe poner término a su presencia terrena, a la presencia visible del Hijo de Dios hecho hombre, para que pueda permanecer de modo invisible, en virtud del Espíritu de la Verdad, del Consolador-Paráclito. Y por ello prometió repetidamente: *Me voy y volveré a vosotros*[152].

Forma parte del misterio mismo de la Encarnación y es el cumplimiento último de la misión mesiánica del Hijo de Dios que ha venido a la tierra para llevar a cabo nuestra redención. Sin embargo, se trata también de un *hecho* que podemos conocer a través de los elementos biográficos e históricos de Jesús, que nos refieren los Evangelios.

Acudamos a los textos de Lucas. Principalmente al que concluye su Evangelio: *los sacó hasta cerca de Betania y, alzando sus manos, los bendijo. Y sucedió que, mientras los bendecía, se separó de ellos y fue elevado al cielo*: lo cual significa que los Apóstoles tuvieron la sensación de «movimiento» de toda la figura de Jesús, y de una acción de «separación» de la tierra. El hecho de que Jesús bendiga en aquel momento a los Apóstoles, indica el sentido salvífico de su partida que, como toda su misión redentora, contiene y da

al mundo toda clase de bienes espirituales.

A estos mismos (es decir a los Apóstoles), después de su pasión, se les había presentado dándoles muchas pruebas de que vivía, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca de lo referente al reino de Dios. Por tanto, el texto nos ofrece una indicación sobre la fecha de la Ascensión: cuarenta días después de la Resurrección. Un poco más tarde también nos da información sobre el lugar.

Según los Hechos de los Apóstoles, Jesús *fue llevado al cielo* en el monte de los Olivos. Desde allí los Apóstoles volvieron a Jerusalén después de la Ascensión. Pero antes de que esto sucediese, Jesús les dio las últimas instrucciones: por ejemplo, *les mandó que no se ausentasen de Jerusalén, sino que aguardasen la promesa del Padre.* Esta promesa del Padre consistía en la venida del Espíritu Santo: *Seréis bautizados en el Espíritu Santo. Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos ...* Y fue entonces cuando, *dicho esto, fue levantado en presencia de ellos, y una nube lo ocultó a sus ojos.*

El monte de los Olivos, que había sido el lugar de la agonía de Jesús en Getsemaní, es por tanto el último punto de contacto entre el Resucitado y el pequeño grupo de sus discípulos en el momento de la Ascensión[153].

La Ascensión de Cristo constituye una de las etapas fundamentales de la *historia de la salvación*, es decir, del plan de amor misericordioso y salvífico de Dios para con la humanidad. La Ascensión de Cristo al cielo es, directamente, causa de nuestra ascensión, pues comienza en nuestra cabeza y a esta deben unirse los miembros. La Ascensión no es solo la glorificación definitiva y solemne de Jesús de Nazaret, sino también la prenda y garantía de la exaltación, de la elevación de la naturaleza humana. Nuestra fe y esperanza cristianas se refuerzan (...), pues, aunque nos invitan a meditar en nuestra pequeñez, fragilidad y miseria, también invitan a meditar en una *transformación* más maravillosa aún que la misma creación: la transformación que realiza Cristo en nosotros al estar unidos a Él por los sacramentos y la gracia[154].

La venida del Espíritu Santo

El día de Pentecostés echa a andar la Iglesia

Según la tradición religiosa de Israel, Pentecostés era originariamente la fiesta de la siega. *Tres veces al año se presentarán todos los varones ante Yahvé, el Señor, Dios de Israel.* La primera vez con ocasión de la fiesta de la Pascua; la segunda con ocasión de la fiesta de la siega, y la tercera, con ocasión de la fiesta de las Tiendas. La fiesta de la siega, se llamaba en griego *Pentecostés*, puesto que se celebraba 50 días después de la fiesta de la Pascua.

En Jerusalén, Pentecostés, es la confirmación de esta abundancia divina, prometida y concedida por Cristo mediante el Espíritu. Las mismas circunstancias de la fiesta parecen tener en la narración de san Lucas un significado simbólico. El descenso del Paráclito sucede efectivamente en el apogeo de la fiesta, ya que dice: *Al llegar el día de*

Pentecostés... Y, por otra parte, refiere incluso que *estaban todos reunidos en un mismo lugar*, lo que indica la totalidad de la comunidad reunida: *todos reunidos*, y no solo los Apóstoles, sino la totalidad del grupo originario de la Iglesia naciente, hombres y mujeres, en compañía de la Madre de Jesús[155].

Sabemos que tras haber escuchado *un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso...*, vieron bajar sobre sí unas *lenguas de fuego*. En la tradición judía el fuego era signo de una especial manifestación de Dios que hablaba para instruir, guiar y salvar a su pueblo. Con la *lengua de fuego* cada uno de los Apóstoles recibió el don multiforme del Espíritu Santo, como aquellos siervos de la parábola evangélica que habían recibido todos un cierto número de talentos para hacerlos fructificar. Aquella *lengua* era un signo de la conciencia que los Apóstoles poseían y mantenían viva acerca del compromiso misionero al que habían sido llamados y al que se habían consagrado.

En efecto, apenas estuvieron y se sintieron *llenos del Espíritu Santo, se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse*. Esto sucedió en el Cenáculo, pero enseguida el anuncio misionero y el don de lenguas traspasaron las paredes de aquella habitación. Y entonces se verificaron los acontecimientos extraordinarios descritos por los Hechos de los Apóstoles.

La muchedumbre, atraída por el fragor y asombrada por aquel hecho, estaba compuesta, en verdad, por judíos observantes que se encontraban en Jerusalén con ocasión de la fiesta, pero pertenecían a *todas las naciones que hay bajo el cielo* y hablaban las lenguas de los pueblos en los que se habían integrado bajo el aspecto civil y administrativo, aunque, como raza, siguieran siendo judíos. Estupefactos y admirados, decían: *¿Es que no son galileos todos esos que nos están hablando? Pues ¿cómo es que cada uno de nosotros les oímos en nuestra propia lengua nativa?*

En este momento san Lucas no duda en dibujar una especie de mapa del mundo mediterráneo del que procedían aquellos judíos observantes, como para oponer aquella *ecumene* de los convertidos a Cristo con la Babel de lenguas descrita en el Génesis. No se quedan sin nombrar los demás *forasteros de Roma: partos, medos y elamitas; habitantes de Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, la parte de Libia fronteriza con Cirene, forasteros romanos, judíos y prosélitos, cretenses y árabes*. A todos ellos san Lucas pone en sus labios estas palabras: *les oímos en nuestra lengua las maravillas de Dios*.

El acontecimiento de ese día fue ciertamente misterioso, pero también muy significativo. En él podemos descubrir un signo de la universalidad del cristianismo y del carácter misionero de la Iglesia. *Les oímos en nuestra propia lengua*; hoy hablaríamos de una adaptación a las condiciones lingüísticas y culturales de cada uno[156].

También es muy interesante la circunstancia del origen galileo de los Apóstoles, que tiene, en este caso concreto, su propia elocuencia. En efecto, Galilea era una región de población heterogénea, donde los judíos tenían muchos contactos con gentes de otras naciones. Más aún, Galilea solía ser designada como *Galilea de las naciones*, y por este motivo era considerada inferior a Judea, región de los auténticos judíos.

La Iglesia, por consiguiente, nació en Jerusalén, pero el mensaje de la fe no fue proclamado allí por ciudadanos de Jerusalén, sino por un grupo de galileos, y, por otra parte, su predicación no se dirigió exclusivamente a los habitantes de Jerusalén, sino a los judíos y prosélitos de toda procedencia.

Como resultado del testimonio de los Apóstoles, surgirán, poco después de Pentecostés, las comunidades en diversos lugares, y naturalmente también y ante todo en

Jerusalén. Vemos, pues, que, ya en el momento de su nacimiento, la Iglesia era universal y estaba orientada a la universalidad, la cual se manifestaría luego por medio de todas las Iglesias particulares.

Se cumplen así las significativas palabras pronunciadas por Jesús en la conversación que tuvo junto al pozo de Sicar, cuando dijo a la mujer samaritana: *Créeme, mujer, que llega la hora (y ya estamos en ella) en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que lo adoren.* Con la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés da comienzo aquella *adoración del Padre en espíritu y verdad*, que no puede encerrarse en un solo lugar, porque se inscribe en la vocación del hombre a reconocer y a honrar al único Dios, que es puro Espíritu, y por tanto está abierta a la universalidad[157].

Entre el Espíritu Santo y la Iglesia existe un vínculo profundo e indisoluble

Según el Evangelio de san Marcos, las últimas enseñanzas de Jesús a sus discípulos presentan unidos fe y bautismo como el único camino de salvación: *El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará.* También Mateo, al referir el mandato misionero que Jesús da a los Apóstoles, subraya el nexo entre predicación del Evangelio y bautismo: *Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.*

En conformidad con estas palabras de Cristo, Pedro, el día de Pentecostés, dirigiéndose al pueblo para exhortarlo a la conversión, invita a sus oyentes a recibir el bautismo: *Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.* La conversión, pues, no consiste solo en una actitud interior, sino que implica también el ingreso en la comunidad cristiana a través del bautismo, que obra el perdón de los pecados e inserta en el Cuerpo místico de Cristo[158].

Reflexionando sobre ese texto, podemos descubrir algunos rasgos de la misteriosa identidad del Espíritu Santo. Es importante, ante todo, tener presente la relación que existe entre la fiesta judía de Pentecostés y el primer Pentecostés cristiano. Al inicio, Pentecostés era la fiesta de las siete semanas, la fiesta de la siega, cuando se ofrecía a Dios las primicias del trigo. Sucesivamente, la fiesta cobró un significado nuevo: se convirtió en la fiesta de la alianza que Dios selló con su pueblo en el Sinaí, cuando dio a Israel su ley.

San Lucas narra el acontecimiento de Pentecostés como una teofanía, una manifestación de Dios análoga a la del monte Sinaí: fuerte ruido, viento impetuoso y lenguas de fuego. El mensaje es claro: Pentecostés es el nuevo Sinaí, el Espíritu Santo es la nueva alianza, el don de la nueva ley. Así se cumplió la promesa hecha a los padres.

¿De qué modo el Espíritu Santo constituye la alianza nueva y eterna? Borrando el pecado y derramando en el corazón del hombre el amor de Dios: *La ley del Espíritu que da la vida en Cristo Jesús te liberó de la ley del pecado y de la muerte.* La ley mosaica señalaba deberes, pero no podía cambiar el corazón del hombre. Hacía falta un corazón nuevo, y eso es precisamente lo que Dios nos ofrece en virtud de la redención llevada a cabo por Jesús. El Padre nos quita nuestro corazón de piedra y nos da un corazón de carne, como el de Cristo, animado por el Espíritu Santo, que nos impulsa a actuar por amor.

En Pentecostés viene el Espíritu Santo y nace la Iglesia. La Iglesia es la comunidad de los que han *nacido de lo alto, de agua y Espíritu*, como dice el Evangelio de san Juan. La comunidad cristiana no es, ante todo, el resultado de la libre decisión de los creyentes; en su origen está primariamente la iniciativa gratuita del amor de Dios, que otorga el don del Espíritu Santo. La adhesión de la fe a este don de amor es *respuesta* a la gracia, y la misma adhesión es suscitada por la gracia. Así pues, entre el Espíritu Santo y la Iglesia existe un vínculo profundo e indisoluble.

A este respecto, dice san Ireneo: *Donde está la Iglesia, ahí está también el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu del Señor, ahí está la Iglesia y toda gracia*. Se comprende, entonces, la atrevida expresión de san Agustín: *Poseemos el Espíritu Santo, si amamos a la Iglesia*. El relato del acontecimiento de Pentecostés subraya que la Iglesia nace *universal*: este es el sentido de la lista de los pueblos —partos, medos, elamitas...— que escuchan el primer anuncio hecho por Pedro. El Espíritu Santo es donado a todos los hombres, de cualquier raza y nación, y realiza en ellos la nueva unidad del Cuerpo místico de Cristo.

Del hecho de que el Espíritu Santo es *la nueva alianza* deriva que la obra de la tercera Persona de la Santísima Trinidad consiste en hacer presente al Señor resucitado y, con Él, a Dios Padre. En efecto, el Espíritu realiza su acción salvífica haciendo *inmediata* la presencia de Dios. En esto consiste la alianza nueva y eterna: Dios ya se ha puesto al alcance de cada uno de nosotros.

Gracias al Espíritu Santo, nuestro encuentro con el Señor se lleva a cabo en el entramado ordinario de la existencia *filial*, en el *cara a cara* de la amistad, experimentando a Dios como Padre, Hermano, Amigo y Esposo. Este es Pentecostés. Esta es la nueva alianza[159].

- 152 Audiencia general, 5-IV-1989.
- 153 Audiencia general, 12-IV-1989.
- 154 Homilía en la fiesta de la Ascensión, 12-V-1986.
- 155 Audiencia general, 5-VII-1989.
- 156 Audiencia general, 20-IX-1989.
- 157 Audiencia general, 27-IX-1989.
- 158 Audiencia general, 1-IV-1998.
- 159 Audiencia general, 17-VI-1998.

